

Jenn Díaz

Madre e hija



Lectulandia

Ángel es el centro de todo. Es el marido, el padre, el hermano, el hombre de la casa y el que marca los ritmos y los silencios y separa lo correcto de lo incorrecto. Pero Ángel ha muerto. De modo que esta novela arranca sin él y es toda ellas: su esposa Gloria, sus hijas Natalia y Ángela —que ya se ha independizado— y su hermana Dolores, que nunca conoció «varón ni amores» y a la que Ángel acogió desde muy joven y le dio un sitio en su familia. A lo largo de estos años, Gloria debió guardarse para sí el hartazgo de convivir de forma permanente con su cuñada y la rivalidad que suponía su presencia a la hora de criar a sus propias hijas. A través de la visión de las tres protagonistas, y gracias a una prosa íntima y muy personal, acompañaremos a las mujeres de la casa durante su duelo mientras intentan reordenar el microcosmos familiar y decidir el papel que cada una ocupará en él.

Lectulandia

Jenn Díaz

Madre e hija

ePub r1.0

Titivillus 05.11.16

Título original: *Mare i filla*

Jenn Díaz, 2016

Traducción: Jenn Díaz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Dani,
con todo el amor,
porque estas cosas que, querido, son la vida,
me las ha hecho infinitamente mejores.*

*Y a Joana,
que me convirtió en una madre extraña
el día que la conocí,
como Blanca a Dolores.*

Querido, estas cosas son la vida.

MERCÈ RODOREDÀ

Una madre y una hija. Qué combinación absurda
de sentimientos, confusión y destrucción.
No lo entenderé nunca.

INGMAR BERGMAN

Todo sería más fácil si mamá no fuera mamá. Ahora tía Dolores y Natalia no vivirían solas, no sentirían tantos y tantos remordimientos —esa sensación elástica y perversa de la culpabilidad. Gloria también sería más feliz si no fuera como es, tan arisca, huyendo siempre de la generosidad de los demás, un poco neurótica; pero hace tiempo que Natalia ya no está preocupada por no querer a su madre como debería hacerlo una hija, y hace más tiempo todavía que no se enfada con sus impertinencias, una madre es una madre.

Dolores, en los últimos años, desde que su hermano enfermó, pensaba que en cualquier momento la echarían fuera, porque si había vivido tanto tiempo con ellas era gracias a Ángel y, desde que murió el cabeza de familia y único pariente cercano que le quedaba, vivía con la angustia de verse sin casa de la noche a la mañana, y una mujer, oh, una mujer sola, sin haber conocido varón ni amores, qué iba a hacer en la vida. Al fin y al cabo, la única unión era Ángel, el padre, el hermano, un hombre como Dios manda, y, una vez muerto, nadie las obligaba a vivir con tía Dolores — antes tampoco las obligaba nadie, pero papá siempre había querido mucho a su hermana pequeña.

De cuando mamá quiso echar a la tía, ya nadie se acuerda o nadie quiere acordarse. Papá pasó toda una semana sin dirigirle la palabra a su mujer, ni para decirle buenos días, ni contestar las preguntas que le hacía, preguntas cotidianas, cómo has dormido, qué hay para comer, sabes si quedan tomates. Mamá entendió que no había nada que hacer, ya ves, estaba condenada a vivir con su cuñada, y, si se lo hubieran dicho antes, no se lo habría creído, pero estas cosas también son la vida.

Cuando se quedaron las tres solas después de la muerte de papá, porque la hija mayor, Ángela, ya hacía tiempo que no vivía en casa, y después de pasar unos cuantos días de duelo y de silencio absoluto, mamá empezó a sacar cosas de papá al recibidor y les comunicó que lo tiraría todo, pero todo todo, que no se puede ser tan sentimental en la vida. Fue la primera de muchas... Sí, de muchas, porque sin papá, mamá tenía todo el poder sobre la casa y sobre las mujeres que vivían allí, aquel tipo de poder que no está escrito en ningún sitio pero que todo el mundo acata, como el de un pequeño Dios, y a mamá siempre le ha gustado mucho mandar.

La tía no quería deshacerse de las pertenencias de su hermano y mamá irónicamente la invitaba a vivir rodeada de cosas que le recordaran la desgracia que

estaban viviendo —la muerte de un marido, un padre y un hermano, un hombre como Dios manda: tantas muertes en un solo hombre. Un hombre ejemplar que llenó la iglesia en el funeral, un hombre ejemplar que todas echarían de menos, con sus cosas o sin ellas, porque guardar la ropa o el reloj no significaba absolutamente nada, lo recordarían vestido y con hora de todas formas, ¿no?, pues ya estaba bien. Acabada la discusión, una de las más fuertes que habían tenido, y no porque las otras fueran tranquilas, estallaron y lloraron juntas; son un poco así, las mujeres, que de pronto hacen alguna cosa incomprensible, y se quedaron ahí, abrazadas como no se habían abrazado nunca —ni cuando papá enfermó y el médico negaba con la cabeza, queriendo decir que no había nada que hacer.

Después del alboroto, que Natalia observó con prudencia desde fuera —conocía bien a su madre, mejor que nadie—, las dos cuñadas volvieron sin esfuerzo a la normalidad, y la normalidad era cierto rencor, cierta tensión; volvieron a la vida cotidiana, rutinaria, y papá estaba muerto y muerto se quedaría para siempre, y ellas eran mujeres fuertes, muy fuertes, y tenían que seguir, y para seguir querían cuanto antes volver a la vida de siempre, la vida de los vivos, no había otra. Así, entre semana, la tía llevaba la casa porque mamá trabajaba en la escuela, y el fin de semana mamá tomaba el mando, porque la casa era suya, de la familia que ella había formado, la familia que aceptó la presencia de la hermana del hombre —una familia acogedora, si quieres.

La casa era una casa en penumbra, porque tenía el techo bajo, pocas ventanas y estrechas. En invierno, hacía más frío dentro que fuera, y en verano todo estaba demasiado oscuro para quedarse allí, con la alegría que da el sol, tan reluciente. La casa era una casa en penumbra y triste, pero al menos no la habían comprado, la había alquilado un pariente lejano de mamá y había sido realquilada generación tras generación. Mientras las niñas fueron pequeñas, dormían ambas con la tía en un dormitorio pequeño y con humedad. Pero después, ya de adolescentes, querían intimidad, cosa que tía Dolores no había necesitado nunca, y ya no era una niña, pero tía Dolores siempre había sido así, familiar, y sin los demás no tenía sentido su vida... intimidad no ha necesitado nunca.

En casa eran cuatro mujeres y papá. Y, no hace falta decirlo, nunca estaban de acuerdo en nada, porque las mujeres son como son y no hay nada que hacer. Claro que no era una casa consensuada, una casa con mujeres es siempre una casa demasiado pequeña, no había espacio para todas. Papá, el pobre, hacía un poco de juez, y todas buscaban su aprobación, que diera el visto bueno, pero tampoco es que hubiera hombre para todas: un hombre es sólo un hombre. Cuando había un conflicto, la única manera de arreglarlo era con Ángel, que procuraba ser justo con todas... Pero ¿quién puede ser justo siempre y con todo el mundo? Nadie. Y era así como provocaba en ellas, sus mujeres queridas, tantos y tantos sentimientos despreciables —la familia crea lazos que después la convivencia no sabe cómo seguir tensando, se deshacen tristemente. Cuando el padre murió, se llevó la medida de las cosas, incluso

de las más insignificantes, las más cotidianas, aquellas que no se ven, porque la vida está llena de cosas que no se ven, pero que están ahí: sin él, ya no sabían qué estaba bien y cuándo actuaban sin nobleza; por cierto, más a menudo de lo que les gustaba reconocer, pero con las mujeres ya se sabe, como decía siempre papá.

Al principio, cuando Ángela y Natalia aún no habían nacido, la tía y mamá parecían hermanas. Todo el mundo lo dice, desde que mamá se marchó de casa todo el mundo recuerda que al principio los tres vivían en paz, sin molestarse; ahora es difícil imaginárselo, pero de verdad que eran uña y carne, como se dice. Las dos mujeres se complementaban y se ayudaban, incluso, a veces, se aliaban contra papá para conseguir algo... Quién lo diría ahora, ¿eh?

—¡Tan amigas que eran! ¡Parecían hermanas y no parientas!

Claro que papá siempre fue muy conciliador, pero las cosas cambiaron cuando mamá se quedó embarazada de Ángela. Fue la primera hija, la primera nieta, la primera sobrina —no había más criaturas en casa, y mamá se sentía la protagonista de aquella fiesta del nacimiento. Fíjate, una cosa tan de la vida, tan natural como un nacimiento, fue el motivo de ruptura, porque las rupturas no siempre son de amor, de amor entre hombres y mujeres, porque el odio se instala donde quiere. Mamá era la madre de aquella niña, la única que sentía la vida dentro. La tía quiso formar parte, claro, de la misma manera que formaba parte del matrimonio, pero mamá se negó y de malas maneras. Muy distinto era que compartieran la casa y el hombre, sobre todo porque Dolores era su hermana; pero se trataba de un hijo y el hijo era sólo suyo, suyo y de papá. Así fue como empezaron las malas relaciones entre las cuñadas, tan amigas que eran.

—¡Tan amigas que eran! ¡Parece mentira!

Cuando Ángela nació, mamá le pidió a la tía que se fuera de casa al menos los primeros días, mientras ella se acostumbraba a la criatura y a la maternidad, su cuerpo, todos los cambios que estaba sufriendo y nadie más sentía; parecía que fuera la única capaz de parir; fue una sorpresa para todos, quizá incluso para mamá, que tenía la cabeza un poco... peculiar, aquellos días, porque una mujer recién parida es... casi un animal. Papá intentó poner paz, que entrara en razón, pero mamá no quería oír hablar del tema —cuando ella volviera del hospital, porque pariría en el hospital, no como una bestia en casa, no quería verla allí. Tenía miedo de que la niña se acostumbrara al olor de la tía y se confundiera y no reconociera cuál de las dos era la madre. ¡El hombre bien que lo sabe, con quién va a la cama! Pero una criatura recién nacida, que no sabe nada del mundo que la rodea y la rodeará...

La tía se tuvo que marchar una temporada a casa de unos parientes, en la costa, y escribía todas las semanas una carta muy larga preguntando por la sobrinita, sin hacer referencia a su vuelta; ah, no, no se hubiera atrevido. Dolores siempre ha sido muy respetuosa con el espacio que mamá necesita, un espacio extraño, variable, sin normas ni orden, un espacio, si se permite, un poco caprichoso; y aún se sentía agradecida por la generosidad con que la acogieron en su casa el hermano y la

cuñada, y por eso siempre ha sido tan buena con Gloria, aunque Gloria no siempre ha estado a la altura de su bondad; todos nos acostumbramos demasiado rápido a las cosas buenas y después olvidamos lo buenas que son y el esfuerzo que supone hacerlas.

Cuando papá y mamá se casaron, tía Dolores se quedó sola con su padre. El abuelo, de eso se ha hablado toda la vida, era cruel, cruel y egoísta, y no los dejaba vivir, empezando por la abuela, o sobre todo por la abuela, bueno, por las mujeres en general; sólo se salvó papá, que cuando hablaban del abuelo siempre se callaba y bajaba la cabeza en señal de respeto. Como se quedó viudo a los cincuenta años, y era la abuela quien mejor defendía a la hija, se endureció mucho por la soledad y cada vez era peor vivir con él; parece que la vejez acentúa las personalidades y el abuelo era más malo con los años; tía Dolores, que vivía con miedo, no sabía defenderse, y la pobre no se rehízo de aquella vida que llevaba con su padre. Siempre se ha dicho que la tía no se había casado por culpa del abuelo y que, de alguna manera, el único hombre que toleraba en su vida era Ángel, su hermano, y, ahora que ya estaba muerto, ninguno, pero eso lo dicen por decir, porque la gente siempre habla de lo que no sabe, algo hay que hacer con las horas muertas —hay tantas, a lo largo de la vida. No se le ha conocido pretendiente a pesar de su indudable belleza, porque tía Dolores, guapa, siempre lo ha sido, y eso tampoco les gusta a los demás.

Ella se siente conforme con la vida que ha llevado y que todavía lleva, y nunca ha reconocido que la maldad del abuelo fuera la causa de su celibato, y ahora, muy al contrario, con el paso de los años ha empezado a endulzar el recuerdo de su padre, que en paz descansa.

Además, no se quedó sola gracias a mamá, que poco después de la boda se compadeció de su cuñada y se la llevó a casa. El infierno de la tía se acabó en un santiamén cuando hizo la maleta para irse de la casa que la había visto crecer. El abuelo, solo, sin nadie de quien abusar, qué podía hacer, el hombre, no duró demasiado, y el día del entierro la tía no lloró, y papá tampoco, pero en un hombre es más comprensible y nadie dijo nada.

Desde entonces la tía vive con ellos, salvo las semanas que mamá la tuvo alejada para que Ángela no pensara que tenía dos madres, ya ves qué cosas piensa Gloria, a veces parece que no está bien de la cabeza. Al final, aquello de las dos madres tenía toda la pinta de ser la opinión de las vecinas, que nunca vieron bien que la tía no dejara a su cuñada y a su hermano vivir en paz la vida normal de un matrimonio, si es que un matrimonio puede tenerla, la vida normal. Y porque nadie se explica que la tía se haya quedado para vestir santos siendo una mujer tan bonita —¿no ha encontrado hombre porque no ha querido! O, como dice mamá para molestarla, a lo mejor es que no le gustan.

Mamá no contestaba las cartas que la tía enviaba desde la costa, y la costa parecía que estuviera más lejos que nunca. Papá se las leía en voz alta para ver si se arrepentía de tenerla allí, sin conocer a Ángela, pobre hermanita, que tan mala suerte tenía siempre. Pasaron meses hasta que mamá permitió que tía Dolores viviera de nuevo con el matrimonio, no hay nadie más terca que ella. Gloria tenía que volver al trabajo y nadie podía hacerse cargo de la niña, una niña tan querida y deseada por todos que daba fatiga verla. Ambos decidieron que era mejor que la tía cuidara de Ángela, mejor la tía que cualquier desconocida, vete a saber cómo la educarían, es un tema tan delicado, un hijo; y Dolores no veía el momento de volver y sentirse en familia, pasaba los días amodorrada mirando el mar como quien mira una caja de zapatos, por decir algo. Todos los miedos de mamá desaparecieron, porque comprendió que el amor de un hijo no puede cambiarlo nada: Ángela sólo la quería a ella, a Gloria, para dormirse, ni siquiera papá podía interponerse entre madre e hija. Ya estaba preparada para compartir la niña con todos, con el mundo entero, un mundo que había dejado de ser hostil, se sentía segura de ser madre y del amor eterno entre ellas; Ángela era una niña muy espabilada, una bendición de niña, como se dice. Después, con el paso de los años, ya no estaba tan segura del amor entre madres e hijos; es un misterio lo que los años hacen con la ternura —la aniquilan.

Tía Dolores volvió a casa prudente como siempre había sido y como siempre será, hay cosas que para bien o para mal nunca cambian, y sólo cogía a su sobrina si mamá le daba permiso, pero Gloria no decía nada y Dolores, a escondidas, la piropeaba con esa voz que se te pone cuando hablas con un niño pequeño, la voz ridícula, afectada. Pasaron algunas semanas cuidando de Ángela juntas —mamá enseñándole todo lo que había aprendido ella en el tiempo que había pasado sola, un aprendizaje del que se sentía orgullosa y la única responsable. Por esta razón, aunque soltera y sin hijos, la tía siempre ha dicho que no echaba de menos ser madre, porque con sus sobrinas de alguna manera lo había sido, y eso que Gloria siempre había insistido en que no era lo mismo, y las cosas que Gloria dice siempre van a misa y no hay quien la contradiga.

—Yo, como todas las madres, sé que no me moriré sola.

Tía Dolores siempre lo ha dicho, de esas frases que uno dice toda la vida y se van repitiendo. La prueba de que no morirá sola es que ahora viven juntas, Natalia y

Dolores, en la casa donde vivieron los padres cuando se casaron y la vida aún no los había decepcionado —no del todo—, la casa realquilada, generacional; eso piensa Dolores algunas noches, cuando sabe que, si le pasa algo, su sobrina duerme en el cuarto de al lado, porque tener hijos es un privilegio, sobre todo para las mujeres, que se pasan la vida cuidando a las criaturas y después recogen los frutos, y los frutos son esa clase de compañía agradable que nunca molesta, que se sostiene sola y no necesita nada.

A veces mamá se sentía mal porque de lunes a viernes la tía se hacía cargo de todo, la casa y las niñas, y cuando llegaban estaba todo impecable y la comida a punto, y todo, todo, como lo haría una esposa, una madre, aunque no era ninguna de las dos cosas. Nunca tuvo queja de ella, pero mamá se quejaba de todas formas porque a Gloria ya le gusta, ya, quejarse. Dos mujeres son demasiadas para una sola casa.

El fin de semana era la tía quien se retiraba y mamá lo gobernaba todo y mucho más; estaba ansiosa por demostrarlo, y el problema lo tenía ella, según papá, que pensaba como una mujer moderna, pero continuaba comportándose como las madres antiguas, sacrificadas, porque hay aprendizajes y maneras de hacer que se quedan bien adentro de la mujer y, cuando nadie se lo espera, salen; así ha sido siempre. Tía Dolores no la dejaba sola, no, que el fin de semana también era su momento de descanso, de toda una semana con los niños en el colegio, trabajando, pero lo hacía todo más diplomáticamente, ayudándola si lo necesitaba, si lo pedía, y retirándose a tiempo; la tía siempre ha tenido una gran intuición, no se sabe de dónde la ha sacado, porque será muchas cosas, pero no una mujer de mundo, experiencia no ha tenido nunca, sólo la que una mujer puede tener en su casa. Tantos años así, Ángela y Natalia se habían acostumbrado, y papá también, pero mamá siempre se ha sentido, cómo se diría, acomplejada, con un sentimiento de inferioridad muy grande, como si fuera menos mujer, menos responsable de su familia; las mujeres siempre piensan mal de sí mismas y de cómo se las ve desde fuera, y desde fuera no se las ve de ninguna manera, pero Gloria se preocupaba, ¿estaba descuidando a su familia?, tanto miedo al principio por si la niña pensaba que tenía dos madres, y mira por dónde... sólo le quedaba una: Dolores.

A mitad de la semana, eso sí, la tía ya se había hecho con la casa, y, a medida que se encontraba a gusto, trataba a su hermano como si fuera un marido, porque una mujer, cuando tiene un hombre al lado, no puede evitar ciertas expresiones y comportamientos. Por eso, cuando había reunión de mujeres, la tía nunca se quedaba callada y parloteaba y se quejaba de los hombres como las demás, porque, claro, qué desorden, qué manera de desordenarlo todo en un momento de nada, como si fueran criaturas, porque, bien mirado, los hombres no dejan de serlo nunca.

La tía no era una mujer convencional y todas lo sabían y lo notaban y la rehuían, porque... bueno, porque la tía era una mujer extraña, por casar todavía, y eso no le gustaba a nadie.

Mamá, cuando vio que pasaban los años y no tenía pretendiente ni intención ni inquietud alguna por casarse, empezó a retirar aquella amistad sencilla, desinteresada del principio. Porque las mujeres, eso sí, o están casadas, o son viudas, o monjas, pero mujeres solteras, mujeres solamente, sin lazos... ¡qué disparate!

—¿No crees que estarías mejor en un convento, Dolorcitas?

De vez en cuando la llama Dolorcitas, mamá, porque piensa que es gracioso. La tía no se enfada porque nunca se enfadaría con su cuñada. Y a lo mejor sí se entendería con las monjas... quién lo sabe, eso.

En la casa con jardín —en la familia todos la conocen con ese nombre y la llaman así, la casa con jardín—, pues allí, hay espacio suficiente para las dos: Gloria, que ahora, desde que se fue, vive allí, y Dolores, y hasta hay espacio para vivir sin estorbarse la una a la otra. Es una casa pequeña que papá y mamá compraron cuando Ángela y Natalia eran niñas, y los fines de semana que hacía bueno y también los veranos los pasaban todos allí, como una familia bien avenida, que es lo que quieren ser y parecer todas las familias. Fue papá quien construyó la casa, él solo. Por eso tardó tanto en ser la casa con jardín —al principio sólo lo llamaban el terreno, porque no era más que tierra y más tierra y una tierra sin fin. En medio, papá empezó a trabajar, y las cuatro lo acompañaban y lo ayudaban en cosas sencillas, las más fáciles, las que una mujer puede hacer. Mamá y la tía hacían lo que todavía hoy siguen haciendo: hablar de las flores, ponerles nombre conforme pasean. Porque una de las primeras cosas que hicieron fue llenar el terreno de tiestos y empezar a plantar flores y futuros árboles. Aquélla siempre había sido la ilusión de papá, y siempre hablaba de su jubilación, tranquila, lejos de todo, en la casa con jardín, y el pobre murió antes de disfrutarlo, pero siempre lo pensaba, pensaba a menudo en retirarse, como quien piensa en el paraíso, y a lo mejor ahora también está en el paraíso, si es que hay Dios, que muchas veces no se sabe.

Mientras las dos mujeres caminaban por una tierra que sería verde al cabo de unos años, al terreno se acercaban chicos jóvenes para ver si podían ayudar a papá, y, antes que nada, se ponían de acuerdo en el pago, que papá era una persona muy honrada y todo el mundo lo decía —también cuando estaba vivo. Trabajaban duro y en silencio, construyendo la casa, pero, cuando se cansaban, calculaban rápidamente lo que les correspondía por el rato que habían trabajado y se iban con sus amigos.

—¡La gente joven ya no está hecha para mancharse las manos!

Papá tenía muchas frases como ésta y siempre que podía las repetía, y cuanto mayor se hacía, más y más frases, y las decía incluso cuando no venían a cuento. Pero era verdad, los jóvenes sólo querían pasar la tarde, era todo lo que deseaban, y subían con papá para ganar unas cuantas monedas y se volvían a lo suyo. No ahorran ni pensaban quedarse demasiado tiempo, y aquella poca ambición por el dinero le gustaba a papá, que había pasado toda la juventud calculando y guardando billetes bajo el colchón, sufriendo por el futuro, uno muy negro. No dejaba de hablar de la

gente de montaña, de campo, del bosque, de la gente cercana a la naturaleza y de las grandes diferencias que encontraba con la gente de la ciudad —la gente como ellos.

Ángela y Natalia tenían prohibido ayudar a papá porque mamá no quería ni que se ensuciaran ni que se hicieran daño; dos niñas haciendo trabajo de hombres sólo molestan, por eso, hasta que la casa no estuvo construida, para ellas el terreno sólo era un puñado de horas muertas en las que perseguían a mamá y a la tía y aprendían los nombres de las flores, las plantas, los árboles, los insectos que se posaban, y las estaciones en las que hacía falta regar más o menos, plantar la semilla, esa clase de cosas que las chicas de ciudad no necesitan para nada.

Una vez acabada la casa, sí. Entonces estaban prácticamente solos por allí, no había apenas casas, como ahora, y Ángela y Natalia bajaban donde estaban todos los niños y paseaban en bicicleta por las otras fincas, donde solían robar de los árboles frutales de los vecinos... Qué cosas aprendían allí arriba las niñas, cosas que aún recuerdan, las cosas de infancia. Mamá y la tía nunca perdieron la costumbre de dar el repaso a las flores, y nada más llegar, y algunas veces también antes de marcharse, daban la vuelta completa y comentaban una con la otra todo lo que veían.

—Mira qué gozo los lirios, Dolores...

Y Dolores, la tía, admiraba otra flor, y se sabían todos los nombres, y así iban caminando por un lugar deseado por papá, el hombre que las unía y las separaba constantemente.

Cuando Ángela y Natalia crecieron y ya no los querían acompañar a la casa con jardín porque preferían la ciudad, para tristeza de Ángel, mamá se replanteó los fines de semana; si alguien debía hacerlo era ella, claro. No veía bien que la tía los acompañara —una cosa era ir en familia, con las niñas, y otra muy diferente era el matrimonio. La tía lo aceptó aunque disfrutaba mucho del jardín y lo cuidaba muy bien, pero se quedó en la otra casa, la casa en penumbra, con las sobrinas. Mamá siempre se aprovechaba de la bondad de su cuñada y eso lo sabían todas las vecinas, que no estaban conformes ni con la una ni con la otra, porque vaya una familia rara, aquélla.

—Así vuestra madre puede descansar de la hija mayor...

La tía pasaba el fin de semana con las niñas, que ya eran jóvenes, y muy guapas, y aprovechaba para consentirlas tanto como podía, porque mamá no se lo permitía. Les hacía las camas, preparaba el desayuno, la comida, la cena, ponía y quitaba la mesa, y ellas no tenían hora de despertarse ni de volver a casa... Mamá empezó a intuir que sin ella las tres estaban demasiado bien, mejor que bien, si se puede decir, y entonces se puso celosa y se sintió insegura allí, en la casa con jardín, lejos de ellas, sin poder ver ni supervisar la relación con la tía; aquélla era una de sus grandes obsesiones, pero no la única. Uno de los peores defectos de Gloria era la inseguridad, nunca sabía si hacía bien las cosas, si las cosas estaban como debían estar, y las cambiaba y cambiaba y siempre en beneficio propio, nunca de los demás. Toda la vida ha estado llena de contradicciones y ha tomado las decisiones sin valorar las

consecuencias, y cuando las ha visto y sufrido, ha querido recular: por eso Natalia siempre ha querido tanto a su tía Dolores, por la brutalidad de su sencillez, que echaba tanto de menos en mamá.

Gloria no se quedó de brazos cruzados y le ofreció a la tía la posibilidad de ir con el matrimonio, porque se acordaba mucho de ella cuando paseaba por el jardín, a papá le gustaba más la montaña que el jardín, decía que el jardín daba gusto verlo pero era artificial y las flores y el verde domados eran un engaño, quería naturaleza de verdad.

—Además, seguro que las niñas te tienen esclavizada todo el fin de semana...

La tía decía que no con la cabeza, que se encontraba bien, pero, después de notar la tensión que su negativa producía, se lo pensó y le agradeció que la invitara a volver a la casa con jardín: ella también echaba de menos las flores, aquel verde domado, y las charlas con su hermano y su cuñada, no lo podía negar, y una vez más hizo lo que Gloria esperaba de ella, así no se equivocaba nunca, y más le valía que no se equivocara, porque Dolores no podía soportar decepcionar a su cuñada, le tenía un amor casi maternal —de un respeto conmovedor.

Así es como mamá siempre fue dirigiendo la relación de la tía con Ángela y Natalia, y probablemente el distanciamiento que hay entre Ángela y la tía es lo que mamá buscaba. Por eso, ahora que Natalia vive con Dolores en su casa, Gloria está tan furiosa, porque las mujeres como Gloria, cuando no les sale bien una cosa, se enrabian. Ni siquiera hablan desde que se marchó, ahora ya hace un mes... El tiempo pasa rápido y lento a la vez, no se sabe nunca cómo vendrá.

Debía de tener unos treinta años, la tía. Nunca se comentaba en casa, porque contar las cosas es algo nuevo, una modernidad, antes la gente no necesitaba ir contándolo todo... y también porque cuando uno lo quiere contar pasa mucha vergüenza, pero sobre todo es porque de estas cosas no se habla, ahora la juventud se pasa el día poniendo nombres a todo; antes, cuanto menos se supiera, mejor. Una tarde, cuando papá ya estaba muerto, tía y sobrina se hicieron confidencias, y la tía se lo confesó, y la tía nunca confiesa nada y es casi un milagro que la tía te cuente algo, tan discreta que ha sido siempre, discreta como una monja.

Durante los primeros días de duelo nadie hablaba, era una sensación muy extraña, pero no necesitaban hablar, mira, se comunicaban muy poco, y cuando Ángela las visitaba con sus hijos, éstos no paraban de hacer preguntas —los niños nunca tienen suficientes respuestas. Al final decidió estar un tiempo sin verlas, porque decía que asustaban a los niños con tanto silencio y mamá le replicaba que un niño que no se acostumbra al silencio será un adulto a medias, pero Ángela estas frases siempre se las ha tomado como se tienen que tomar, como tonterías, porque eso de tener frases y repetirlas era una cosa que todas habían heredado de Ángel, que en paz descansa.

Pero es la historia de la tía la que Natalia no puede quitarse de la cabeza, la lleva muy adentro, y se la contó ella misma en uno de aquellos días que siguieron al extraño silencio por papá, cuando de pronto necesitaban hablar de todo, como si fuera la cola de la muerte, una resaca marina, y todo lo querían hablar y revivir. Tan necesario había sido el duelo silencioso como lo que vino después, lleno de anécdotas y de risa, pero también de llanto. Mamá, claro, no quiso participar, es de un dramatismo extraordinario.

La tía debía de tener unos treinta años. Decía que llevaba meses sin menstruar y estaba muy nerviosa; a todas las mujeres les ocurre alguna vez, pero no a las que, como la tía, no conocen varón. Natalia no lo acababa de entender, porque tendría que darle lo mismo, aunque quizá era una enfermedad, nunca se sabe con estas cosas, en la época muchas mujeres morían y no se sabía de qué, y como no se hablaba de ello, se iban silenciosas y ya nadie se preguntaba qué les había pasado. La tía insistió mucho en que estaba inquieta y sintió que estaba embarazada, para sorpresa de su sobrina, porque ya me dirás tú cómo podía quedarse embarazada, esta clase de milagros sólo pasa en los libros, pero la tía decía que sí, que sentía una criatura en el

vientre y que no sabía cómo decirlo; de todas formas, hay cosas que mejor no decir las, porque no se entienden.

—Pero... ¿de quién, tía?

De nadie, decía. Sólo que lo sentía, que su cuerpo se lo decía, hay sensaciones que uno no puede explicar pero que están ahí. No menstruaba y había empezado a hincharse como lo hacen las preñadas. Incluso pensó que, ante tal escándalo, lo mejor era casarse con el primero que pasara, porque no tenía ningún sentido ser una madre soltera y menos sin saber quién era el padre, porque nadie se lo creería; en fin, que no tenía sentido y aún no lo tiene, entonces ser madre soltera estaba muy mal visto y era mejor casarse sin amor que no casarse.

Estaba tan consternada, entonces, que se lo contó todo a papá porque era la única familia que le quedaba, y con mamá le daba miedo hablar; oh, hablar con un hombre de ciertas intimidades... pero no tenía a nadie más, oye. Papá, claro, sólo quería un nombre, el nombre del padre de la criatura, para pedirle responsabilidades, es decir, para que se casara con su hermana. Pero la tía no se lo podía dar, el nombre, porque no existía, ¿te lo puedes creer? Estaba divertida mientras lo explicaba, se sentía ridícula, con la edad había perdido un poco la vergüenza, pero entonces era tan joven y había tenido tanto miedo..., y mientras lo explicaba se reía porque tía Dolores piensa que, cuando te ríes, espantas a los fantasmas, las tonterías de la cabeza, así que explicaba la historia y reía, pero, en el fondo, no le hacía ni pizca de gracia.

Como no avanzaban y la tía no dejaba de llorar negando que hubiera estado con un hombre, que también era para ella una deshonra que su hermano la imaginara con un hombre... porque era, como se dice, pura, al final papá sugirió que lo hablara con mamá.

—De estas cosas sabe más Gloria.

Pero la tía era lo último que quería; Gloria era como una madre, y ella no podía aguantar un interrogatorio de su cuñada, mucho más duro que el de su hermano, ya se lo imaginaba, porque Gloria era previsible en su genio, no podría soportarlo, Dolores. Durante una semana no volvieron a hablar y la única solución que veía papá era la que un hombre ve para los problemas de las mujeres, que tenía que tranquilizarse y no pensarlo más, todo lo solucionan así. Tía Dolores notaba que se le hinchaba el vientre, pero el resto del cuerpo lo tenía débil y cada vez estaba más delgada; tenía más cara de enferma que de futura madre, la verdad sea dicha, pero ella seguía y seguía con que sentía una vida en el vientre, se lo decía así a su hermano, que sentía una vida en el vientre, y Ángel la miraba como si estuviera loca. Aquella semana fue la más larga de su vida, porque la única persona que sabía su secreto era un hombre, que no podía entender bien cómo se siente una mujer en esa situación, ni siquiera ella podía porque nunca antes había sentido algo parecido, no, de ninguna manera.

Después de aquella semana, una mañana no pudo levantarse. Por más que lo intentaba, era incapaz y se desesperaba, porque ya me explicarás cómo te sentirías si un día no puedes incorporarte y hacer las cosas que haces siempre..., ni se te pasa por

la cabeza, que llegará un día en que ya no podrás. Mamá fue a buscarla a su cuarto y nada, no había manera de que Dolores llegara a la puerta y dijera que enseguida preparaba el desayuno, porque la tía siempre se encargaba del desayuno mientras mamá vestía a las niñas. Papá empujó fuerte la puerta sin pensárselo dos veces, porque estaba asustado, y la encontraron en la cama, blanca como la pared y sudando, con aquel sudor frío que se te pega porque viene de dentro, de tus entrañas.

Decía que sentía como si el corazón le pesara enormemente, como si dentro tuviera una ballena y cada movimiento era pesado, y todo lo explicaba así, un poco extraño, que nadie la entendía, ¿qué quería decir con que tenía una ballena dentro?, Gloria no tenía paciencia con aquellas explicaciones, nunca la ha tenido.

Parecía una tontería, pero estuvo diez días encamada, sin poder moverse y vomitando todo lo que se llevaba a la boca. Cuando se quedaban solos, papá le preguntaba si tenía algo que ver, aquello, no se atrevía a decirlo, decía *aquello*, y ponía caras, pero la tía no tenía la respuesta, ¿cómo la iba a tener? El médico nunca lo supo por boca de la enferma, porque no era más que una enferma, pero papá le confesó que hacía muchos meses que la hermana no menstruaba, y eso que le daba vergüenza decir *menstruar*, porque en la época los hombres nunca decían aquel tipo de palabras, digamos, femeninas. Estaba tan asustado por si se moría que se lo explicó sin el consentimiento de la tía, que se habría negado, porque dos hombres conversando sobre las intimidades de ella como si nada... no, ni hablar. El médico miró a papá en silencio unos segundos después de que él le asegurara que su hermana nunca había estado con ningún hombre; lo miró como si viera a la Virgen María, mira qué cosas, como si se hubiera aparecido allí mismo. El médico estaba como turbado, como si papá se hubiera ido a la cama, ya se entiende, con su propia hermana, aquella era la cara del médico, la verdad sea dicha. Papá ya empezaba a sospechar que mejor habría sido callar, pero ya era demasiado tarde y el médico lo miraba y lo remiraba y al final Ángel dijo: ya está bien; el médico reaccionó y quitó aquella cara pánfila y se dejaron de historias, porque, fuera lo que fuese, la tía no estaba bien. El médico se disculpó y aseguraba que había visto de todo, en la época se hacían muchos disparates que pasaban por normales... Lo único que supo contestar es que había mujeres con tantas ganas de ser madres que tenían embarazos falsos, si se podía decir así, embarazos con la mente. Él no lo había diagnosticado nunca, no se había visto en situación, pero un médico que venía de la gran ciudad se lo había dicho, y ellos, de la gente de la gran ciudad, se fiaban —eran más avanzados.

Si alguna vez le han preguntado a Dolores si quería ser madre, siempre ha dicho que no y que no y nunca ha dicho lo contrario, así que papá se quedó pasmado, porque no se esperaba eso de su hermana, a quien creía feliz con la vida que llevaba. Por qué quería ser madre, Ángel no lo sabía ni lo entendía, y quizá tenía razón Gloria cuando la acusaba de intentar quedarse con sus hijas y suplantarla, y eso que siempre había creído que eran tonterías de su mujer, porque siempre ha tenido muchos pensamientos del estilo... pero quizá... ya no sabía qué pensar. ¡Mujeres!

A los diez días de enfermedad, papá se acercó a la tía y le aseguró que, si nacía una criatura, él se ocuparía, ya estaba seguro de que no tenía ninguna ballena ni ninguna vida dentro, pero el médico decía que a estas enfermas se las tenía que tratar como a los niños pequeños cuando se inventaban alguna cosa, debes seguir con la historia y decir que sí a todo, como si tú también te lo creyeras. Pobres mujeres, nadie se las tomaba en serio antes... y ahora tampoco mucho, la verdad sea dicha. Ocultarían el embarazo y fingirían que era un hijo del matrimonio, estas cosas pasaban a menudo en la época, todas las familias tenían secretos así.

—Pero tendrás que aceptar que no te llame mamá.

La tía dijo que sí con la cabeza, se hizo pequeña bajo las sábanas y lloró toda la noche. Al día siguiente ya se encontraba mejor. Y aquí la historia se acababa y la tía se calló esperando que Natalia dijera algo, pero no se atrevió. Cuando le dice a Ángela, su hermana, que no quiere ser madre, o, mejor dicho, que no ha querido serlo y ahora ya no podría aunque quisiera; cuando le dice que no quiere ser madre, no se lo cree, nadie puede creer que una mujer no quiera ser madre, porque antes la mujer tenía hijos y ya está, eso de no querer ser madre es una cosa del todo moderna, de las mujeres modernas. Cómo se lo va a creer, Ángela, si ella tiene dos, y de dos padres diferentes, y se está planteando divorciarse del segundo marido. Vete a saber con cuántos hijos acabará, y si eso le asegurará morir sola o no. Tía Dolores, que era un referente para ella, ahora se había descubierto a medias: entonces, ¿quería o no quería hijos?

Natalia no sabía si la tía había querido ser madre o no, si aquellos diez días y aquellos meses sin menstruar querían decir algo, si era el cuerpo o la cabeza, o si en algún momento ella ha sentido que mamá era más mujer que la tía por haber tenido dos hijas, pero no pensaba preguntárselo, eso una mujer lo lleva dentro y nadie tiene derecho a querer saber la respuesta. En esta familia, parece que todo el mundo puede preguntar y tiene derecho a saber, aunque después las cosas importantes no se hablen; bueno, como en todas las familias, tampoco hay que exagerar. Pero el respeto que hay entre la tía y Natalia es sagrado, porque es sincero, y seguramente por esta razón pueden vivir juntas sin problemas, sin los problemas que Ángela y mamá siempre tienen cuando deben convivir, problemas de mujeres como ellas, porque hay muchas maneras de ser mujer, aunque no lo parezca.

Cuando aceptó que no se enamoraría nunca y se quedaría soltera para siempre como la tía, conoció a Mateo. Natalia, al contrario que las mujeres de su generación, que tienen miedo de quedarse solas para siempre, tenía cerca a tía Dolores, que no conocía el amor ni lo necesitaba... Cómo se va a necesitar lo que no se ha tenido nunca, ¿eh?, y tanto sufrimiento inútil, anda ya. No podía decir que fuera elegida, aquella soledad, porque siempre había creído que querría a alguien como sus padres, a su manera, se habían querido... pero tampoco ha sido nunca como Ángela, que de muy pequeña ya sabía qué clase de vestido llevaría el día de su boda —uno sin mangas. Natalia quería evitar la vulgaridad de un matrimonio infeliz y lleno de mediocridad, porque la mayoría lo son, pero eso también era un pensamiento demasiado moderno. No todo el mundo lo entiende, igual que tampoco entienden que la tía haya vivido la vida de otra mujer y no la suya, pero éstas son cosas que se aprenden a llevar los primeros años, y también son la vida.

Cuando conoció a Mateo, aún tenía pelo en la cabeza y era joven, tenía un buen cuerpo y una barbilla fina y robusta que le gustaba mucho. Ya no es el hombre que era, pero Natalia tampoco es aquella mujer que conoció, ya lo sabe ella, hace tiempo que lo sabe. Pasaron años hasta que sintió la fatiga del amor y la sintió cuando ya es cierto que no puedes hacer nada —te quedas atrapado. Pero al principio era sólo... pasión. No es que le gustara mucho la palabra, pero era la más idónea. Natalia no echaba de menos a Mateo como veía que hacían las enamoradas. Se lo pasaban bien. Se lo pasaban bien, sinceramente. Nunca se habían casado ni habían hecho proyectos de futuro. Mateo tenía dos hijos con otra mujer y ya no necesitaba más, y ella siempre había dicho que no quería hijos, y lo decía con tanta contundencia que Mateo nunca lo puso en duda. Natalia había cavilado mucho sobre el amor y el matrimonio y tenía unas ideas muy poco románticas, por eso evitaba la formalidad y, con los años, creía que había vencido la mediocridad —creer que la mediocridad no es buena también es cosa moderna.

Mateo vivía con su hija, como alguna vez había explicado Natalia, y ella con mamá y la tía desde que murió papá, y antes, con papá también. Cuando necesitaban un poco de intimidad, alquilaban una habitación, estas cosas se han hecho toda la vida, porque en casa siempre había alguien, cuando no era la tía, era mamá, pero, aun así, se sentía un poco extraña, en aquellas habitaciones. No había otro remedio y ya

está... Las cosas, como vienen. De todas formas, últimamente tampoco necesitaban tanta intimidación, porque ya no eran ni la mujer ni el hombre de hacía unos años, y lo sabían desde hacía tiempo, y pasaban muchas tardes de viernes en casa, merendando con quien estuviera.

Mateo era abogado y un hombre muy leído, capaz de pasar toda la tarde hablando mientras las tres mujeres lo atendían. Cuando papá todavía vivía, no se atrevía a quitarle el protagonismo, pero una vez solo como único hombre, las tenía muy distraídas, y un hombre que te distrae ya es mucho. La tía estaba más que contenta, porque era un hombre muy educado y elegante, aseado, tan respetuoso que a ella se le olvidaba que era un hombre, con aquella desconfianza que tenía la tía. Y, encima, divertido. Podía pasar horas contando chistes sin cansarse, venga bromas y más bromas. A mamá, claro, no le hacía tanta gracia, porque siempre ha tenido la risa más difícil que su cuñada, la risa y todo, que Gloria es de miedo, la verdad sea dicha.

El amor que sentían Mateo y Natalia no se podía comparar con los amores que mamá había conocido, que no eran demasiados. Era un amor honesto y desinteresado, extraño, porque un amor así, desnudo de posesiones, es un poco sospechoso, no nos engañemos, no estamos acostumbrados. ¿Qué clase de mujer era Natalia, que no quería sacar adelante a sus propias criaturas? Gloria, sola en la casa con jardín, se sentía mal por no hablar con su hija y se preguntaba si había servido de algo apartarla de su cuñada, ahora que Natalia llevaba aquella vida que tanto ella como papá rechazaban, una vida moderna, la clase de vida que una madre no quiere para su hija.

Gloria era una mujer inteligente y se consideraba una persona comprensiva, pero era incapaz de acercarse a sus hijas, porque con los años entre madres e hijas surge algo... una especie de... no se sabe, un distanciamiento, un vacío lleno de incompreensión. Ángela también tenía una vida extraña, pero al menos tenía hijos y un marido. Se había divorciado y los niños eran de dos padres diferentes, pero no le costaba tanto entenderlo, la vida a veces tiene estas cosas. Y si Dolores no hubiera vivido con ellos, ¿serían sus hijas distintas? Quizá serían, sin ofender a nadie, más normales. Se sentía culpable siempre que pensaba en sus hijas. Nunca había pensado en ellas con serenidad, la maternidad siempre la había angustiado, a fin de cuentas, las madres siempre tienen ese desasosiego de culpabilidad, una perversión, como si fuera un ladrón, esa clase de desazón, una intranquilidad soportable pero constante.

Mateo, al fin y al cabo, siempre había tratado muy bien a toda la familia, y Natalia nunca le había reconocido una falta en su presencia. Claro que Natalia siempre ha sido más discreta que Ángela. Aún recuerda el día que apareció con el niño en casa, cuando todavía no estaba divorciada, y los dos lloraban, el niño de miedo y la madre de impotencia, porque Ángela, si no es por impotencia, aguanta bien las lágrimas. Después de pasar unos días en casa diciendo tonterías del marido, de pronto un día preparó la maleta y volvió con él; Ángela siempre ha hecho cosas de este tipo. El niño se había ido como vino: llorando. Natalia no haría nunca algo así, pero mamá lleva mejor los escándalos que ese silencio de la hija pequeña, un silencio

húmedo que se instala en los huesos, como el mal tiempo.

De tía Dolores se habla en la calle, y se habla más de lo que se sabe, que es como se habla en la calle. Las vecinas siempre lo comentan, que, oh, si les hubiera pasado a ellas lo mismo que le ocurrió a Gloria, se negarían a vivir con la hermana de su marido. Pues claro, claro que se negarían. Pero Dolores es una persona tierna, silenciosa, y Ángel no tuvo valor de dejarla sola con su padre. Podría decirse que Gloria abusa de ella, pero con menos crueldad, las mujeres son de naturaleza más buena, así lo decía papá.

Hay cosas de Dolores que sólo Dolores conoce. Que tiene miedo de quedarse sola cuando su cuñada muera, o que el último día de vida de su hermano le pidió si podía darle un beso en la boca, porque no quería morir sin saber qué se siente y no tendría más oportunidad de dárselo a nadie. Ángel accedió, pero la obligó a prometer que nunca lo contaría, y las promesas que concede Dolores son promesas de verdad. Es como si aún fuera una niña y tuviera todavía las inquietudes y las preguntas de una niña, pero es una mujer, y una mujer bonita, con el cabello oscurecido por el tiempo y canoso y la piel morena, una mujer que, a pesar de su edad, aún es capaz de gustar, y cómo.

Hay muchos secretos de Dolores que sólo Dolores conoce, como, por ejemplo, el de un hombre enamorado de ella. La mujer murió en el parto y desde entonces cría a su hija sin ayuda. Un día se encontró con Dolores en el mercado y quedó prendado de ella, estas cosas sólo le pueden pasar a una mujer como Dolores, y el hombre decía que se parecía mucho a una hermana joven suya que murió, se suicidó, y la echa tanto de menos, a su hermana, y a Dolores también... pero estas escenas ya suelen hacerlas, ya, los hombres, que se las saben todas para coquetear. Le ha pedido que se case con ella, que la niña aún es pequeña, podría llamarla mamá si ella quisiera. Pero Dolores no quiere ni oír hablar de eso y así es como se ha convertido en un secreto, uno de muchos, y casi es como un sueño, pero no por bonito, sino por improbable. Ya es demasiado vieja para ser madre, aunque sea una madre postiza, y el hombre es demasiado joven para una mujer como ella. Enrique, porque se llama Enrique el hombre enamorado, no quiere oír ni una palabra de años y de diferencia de edad, porque ya ha perdido a una mujer y muy joven que era, no tiene importancia, y ella sería tan buena madre para su hija, que echará de menos a alguien a quien llamar mamá, pobrecilla, la niña, una criatura de Dios y ya abandonada, nacida de la muerte,

casi.

Se siente ridícula, Dolores, pensando en este cambio de vida. Todo el mundo hablaría y su cuñada no lo aprobaría y se reiría de ella, intentar ser madre tan vieja, con el tiempo que ha tenido para casarse y formar una familia, a quién se le ocurre hacerlo ahora, y Dolores va rumiando y rumiando y se lleva las manos a la cabeza, ¿por qué le tienen que pasar estas cosas?, pero la vida, oye, no hay quien la pare.

Esto es lo que nadie sabe de Dolores. Cuando está sola en su cama, se tapa con las sábanas la cabeza y llora desconsoladamente. Aún está convencida de que aquella vez tuvo un hijo dentro, no sabe cómo ni por qué, pero lo notaba dentro, una vida, y si se encontraba mal era porque el hijo se moría dentro de su vientre. Esa tristeza es también una tristeza que nadie conoce. Una tarde le contó a Natalia lo que pasó, pero lo hizo sin darle importancia y porque estaban recordando cosas de papá y ella quería hacerle entender a su sobrina que Ángel siempre había sido un hombre como Dios manda, un hombre de los que ya no quedan. Por la noche llora sin hacer ruido, un poco por aquel hijo que perdió y un poco por Blanca, la hija de Enrique, porque se ha quedado sin madre y ella le está negando la posibilidad de tener una. De vez en cuando, Enrique le pide que, si no quiere hacerlo por él, que lo haga por Blanca. Es pelirroja, la niña, y todo el mundo sabe que la criatura no es suya, que la madre murió en el parto, estas cosas se saben tarde o temprano, y con los años todo el mundo se lo contaría y Blanca se sentiría mal porque los niños no perdonan las mentiras... cómo son, los niños; los mayores tampoco tendrían que perdonarlas, pero a ver quién puede vivir siempre con la verdad, al desnudo. O quizá ella ya estaría muerta y a Enrique y la niña aún les quedarían muchos años por vivir, más que a ella, si Dios quiere, y perder a dos mujeres, qué desgracia. ¡Y es tan joven! Pobre Enrique y pobre Dolores y la vida, que se complica. Si se hubieran encontrado cuando ella era jovencita y no una vieja sola, viviendo en la casa de su cuñada, sin oficio, sólo un poco de costura que ha hecho siempre porque le gusta y porque su madre la enseñó y es una manera de recordarla, tan buena y casada con un miserable. ¡Y tantas mujeres así!

Muchas cosas podría enseñarle ella a Blanca, pero que muchas cosas. Y sabría quererla aunque no fuera suya, igual que ha querido a Natalia y Ángela. Está acostumbrada a querer a niños que no son suyos, y Blanca podría llamarla mamá, nadie la ha llamado mamá, nunca, y quizá éste es un buen momento, oh, qué cosas tiene la vida, porque Dolores siempre tiene la palabra *vida* en la boca, pero para maldecirla.

Por las tardes va a la iglesia un rato y como Enrique sabe a qué hora va, la acompaña con la niña, que aún no camina y la lleva en brazos. No quiere ser demasiado dura con él, no sabría cómo hacerlo, pero no puede consentir que la niña y ella empiecen a quererse, no quiere consentir el chantaje, porque los hombres bien lo saben, que con una criatura por en medio las mujeres pierden la cabeza. Los hombres siempre saben cómo salirse con la suya, según Gloria. No sabe por qué lo dice, si su hermano siempre ha sido un hombre conformista y bueno. A veces su cuñada habla

como si conociera más hombres, como si hubiera vivido más, o quizá lo hacen todas las mujeres que por conocer a un hombre se ven con derecho de hablar de todos. En cambio, está segura de que si se lo cuenta a Natalia, la animará a que viva con Enrique.

Quizá la solución es que tía Dolores sea la madrina de la niña, y así podría estar con ellos, y hacerles compañía, y la niña no se sentirá tan sola, y Enrique tampoco se sentirá tan solo, porque un hombre solo, joven, con una niña a su cargo, ya me dirás tú qué futuro le espera. Y así es como Dolores se va familiarizando con ellos y con su pequeño drama cotidiano, así es como va asimilando que formará parte de las vidas de aquellas dos personas, a las que en tan poco tiempo aprecia, y puede que eso sea lo que le pasa, lo que la hace llorar por las noches, que no sabe en quién volcar su amor, un amor que ha quedado intacto, que sintió por su hermano y, de alguna manera, siente por su cuñada y sus sobrinas, pero éste es otro, un amor que sólo le pertenece a ella. No creía que fuera así, tan posesiva, pero vivir siempre con las normas de otros la ha convertido en quien es ahora, una mujer que mide y selecciona el amor que tiene para dar, y tiene demasiado, más del que nadie necesita.

Por la tarde, cuando se encuentra con Enrique y Blanca, está nerviosa. Sabe qué tiene que decir, pero no sabe cómo hacerlo. El primer paso es explicarle que debe hablar con él, y así ya se va preparando, y deja a la niña sentada en su falda, como hace siempre, y si sólo ve la cabeza de Blanca, en vez de los ojos y aquella piel tan blanca, que parece que está a punto de desaparecer, si sólo le ve la cabeza, tan tierna, quizá sea capaz de decirle que puede aceptarla por ahijada, pero nada más, y que se pueden ver tan a menudo como hasta ahora, pero nada de vivir juntos ni que la niña la llame mamá, qué locura, esas tonterías sólo las puede pensar la juventud. Enrique mira primero a la niña y después a Dolores y después se mira las manos y después empieza a llorar, y llora, piensa Dolores, como si acabara de morir su mujer, como si le acabaran de comunicar que su mujer ha muerto en el parto y que tiene una niña preciosa, con el pelo rojo, y que ahora debe luchar por los dos. Enrique no quiere una madrina para su hija, quiere una madre.

—¿No lo entiendes?

Y Dolores naturalmente que lo entiende, pero es tan vieja, ya, y se siente tan cansada. Y la imagen de Gloria pasea por su cabeza, y está convencida de que la juzgará y mira a su alrededor, por si alguien los observa. ¿Cómo un hombre como él se enamora de una mujer como ella? Había oído hablar de la hermana de Enrique, que se suicidó porque siempre había sido una chica muy especial y diferente, pero no recordaba cómo era, y ahora no sabe si de verdad se parecían en algo o era una manera de aturdirla. Con los hombres nunca se sabe.

Violeta es abogada, como su padre, y no quiere casarse. Desde que es pequeña lo dice, pero nadie la tomó en serio hasta que pudieron verlo, que la niña se hacía mayor y nada, ni hablar del amor, qué estupidez. Ahora ya tiene treinta y seis años y sigue pensando lo mismo, es una mujer formada, preparada para vivir sola, pero aún no ha salido de la casa en que nació —quizá no lo haga nunca, y eso sí que es la última ocurrencia de las mujeres de hoy. Por la noche, antes de ir a dormir, sale al patio con su padre y fuman y comentan cómo ha ido el día, y las vecinas piensan que una mujer fumando está mal, muy mal, pero qué le van a hacer, las chicas ya no son como antes. Trabajan juntos, el padre y ella, en el bufete que se llama *Mateo e hija*. El padre quiere cambiar *hija* y poner Violeta, pero a ella le gusta tal como está.

Si pudiera, se casaría con él. De eso está segura Natalia, que cree que si Mateo no fuera como es, un hombre tan inteligente y educado y con tantas inquietudes intelectuales, su hija sería capaz de encontrar un hombre que cumpliera sus expectativas, pero lo que busca Violeta no es un marido, sino otro padre, un referente para cuando le falte.

Encontrar un hombre como Mateo no le resultará fácil a Violeta, y se quedará soltera, si no espabila. Eso le dicen todos, pero y qué, piensa Violeta, y qué pasa si se queda sola, si es como mejor está. Y las que la critican, si probaran a estar solas, también lo preferirían.

Mateo siempre dice que Violeta es sus ojos, y, cuando lo dice, a Natalia se le abre un agujero en el corazón, un vacío, porque sabe que nadie podrá llegar tan lejos como ella, tan adentro. No se conocen mucho, ellas, pero saben perfectamente lo importantes que son ambas para Mateo, que si pudiera las convertiría en una única persona, para él, una persona perfecta, única, y se la quedaría para siempre, como hija y como mujer, cosas de una y de la otra, y no necesitaría a nadie más en el mundo para ser feliz. Cuando Mateo habla de su hija, se le hace un nudo en la garganta, porque se emociona, se le ponen los ojos así, como de llorar, y después acaba diciendo que su hija es sus ojos y que es lo mejor que ha hecho en la vida. En cambio, cuando habla del hermano de Violeta es como si hablara de un cliente. El hijo, que se llama como él, no le despierta ningún sentimiento de admiración, y la admiración es algo que Mateo valora mucho en las personas y sin la admiración las personas están incompletas para él.

Mateo hijo, como lo llaman todos, se casó muy joven porque dejó embarazada a su novia. Habían pensado en abortar, porque no estaban preparados para ser padres, pero quién lo está, se dijeron al final, y tenían razón, nadie lo estará nunca, bien mirado. A la hora de la verdad ella se puso a lloriquear y a lloriquear y Mateo hijo dijo, venga, tengámoslo, y así fue como, según su padre, arruinó su vida, porque un hijo no es una concesión que un hombre le hace a la mujer. Desde entonces no ha cambiado nada, sigue trabajando en una oficina y saca adelante a su familia. La esposa no trabaja y se ocupa de la casa y del niño y de lo que las mujeres se han ocupado toda la vida sin quejarse, pero ella de vez en cuando se queja. Violeta cree que lo hizo conscientemente, se quedó embarazada y después ya tenía planeado seguir adelante, dejando que un hombre brillante tuviera una vida vulgar. Da miedo cómo Violeta habla de las otras mujeres, la poca solidaridad, habla como lo haría un hombre, así. Y eso las mujeres no lo hacían, antes.

Si Mateo padre no hubiera insistido para que Violeta conociera a Natalia, ni siquiera se habrían visto. ¿Por qué tenía que ver a una mujer que ni era su madre ni vivía con su padre? Una amante, decía. Pero Mateo insistía en que Natalia era más que una amante, si no, a ver, ¿cómo llevaba veinte años queriendo a la misma persona? No es ninguna broma, veinte años, y el amor, dicen, dura sólo tres.

En casa, Natalia no pensaba contar que Mateo tenía dos hijos, porque mamá no lo aprobaría, tú dirás, esa clase de cosas son las que incomodan a Gloria... ¿Por qué no tiene hijas normales? Ni siquiera entendía que pudieran quererse sin vivir juntos y formar una familia.

Lo que sentía Natalia por Violeta, la hija de su hombre, era extraño, porque la conocía desde que era joven, pero la impresionaba mucho su carácter, tan fuerte, tan decidida. La había visto crecer, podría decirse, pero nunca había vivido con ella. Siendo adolescente, no quedó otro remedio que apartarse un poco y ver a Mateo cuando estaba solo, porque era una guerra, las mujeres nacen ya con esa rivalidad en la sangre, si no, no se entiende; y el que nace así, es y será. Mateo hijo, en cambio, siempre había sido más afable, los hombres son más fáciles con estas cosas.

Violeta tenía muchas dudas por lo que respectaba a su futuro. El día que murieran sus padres, no le quedaría nada, salvo su trabajo. Mateo siempre le recordaba que Natalia, si ella lo permitía, también sería parte de su familia. Violeta asentía, oh sí, claro, pero sabía que, cuando muriera su padre, Natalia no sería más que una desconocida. Al fin y al cabo, que su padre la quisiera no significaba que todos tuvieran que quererla. No había nada que hacer, con aquella chica, pero eso bien lo sabía su padre.

Gloria estaba en casa y se acordaba tanto de su marido, que le parecía que había empezado a hablar con él, y en realidad era como hablar sola, porque se había quedado viuda. Le cuesta aún aceptarlo, entenderlo, porque la muerte debe entenderse, no basta con que te pase por encima, hay que asimilarla y comprenderla, y ya hace semanas que piensa en ello, pero aún no se ha acostumbrado. Desde que vive sola le da más importancia, porque antes no se había dado cuenta de la compañía que le ha hecho toda la vida su cuñada. Si Ángel tenía que trabajar, ella se quedaba con las niñas, y cuando las niñas ya empezaron a hacer su vida, tenía a Dolores. No se había dado cuenta porque siempre había sido así, siempre había tenido su presencia, y aunque la molestaba y tenía muchos momentos en que habría preferido no vivir con ella, la verdad sea dicha... ahora la echaba tanto de menos como a su marido, pero a su marido, por desgracia, no podía ya recuperarlo.

Ahora, por ejemplo, limpia las hojas de las plantas de interior de la casa, una por una, con un trapo húmedo, y le parece que su marido se ríe de ella, porque qué cosas tiene, tratar a las plantas como si fueran criaturas, y le da tanto por reír como por llorar, y si al menos estuviera Dolores allí, aunque fuera para molestar, para decirle que necesita estar sola; pero ahora no necesita nunca estar sola, porque lo está todo el día, incluso cuando ya no lo necesita. Se fue de casa en un ataque de rabia, un arrebato, pero ahora que se le había pasado un poco, con los días, cree que quizá ha exagerado; de hecho, siempre ha exagerado, Gloria, y es tan terca que después no sabe qué hacer con toda su terquedad y ese carácter suyo.

Sigue decepcionada con Natalia, todo empezó con eso, con la decepción que una madre siente por su hija, y si tiene derecho o no, y Natalia cree que no, que una madre menos que nadie debe juzgar a su hija, y tampoco sentirse decepcionada — ¿por qué una madre tendría que esperar algo de una hija? Pero es que Gloria considera que hace tanto tiempo que se equivoca, que no sabe qué hacer para que se dé cuenta. ¿Cómo una mujer puede perder sus años ágiles y fértiles con un hombre como Mateo? No sabía cómo, pero un día comprendió que Natalia no se daría cuenta nunca; cree que ocurrió un día en que Mateo vino a casa y estuvo toda la tarde hablando y hablando, porque es un buen conversador, y a veces más le valdría callar, porque no deja espacio para el silencio; en fin, aquella tarde vio que Natalia lo miraba como miraría a Dios, y fue cuando la dio por perdida, y para que una madre dé por

perdida a una hija, ya tiene que ser grave.

Desde entonces ha intentado hacerle entender que hay más hombres como Mateo, y no sólo eso, sino que los hay mejores, mucho mejores, y que todos estarían dispuestos a pasar el resto de su vida al lado de una mujer como Natalia, pero ya era demasiado tarde. Cuando se dio cuenta de la mirada de Natalia, ya era demasiado tarde. Las mujeres son así, pueden pasar la vida sin tener nada claro, y de repente creen que han encontrado lo que buscaban, y no importa si tienen razón o no, porque ya lo han visto, y si lo han visto, siguen adelante. Y eso es lo que cree Natalia, que Mateo es el hombre de su vida, y Gloria, su madre, cree que es un lastre para su hija. Un hombre así no la deja avanzar, porque está demasiado obnubilada esperando que le cuente alguna cosa brillante, y es verdad que Mateo es brillante y, cuando habla, habla de verdad, y si Gloria no fuera tan reticente, también se dejaría engatusar, como Dolores, que siempre habla maravillas de él. No puede entenderlo, cómo las mujeres pueden estar tan ciegas con ciertos hombres, hombres como Mateo, que se pierden por la boca.

Pero, de pronto, un día, se dan cuenta —las mujeres se dan cuenta— y se preguntan qué demonios han estado haciendo tanto tiempo al lado de un hombre así. Lo único que pide es estar viva cuando Natalia se dé cuenta de que está perdiendo el tiempo, porque morirá en paz y es todo lo que le pide a Dios, que pueda ver con sus propios ojos el renacimiento de su hija Natalia.

De todo esto no habló nunca con Ángel, porque creía que un hombre no tiene lo que debe tener para analizar una cosa así, y a él ya le parecía bien Mateo, porque es abogado, y eso es todo lo que un padre quiere para su hija, que el hombre del que se enamore esté bien colocado. Y si es un malnacido, qué más da, si está bien colocado, no se dan cuenta. Pero una madre sí, una madre sabe perfectamente cuándo una hija se está equivocando, porque ya se ha equivocado antes —los errores de las mujeres son como una cadena. Y Ángela, por ejemplo, se ha equivocado muchas veces, y de eso se queja Natalia, de que sólo se fija en algunos errores; ya lo sabe, que Ángela se equivoca y más, pero también sabe que no puede ayudarla, que Ángela es Ángela, no tiene remedio. Además, la vida de Ángela no cambiaría demasiado con respecto a la que tiene ahora, porque hay personas que son así, y ya está, y no hay nada que hacer y mejor que lo aceptes. Pero la vida de Natalia sí cambiaría, claro que cambiaría, y sería mejor —de eso está segura.

El problema es que ahora Gloria sabe más cosas de su hija de las que le gustaría, porque hasta ahora era tan discreta que no sabía la mitad de la historia, y era mejor, porque cuanto menos sabe una madre, más feliz. Pero ya no hay marcha atrás, porque ahora lo sabe todo, y, cuando una madre lo sabe todo, su cabeza le juega malas pasadas. Si al menos no fuera tan terca y pudiera acercarse a la casa en la que viven su cuñada y su hija pequeña y pedirles perdón por la última rabieta que tuvo...

En lugar de dar un paseo y tranquilizarse, como había hecho otras veces, empezó a gritar como una loca, y es que la edad ya no perdona y los nervios los tiene peor

que nunca; empezó a gritar como una loca y se puso a hacer la maleta. Natalia y Dolores le cogieron las manos y le pidieron que por favor lo dejara, que en unas horas se le pasaría y volverían a hablar, ya lo sabían de otras veces, pero Gloria estaba enfadada de verdad, y quizá la muerte del marido también la tenía más sensible, más insoportable. Habría sido mejor calmarse. Pero ya no podía, no podía quedarse, sabiendo lo que sabía, sabiendo que su hija era aún más fracasada, más cretina; una madre no tendría que pensar en un hijo en estos términos, pero nadie es perfecto y ella menos que nadie.

Dolores, la pobre, no sabía qué estaba pasando, porque justo cuando Natalia reconoció que con treinta años abortó, por supuesto porque Mateo se lo pidió, justo cuando lo reconoció, Dolores había salido un momento a comprar leche, y cuando volvió, ya estaba Gloria furiosa, con toda aquella rabia en la cara, en el cuello, en la sangre.

Si ya lo sospechaba, que durante unas semanas su hija había estado más triste que de costumbre, pero lo último que se esperaba era que el impresentable de Mateo, un hombre maduro y formal, obligara a su hija a deshacerse de una criatura. Era lo último que esperaba de él. ¿Lo ves? Colocado, todos quieren un hombre colocado para su hija, y después no vale de nada.

Natalia no dejaba de insistir en que había sido una decisión de los dos, de los dos, porque no podía ser... un hijo, qué tontería; pero Gloria estaba convencida de que había sido idea de él. ¿Por qué una mujer no iba a querer un hijo? Una mujer como su hija, tierna, dulce, que se había ido amargando con el paso del tiempo, pero una madre no olvida cómo era su hija antes de las decepciones propias de la vida. Estaba segura de que había sido idea de él. Y Natalia nunca era clara, porque decía que no, que no quería hijos, pero después callaba y miraba al suelo, y eso ya era mucho y era demasiado y todo el mundo sabe qué quiere decir ese silencio, y más una madre. Gloria entendía ese silencio, porque era un silencio de mujer, y era un silencio de culpabilidad. Cómo no reconocerlo, si era propio, si ella también había callado antes.

Dolores no dejaba de preguntar qué demonios había pasado, tanto escándalo, y Natalia tenía ganas de llorar pero no lloraba, por orgullo. Gloria no dejaba de decir barbaridades, barbaridades como no había dicho nunca, y si se le acercaban para tranquilizarla, daba manotazos y las apartaba como a las moscas, como si fuera una niña pequeña, como quien dice. No quería que nadie la tranquilizara, porque tenía motivos suficientes para estar así. Hizo las maletas mientras Natalia le decía que era injusta con ella, que no la respetaba, y, cuando acabó, se marchó sin despedirse. Ahora, ahora se arrepentía, Dios lo sabe, que se arrepiente, pero entonces no podía hacer otra cosa. Estaba decepcionada y la decepción no te deja ver nada, es un sentimiento de traición, se te mete en las venas y te pasa por todo el cuerpo; es como una infección que te deja sin fuerzas. Sigue pensando lo mismo, pero quizá su hija esperaba de ella cierta compasión y se había comportado como una loca. La edad, que no perdona. Ya lo entenderá cuando se haga mayor.

Cuando Dolores llegó a casa, aún tenía metido en la cabeza el llanto de Enrique. No se lo podía quitar de encima, porque se parecía mucho al suyo, al de las noches, cuando se tapaba con las sábanas, como aquel primer llanto bajo las sábanas, cuando Ángel le dijo que tuviera el hijo, pero por decir alguna cosa, para fingir que se la creía. Nunca había visto a un hombre llorar así, o mejor dicho, nunca había visto llorar a un hombre, y menos en público. Pero Enrique era distinto a los hombres que conocía, y, aunque no conocía a muchos, sentía que no era como los demás. La había mirado a los ojos con ternura y le había pedido por favor que no los abandonara. Lo había dicho así —no nos abandones. Y era para hacerla sentir mal, porque si no... ¿por qué iba a decir una cosa así, tan tremenda? No tenía la culpa de que se hubiera quedado viudo ni de que la hija fuera huérfana desde su primer día de vida, no tenía culpa de nada. Y como se había sentido atacada, se había defendido con brusquedad, había sido cruel, y eso que Dolores no era cruel con nadie, porque no tenía motivos, ni siquiera con su padre había conseguido serlo.

Le había dicho que no podía jugar con los sentimientos de una mujer, una mujer como Dolores, vieja, y que cómo se le ocurría meterle en la cabeza aquellas ideas, como que Blanca podría llamarla mamá y todo eso. No podía jugar con las personas de aquella forma, y no podía utilizar su desgracia para reírse de los demás, porque no había derecho, ella estaba sufriendo, por las noches no podía dormir pensando en ellos y no tenía ninguna necesidad. Dolores también tenía penas y no se las contaba a nadie, ni hacía sentir mal a la gente, ni pedía nada..., ¿cómo podía ser tan egoísta y tan atrevido? Hablaba tan deprisa que no parecía Dolores. Pero Enrique se quedó callado, mudo completamente, aún tenía la cara húmeda por las lágrimas, no se las había enjugado y le acarició la mejilla a Dolores y le pidió perdón, lo único que podía asegurarle era que no estaba jugando con ella y que no era ninguna vieja.

—No eres vieja, Dolores...

Y le habría dicho mi amor, vida mía, reina mía, cosas bonitas, pero no se atrevía, porque, desde que había muerto su mujer, sólo le había hablado así a su hija.

Blanca, mientras, cogía un dedo de Dolores y jugaba con él. Lo recordaba bien cuando volvía sola a casa, porque le había pedido por favor que no la acompañara, que por una vez no la acompañara, estaba bien, sí, se encontraba bien, pero necesitaba estar un poco sola —empezar de cero.

Cuando llegó a casa, Natalia estaba haciendo mermelada de naranja, troceaba los gajos con el cuchillo y tarareaba. También parecía triste, quizá echaba de menos a su madre, y entonces pensó en la desgracia de Blanca, una niña tan bonita y con tan mala suerte, quizá como ella, porque Dolores también lo sabía, que era bonita.

Le dijo a su sobrina que no se encontraba demasiado bien y que prefería meterse directamente en la cama, aunque fuera pronto, porque le dolía la cabeza y el cuerpo, como cuando te vas a poner malo de verdad, que los huesos no se sostienen solos y se tiene que hacer un esfuerzo: así se sentía. Natalia quiso, como siempre, ser útil, pero su tía insistió y se metió en la cama despacio. Allí era donde Dolores se encontraba a gusto. Cada vez que algo no iba bien, se metía en la cama, y tumbada veía las cosas mejor, con más calma. Pero lo de Enrique no se aclaraba fácilmente, porque parecía no conformarse con el que no y que no, él seguía insistiendo, era un buen tozudo. Y Blanca, cada vez más mayor, más guapa, y Dolores se preguntaba si cuando creciera se parecería mucho a su madre y si eso la molestaría.

No, no debía pensar aquellas cosas, ¿qué importaba a quién se parecería?

Era mejor seguir con las mismas ideas, las razonables, seguir así, como una ahijada, y todas las tardes salir a dar un paseo, y Enrique acabaría encontrando una mujer guapa, joven, a su altura, y se enamoraría y Dolores sería un estorbo, pues claro, eso era lo mejor, aunque ahora él no lo entendía y a lo mejor creía que lo único que pretendía Dolores era hacerle daño, pero lo que de verdad estaba haciéndole era un favor. Sí, eso era lo que pensaba decirle al día siguiente, que le estaba haciendo un favor, y que qué pasaría con ella si después de aceptarlo todo y de dejarse llamar mamá por la niña, qué pasaría si él se enamoraba de otra mujer, ¿qué pasaría con ella?, ¿otra vez sola? Pero no, no podía decir algo así, porque entonces revelaría un secreto demasiado íntimo, su soledad, la soledad de una mujer, y eso es algo que no estaba dispuesta a reconocer, y que ninguna mujer debería hacerlo —así es como ella lo entiende. Podría plantearlo, de todas formas, y ver qué responde, porque a un hombre, para saber si miente, hace falta pillarlo distraído, hacerle una pregunta que no se espere, y es entonces cuando lo ves de verdad y no antes, cuando calcula, porque los hombres dicen que no, pero calculan.

De momento, quería dormir, y era mejor descansar un poco, porque al día siguiente le esperaba un día duro; ella no podía saberlo, pero Enrique quería darle un anillo, el anillo más bonito que Dolores había visto nunca. Pensaba dárselo, regalárselo, y debía aceptarlo porque no era de compromiso, lo único que le pedía era que se lo quedara, aunque al final no accediera a casarse con él, sólo quería tener un detalle con ella, pero con Dolores nadie había tenido antes un detalle así.

Dolores, por supuesto, se niega, que no, que no, que no lo acepta, a pesar de que Enrique diga que aceptándolo no pasará nada, sabe que sí, que tarde o temprano tener aquel anillo le saldrá caro. Lo único que quería saber era de dónde lo había sacado, y Enrique un poco avergonzado le reconoce que era el que le había regalado a su esposa para que se casara con él, y que ahora nadie lo llevaba y le gustaría que

Dolores se lo quedara, y, aunque podría parecer un cumplido, porque era un anillo importante, Enrique no veía más allá, pero Dolores se ponía a llorar como por las noches, como no había llorado ante nadie, porque siempre tenía las sábanas por encima, en la cabeza, tapándose. Enrique no sabía qué había hecho mal y le pedía perdón, se guardaba el anillo en el bolsillo y perdón, perdón, perdón, no era su intención lastimarla, era un estúpido, muy estúpido, el hombre más estúpido del mundo, pero por favor que no llorara. Dolores sentía que si aceptaba y se quedaba el anillo, todo lo que tendría que hacer sería sustituir a la madre de Blanca, tendría que ser mejor que ella en todo, y tendría que luchar contra una muerta, que es la lucha más interminable que pueda existir. Le dolía que lo que sentía Enrique por ella no fuera amor de verdad, ni una atracción espiritual, por decirlo de algún modo, por parecerse a su hermana, la que había muerto... y además parecerse a la hermana no era ningún mérito suyo; lo que sentía Enrique era necesidad, necesidad de no estar tan solo, de devolver a la vida a su esposa, y, como no podía, cambiarla. Y ella no había pasado toda la vida sola para acabar así, sustituyendo a otra persona. Era tan doloroso. ¿Lo ves?, no podía fiarse de los hombres; con Enrique había intentado hacer una excepción, porque parecía un buen hombre, pero su instinto siempre le había dicho que el único buen hombre que había conocido era su hermano, y ahora que estaba muerto, ninguno; era agradable tener cerca a Mateo, pero tampoco se acababa de fiar, porque ¿qué clase de hombre no querría hacer madre a Natalia, que tanto se merecía ser feliz? Pero ya estaba empezando a mezclar cosas y echó a correr y como Enrique llevaba en brazos a Blanca, no pudo seguirla, y corrió tanto que llegó a un camino que no conocía, y eso que se los conocía todos y a lo mejor era sólo aturdimiento, y allí se sentó y siguió con su desesperación, siguió y siguió hasta que le dolían los ojos y la boca, como si se le estuviera agrietando toda la cara, que es una sensación muy angustiada. Por eso Dolores debía descansar aquella noche, porque al día siguiente se sentiría aún peor, no podía saberlo todavía, pero sí, peor. La mujer que no conseguía quedarse dormida aquella noche, Dolores, no podía saber que al día siguiente sentiría la punzada de la decepción en su pecho.

Mateo lleva unos días en silencio, apagado, porque Natalia está rara. Desde que su madre se fue de casa, anda así, un poco distante. Ya nunca quiere que estén a solas, es como si se protegiera de él. Cuando le pregunta por qué su madre se enfadó tanto con ella, dice que son cosas de familia, que no tienen más importancia, pero él sabe que sí que la tienen, que las cosas de familia son las que más importancia tienen.

Todos los viernes comen juntos y, cuando él llega, la mesa y toda la casa están preparadas para recibirlo. Es sorprendente cómo todo está dispuesto para que Mateo esté cómodo, y, a pesar de que su casa es más elegante y confortable, la sensación que tiene cuando llega a casa de Natalia es indescriptible, no se puede explicar, es como si llegara al cielo —y eso que no cree en Dios.

El último viernes no fue igual, porque, al llegar, Natalia no tenía la comida hecha, dijo que comerían lo que había sobrado de la cena, y que había hecho una mermelada de naranja y estaba buenísima, podría comer tanta como quisiera porque se había pasado con las cantidades, porque las cantidades las hacía siempre tía Dolores, pero no se encontraba bien y... Cuando Natalia prepara mermelada, lo sabe Mateo, es que algo pasa. Lo sabe de otras veces, de otros días en los que se ha sentido mal por algo, es así como se distrae, dice Natalia, y a Mateo siempre le ha parecido bien, sobre todo porque le sale deliciosa, tiene unas manos expertas.

Ahora está preocupado de verdad, porque el viernes no tenía la comida hecha, y por la mermelada, que estaba más bien amarga, y porque está tan silenciosa que es inusual en ella, es inusual incluso para los días que está triste. Probablemente es porque está enfadada con su madre. Ha hablado con Violeta, le ha dicho que está preocupado, y que quizá deberían invitarla algún día a comer por ahí, fuera, donde sea, porque siempre es ella quien lo acoge en su casa, y siempre está todo tan bien dispuesto, y quizá sería un detalle que la invitaran.

A veces Violeta es brusca y no le gusta a su padre, pero sabe que ese carácter también lo ha heredado de él. Ha dicho que quizá lo que le ocurre a Natalia es que está menopáusica, y cuando lo ha dicho se ha disculpado, no porque no lo piense, sino por su padre, que no se merece que nadie le hable así, ni siquiera su hija. Después se le ha acercado y le ha dicho que no pasa nada, que las mujeres son así, en dos días se le habrá pasado, y le acaricia la cabeza, que cada vez tiene menos pelo, y se ha sentido conmovida por su padre, un hombre que sigue preocupándose por los

días extraños de la mujer a la que quiere desde hace veinte años, una mujer cualquiera.

Aunque no lo ha hecho nunca, Mateo se ha presentado un domingo en casa de Natalia, porque quiere hablar con ella, quiere pedirle una cosa, pero cuando llega no está. Está tía Dolores sola, y, cuando la ve, Mateo piensa que todas las mujeres que conoce se han puesto de acuerdo para entristecerse o preocuparse por algo que los hombres ni siquiera sospechan —¿qué les pasa, a las mujeres, de vez en cuando?

—¿No se encuentra bien?

Tiene la manía de tratarla de usted, y, aunque Dolores le ha pedido muchísimas veces que no lo haga, él no se atreve a tutearla. Natalia no está, pero lo invita a pasar. Mateo no había visto nunca la casa sin que estuviera preparada para su llegada, y ahora siente lástima de su amada, que vive muy por debajo de lo que él podría ofrecerle y nunca le ha ofrecido, porque es un imbécil, el imbécil más grande que ha conocido nunca, y eso que ha conocido unos cuantos.

Cuando Natalia abre la puerta y se lo encuentra sentado en una de las butacas, se asusta. No se lo esperaba. Inmediatamente empieza a mirar alrededor, controlando que todo esté en su sitio, pero agacha la cabeza avergonzada, porque no hay nada que esté bien, no hay nada dispuesto para celebrar la visita de Mateo, nadie lo esperaba y la casa está en toda su vulgaridad, cotidiana.

—¿Pasa algo?

Lo primero que se le ocurre es que a Violeta le ha pasado algo malo, malo de verdad, porque si no... pero no, si algo le ocurriera a Violeta no sería la primera en saberlo... Enseguida Mateo se disculpa por haber ido sin avisar, se disculpa una y mil veces, y se quita el sombrero y se lo pone en el pecho, porque siempre lleva uno, y con los nervios se lo había dejado puesto al entrar, cosa que nunca le pasa, la educación es lo máspreciado de las personas. Cuando le coge una mano a Natalia para seguir pidiéndole perdón, Natalia mira de reojo a su tía y aparta bruscamente la mano, no le gusta que Mateo sea cariñoso en público. Él se siente aún más estúpido, oh, va diciendo oh, dándose cuenta de las cosas y de su torpeza, pero ya es tarde. Le gustaría hablar con ella en privado, si no fuera mucha molestia y con el permiso de tía Dolores.

—Yo, como si no estuviera...

Natalia no va vestida para la ocasión y le pide unos segundos para cambiarse de ropa y arreglarse un poco, pero Mateo está impaciente. La mira y es todo súplicas, así que entran ambos en el dormitorio de Natalia. Dentro, Mateo está nervioso, no sabe cómo ponerse, no sabe cómo actuar, y se arrodilla sin pensárselo dos veces, parece mentira que haga veinte años que se conocen. Le tiemblan las manos, y Natalia empieza a asustarse porque nunca lo había visto así.

—Natalia, yo... últimamente he estado pensando...

Sabe que, cuando Mateo confiesa que ha estado pensando, no dice más que tonterías. Cuando Mateo piensa, se le ocurren las ideas más absurdas, y las dice como

si no fuera consciente de que no es posible, en su cabeza sí, pues claro, pero en la vida real no, Mateo es un poco como un niño, casi todos los hombres lo son durante toda la vida.

Mateo dice las palabras que Natalia no quería oír por nada del mundo, quieres casarte conmigo, porque ya son mayorcitos para decir esas tonterías, quién quiere casarse ya, y, además, ¿dónde está el anillo? Dónde está el maldito anillo, pero lo dice sin rabia porque ya no le queda.

—Déjame que te ayude...

Y es entonces cuando Natalia se da cuenta de que lo que le ofrece Mateo es caridad, y seguramente es por pena y no porque quiera casarse. Así que cruza los brazos y dice que no necesita ni ayuda ni boda, pero ambos saben que miente. Ni necesita ayuda ni entiende por qué ha esperado tanto tiempo para pedirle una cosa así, y, además, cómo se atreve a proponérselo antes de hablar con quien debe hablar, lo dice así, con quien debe hablar, porque aunque ahora ella dijera que sí, que se casan, ¿qué pasaría si en el último momento no le dieran permiso? Mateo sabe que tiene razón, toda la razón, pero ya lo solucionarían de alguna manera, podrían casarse y... quizá irse a otro lugar, bien lejos, donde no tuvieran que esconderse, y empieza a hacer lo que molesta tanto a Natalia, empieza a hablar sin pensar qué dice, sin saber que después aquellas palabras ella se las repetirá incansablemente y buscará la manera de entenderlas, y las cosas que dice Mateo a menudo no hay quien las entienda, pero Natalia se esfuerza y...

Ángela recibe una llamada de mamá y lo primero que piensa es que mamá está vieja, envejeció de golpe al morir papá, y ahora les tocará a Natalia y a ella cuidar de mamá y de la tía. Lo sabe, sabía que en algún momento de su vida, tarde o temprano, la situación llega a todas las familias, pero no esperaba que fuera tan pronto, como tampoco esperaba que papá muriera tan rápido, sin tiempo para prepararse, si es que puede haber una preparación posible. Eso era lo que le había pasado a mamá, que creía que estaría muchos más años con papá, y, al verse sola, estaba extraña y envejecía cada hora como si fueran días, años.

Nadie le había contado que mamá se había ido a vivir a la casa con jardín. Nadie le cuenta nada, para qué, ¿no?, a quién le importa qué piensa Ángela. Claro que ella bastante tiene con los dos niños, con su anterior marido y con Roberto, el actual. Puede hacer lo que está haciendo, cogerle el teléfono a su madre, que ya es mucho, y decirle que sí a todo lo que le pide y hacerle un poco de caso. Aquella ternura primera, todo lo que había consentido Gloria a su hija cuando era recién nacida, queda tan lejos que parece mentira —y eso es lo que provoca el paso del tiempo: vuelve el amor desleal, también el de las madres y las hijas.

Se ha comprometido a visitarla algún día con los niños, y por eso al día siguiente los ha vestido iguales y los ha montado en el coche para ir a ver a la abuela. Los niños han protestado porque no les gusta demasiado ir de visita, se han pasado gran parte del camino llorando y pataleando, pero al final se han cansado y se han dormido.

Cuando llegan, mamá los está esperando en la puerta, impaciente, y pregunta a la hija si necesita ayuda, y, antes de que Ángela pueda contestar, ya ha salido corriendo y coge a uno de los niños. Entran en casa y los ponen a cada uno en una cama, y los dejan allí, mirándolos desde la puerta unos segundos, contemplando cómo duermen, están tan guapos, parecen buenos y todo.

Ha sido mamá quien ha llamado y quien quería hablar con ella, pero cuando salen de la habitación de los niños, Gloria empieza a hablar de un árbol del jardín, que parece que está enfermo, y que quería preparar la comida pero se ha puesto con el árbol, a podarlo y a mirarle bien las hojas, y se le ha echado el tiempo encima, así que ahora tendrá que ayudar si quieren tener la comida lista para el mediodía. Ángela sabe que mamá necesita ayuda, pero también que no sabe cómo empezar una

conversación. Durante un rato no le pregunta nada, se dedica a ir tras ella, a hacer lo que Gloria le manda que haga, a asentir. Cuando Gloria se impacienta y no sabe qué más hacer en la casa, le pregunta por Roberto, si aún piensa divorciarse de él, y cómo va con el otro, y cuando dicen el otro se refieren al anterior marido, de quien nunca dicen el nombre para menospreciarlo.

Del otro, Ángela tiene poco que decir, lo de siempre, que está dándole vueltas al guión de una película, y que, para cuando gane algo de dinero, su hijo se habrá casado ya. No espera mucho de él, ni siquiera tiempo. Y con Roberto ahora pasan por una época un poco más tranquila, también lo hace por los niños, que le dan pena, y porque en el fondo ¿qué hombre va a aguantarla? Mamá sabe que habla en serio y que tiene razón, pero ése no es motivo suficiente para seguir casada con alguien, pero ya está bien, ya, que no se separen.

Cuando ya se ha cansado de dar vueltas por la casa y atrasar el momento, le pregunta por qué la llamó, si está bien, parecía preocupada, y por qué nadie la había informado de que su madre se había ido a vivir sola a la casa con jardín. Gloria está nerviosa, porque no sabe por dónde empezar ni si debería contarle a su hija lo que sabe de Natalia. Si Natalia lo ha llevado en secreto durante tanto tiempo, ¿qué derecho tiene ella a desvelar nada?

—Es que no sé si debería decírtelo...

Ángela siente que la visita es una pérdida de tiempo, se exaspera. No se da cuenta de que una visita a mamá debería ser suficiente, debería ser un motivo en sí, pero no es así como se siente: si ha ido a verla es porque tiene un problema, y si no tiene un problema, ¿para qué quiere que vaya, no ve que tiene mucho trabajo, muchas cosas que hacer? Mamá agacha la cabeza y se siente ridícula, una hija riñéndola, una hija riñéndola por reclamar un poco de su atención, y los niños se han despertado y las están mirando, están viendo a una mujer vieja y ridícula y Gloria tiene ganas de llorar, es demasiado triste hacerse mayor. Pero también es la excusa perfecta para deshacer la tensión del momento, y Gloria coge en brazos a uno de sus nietos y le da besos en la cara hasta que Ángela dice que no los acapare con tanto beso, que no les gustan.

—Y a mí qué me importa que no les gusten...

Natalia toda la vida le ha envidiado a su hermana esa manera de ser maleducada sin sentirse mal. Es la única que tiene vida independiente en casa, la única respetada, la única que ha conseguido alejarse del núcleo familiar —eso pesado de las familias, que se aturden los unos a los otros. Todos creen que Ángela no se da cuenta, pero sí se da cuenta, es su manera de protegerse, de aislarse de los demás y no dejar que nadie la hiera. Sabe que ha sido grosera, y cuando mamá está dejando al niño en el suelo, dolida, Ángela pide disculpas y dice que les dé tantos besos como quiera, no les gustan pero qué más da, no es culpa de nadie, de ella tampoco, y los mira con pena, cuando los mira siempre siente pena por ellos, pobres hijos.

—Es tu hermana...

Pero Ángela está cansada de eso, de escuchar las penas de Natalia cada vez que va a ver a mamá, está cansada y celosa, y resopla y mira distraída hacia otro lado para que su madre se dé cuenta y deje ya de molestarla con la hermana, que siempre están igual, preocupándose por Natalia como si aún fuera una niña pequeña, y ya está bien, todos tienen problemas, ella también los tiene y no pasa nada.

—Nos hemos enfadado por culpa de Mateo...

Ángela no soporta a Mateo y Gloria ha pensado que quizá así conseguirá que la ayude, tener un enemigo común a menudo facilita las cosas. Siempre le ha parecido un embaucador que ha sabido cómo engañar a su hermana, eso es lo que piensa Ángela de su cuñado, si se le puede llamar cuñado. Si alguien tiene la culpa del distanciamiento entre ambas, es Mateo, de eso está segura, pero de todas formas ya se ha cansado de hablar mal de Mateo, hasta de eso está cansada ya, no quiere hablar más, de él, no vale la pena.

Hay una cosa que Ángela no puede entender, igual que toda la familia, y vuelve a ello a menudo... y es que Natalia no haya tenido hijos, porque cuando nacieron los suyos bien que los cuidó y se metía en todo, esto está bien, esto está mal, y cuando le decía que ya veríamos cómo se las apañaría cuando fuera madre, se reía, y si siempre hubiera sabido que no quería tener hijos, lo habría dicho, porque conoce bien a su hermana, pero su hermana sólo se reía, y ella estaba deseando que Natalia tuviera hijos para decirle, ¿lo ves?, que no es tan fácil, porque para Natalia todo era fácil, decir que sí, decir que no, pero no sabe lo que cuesta hacer bien las cosas con un hijo, hasta que no eres madre no lo sabes, porque tienes dolores distintos, no sabes cómo pesan algunas contradicciones y cómo molesta hacer aquello que no querías hacer, y después darte cuenta, aún peor; eso Natalia no lo sabía, y Mateo tampoco lo sabe porque los niños nunca los ha cuidado él, sus hijos lo han tenido como modelo, no como padre, y Mateo le dio a Natalia el poder de opinar de todo, de cualquier cosa, y desde que se conocieron son los dos unos charlatanes, y a Ángela no le gustan los charlatanes.

Por la noche, Enrique le reza a su mujer y le pide cosas, y, si es buena, que se las conceda, y sabe que su mujer era toda bondad cuando estaba viva, así que se supone que una vez en el cielo seguirá siendo buena. Le pide que, por favor, le dé una madre para su hija, para la hija de ambos, y que la madre nueva sea tan buena como ella, y si no tan buena, casi tan buena, y que lo perdone, porque se ha enamorado de una mujer, una mujer que se parece a su hermana, la muerta, y que, si las dos están en el cielo, hagan realidad lo que pide, y lo que pide sólo es un poco de generosidad y compañía, y ojalá Dolores acceda a vivir con Blanca y con él, porque no hay nada que lo haga más feliz que imaginarse con ella. Le da igual que sea mayor que él, porque qué más da si al final todos, tarde o temprano, mueren, y no depende de la edad que tengan, sino de lo que Dios haya reservado para ellos, los muñecos de Dios que son los humanos, y no hay manera de tener esperanzas y mirar al futuro si uno piensa que morirá tarde o temprano, y a Dolores aún le quedan muchos años, si Dios quiere y ojalá Dios quiera; además, como no tiene hijos, podrá cuidar de Blanca como si fuera suya, porque es la única oportunidad que tiene de que alguien la llame mamá, y, si su querida esposa lo perdona, Blanca la llamará mamá, a Dolores, y cuando sea mayor ya le contará que su madre murió para traerla al mundo, y que Dios les puso cerca a otras personas, personas maravillosas como Dolores, para que no se quedaran tan solos cuando se cumplió su voluntad de dejarlos sin Rosa.

Enrique llora y llora y llora, y si lo viera su padre diría que llora como una mujer, pero no, llora aún más que una mujer, porque llora por dentro y eso no se ve, y por dentro llora siempre, y a veces por fuera. Echa tanto de menos a Rosa, su mujer, y, además, tiene tanto miedo de que Dolores no quiera casarse con él. ¿Por qué Dios le pone las cosas tan difíciles? Él que siempre reza, que siempre vive pensando en Dios, que todo lo hace por él, con fe, ahora se ve obligado a rezarle a Rosa, que es su nueva diosa y sabe que desde el cielo cuida de él, y, como tiene menos trabajo que Dios, le va pidiendo, porque seguro que algo le concede.

Y ahora lo que quiere es que su querida esposa entienda que no puede criar a su hija solo, necesita a una mujer, porque se siente tan aislado de todo, tan triste, y Blanca a veces lo nota cuando Enrique la coge, se mueve como si estuviera incómoda, y si la tiende en la cama se queda quieta y mueve los pies y las piernas con mucha alegría, con una gracia que no se puede explicar con palabras, pero, cuando ve

a su padre, cambia la cara, y está convencido de que es por su tristeza y su pena, que la niña las nota y las rechaza. En cambio, cuando está con Dolores se siente bien, es como si fuera la madre de Blanca, pero también es como si fuera su madre, la madre de Enrique, porque se siente protegido, seguro, no tiene miedo. Por las tardes, cuando va a la iglesia, se da cuenta de que es el único momento del día en que se siente fuera de peligro, como si volviera a nacer, y es porque Dolores está cerca, y si pudiera sentirse siempre así, en casa, por las noches, al despertar, ¡sería tan feliz!, por eso necesita que allí, en el cielo, alguien le conceda lo que está pidiendo. Y si quieren ponerlo a prueba, que lo hagan. Está preparado para todo, después de la muerte de Rosa; bueno, para todo menos para la soledad.

También está preparado, por ejemplo, para ir por la tarde al joyero, y, con todo el dolor de su corazón, pedirle que le compre el anillo de su madre, que tantos años lleva en la familia; y, cuando el joyero le compre el anillo, comprará otro para regalárselo a Dolores. Sabe que el joyero saldrá ganando; le dirá que vale menos de lo que vale, y el anillo que podrá comprar con lo que le dé será peor, pero será un anillo sólo de Dolores, para ella, y cuando se lo dé no se pondrá a llorar ni dirá todas aquellas cosas tristes que dijo la última vez.

Pero cuando Dolores ve el anillo, no sabe si reír o llorar, así que empieza riéndose y acaba llorando, todo a la vez, no sabe por qué. Vuelve a decir, en murmullos, que no puede aceptarlo, porque qué se cree, cómo puede permitir que le regalen un anillo así, para ella, y de dónde ha sacado el dinero. Enrique le cuenta lo que ha hecho y entonces Dolores llora, llora muchísimo, porque el anillo, aquella piedra preciosa, ya no será nunca suyo, ya no les pertenece, no se lo podrá regalar a Blanca cuando sea mayor, y se siente responsable, se siente culpable de haber empujado a Enrique a malvender aquel anillo.

Enrique vuelve a llorar cuando Dolores dice que no puede aceptar el anillo, ya no sabe qué más hacer y se desespera, y entonces Blanca también llora, lloran los tres, y por primera vez el llanto no les daña y se sienten bien, porque lloran para el otro, digamos, el uno con el otro, en compañía, y eso es mucho para dos personas tan maltratadas por la soledad. Cuando salen de la iglesia, porque el llanto de Blanca no cesa y la gente empieza a girarse y a mirarlos, la luz les toca en los ojos como una espada, una espada de luz que los atraviesa y los devuelve a la realidad, y se ven otra vez tal como son, tristes, y tal como están, solos, y se cogen de la mano.

De la mano van cogidos, como dos niños, y Enrique acompaña hasta la puerta a Dolores, que nunca ha ido de la mano de ningún hombre, y le parece que es un momento vergonzoso, se siente como una niña, una jovencita, se siente más niña que cuando lo era, y sonrío un poco, sin que nadie lo adivine, y está contenta. Se despide de Enrique y de Blanca, les da un beso en la cara a cada uno, y, cuando entra en casa, se acuerda de Gloria, y se la imagina burlándose de ella y piensa que su cuñada es mala incluso en su mente.

Natalia está en la sala, sentada en una silla incómoda, y no está mirando nada

pero tiene la vista fija. Se saludan como se saludan los viejos conocidos, con una desgana cariñosa, y Dolores cae en un silencio parecido al de cuando murió su hermano. Se queda callada porque no tiene nada que decir y empieza a pensar qué le dirá a Enrique al día siguiente, cuando vuelvan a encontrarse en la iglesia. Mientras, sin darse cuenta, ha cogido lana y le está haciendo un gorro a Blanca, porque muy pronto hará frío de verdad, y la niña no tiene abrigo suficiente para combatir el invierno, que viene duro, o eso dicen.

Mateo está un poco enfermo. No es nada, dice su hija para consolarlo, y él dice que no es nada cuando le pasa a una mujer joven, como ella, pero en un hombre mayor, como él, ese nada se complica. Le duele todo el cuerpo y se encuentra muy cansado, cansado como es imposible cansarse, y por la noche se había levantado a beber un vaso de agua y no recordaba nada más, sólo la sed que sintió una vez metido en la cama.

Lo que no recuerda Mateo es que se desmayó y se cayó. Dio con la cabeza en el suelo, un buen golpe, y perdió el conocimiento, se quedó tirado dos o tres horas, mientras Violeta dormía, y, cuando volvió a abrir los ojos, estaba en el suelo de la cocina y no sabía qué hacía allí. Se levantó y se fue a la cama y siguió durmiendo, pero le dolía todo, le dolía incluso más que por la tarde. Lo primero que hizo su hija cuando Mateo se lo contó fue llamar a su médico, el médico de familia, a quien recurren siempre que les pasa algo. El doctor Ramón los conoce desde que Violeta era una niña y podían llamarlo siempre que lo necesitaran, a la hora que fuera. Para un hombre como Mateo, bastante aprensivo, la verdad, ha sido un consuelo poder contar con el doctor Ramón. Cuando, por teléfono, Violeta le contó que su padre se había caído por la noche y había pasado unas cuantas horas tirado en la cocina, se asustó y fue enseguida, y, al entrar por la puerta y ver a Mateo sentado en su despacho, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Vuelva a la cama!

Mateo cogió su pijama y se volvió a la cama, sonriendo, porque le divertía la preocupación de su médico. Qué tontería, ¡cómo exageraban los médicos! Se encontraba bien, debía de estar bajo de defensas, últimamente estaba más preocupado de lo normal. Violeta miró hacia otro lado y no hizo ningún comentario —que un padre sea imperfecto, qué pena. El doctor Ramón le dijo que, de momento, y hasta que supieran algo, reposaría y no se movería de la cama hasta que él se lo ordenara. Nada de trabajar.

La principal preocupación de Mateo era que Natalia lo estaría esperando para comer, porque era viernes. Se la imaginaba preparando la casa, aquella casa triste suya que vio el otro día, cuando se presentó sin avisar; la imaginaba cocinando, preparándolo todo para su llegada, y sintió una pena inmensa. ¿Cómo iba a decirle que se encontraba bien pero que el médico lo obligaba a quedarse en la cama y no

podrían comer juntos? El viernes era el único día que tenía para comer con ella, durante veinte años habían comido todos los viernes del calendario, sin faltar ni uno; Mateo siempre encontraba la manera de ir a casa de Natalia, se enfadara quien se enfadara.

Le pidió al doctor Ramón si podría hacer una excepción para ir. Todo el mundo que conocía un poco a Mateo sabía que los viernes comía con ella, absolutamente todo el mundo, y el doctor Ramón hacía demasiados años que pertenecía a la familia para no conocer aquel detalle. Sabía lo importante que era para él, pero el doctor Ramón desconocía lo triste que era la casa de Natalia el resto de la semana, no se lo podía imaginar.

Mateo pensó que si lloraba un poco podría transmitir la importancia de la cita, y, cuando empezó a lloriquear, Violeta salió de la habitación avergonzada durante unos minutos, tú dirás. Si su padre se levantaba y le pasaba algo, no se lo podría perdonar nunca; le guardaría rencor a Natalia toda la vida, como los niños guardan escondida la miel: hasta el último segundo de vida que tuviera se la guardaría, aunque no fuera culpa suya.

El doctor Ramón dio un suspiro largo y cargado de resignación, y, en aquel momento, Mateo supo que podría ver a Natalia para comer, podría explicarle lo de la caída de aquella noche, y le diría que lo que le ocurre es que está preocupado por ella, porque en veinte años no la había visto así, nunca había dudado de su amor y, por primera vez, se sentía indefenso, creía que podía perderla, pero no por otro hombre, sino porque dejara de quererlo, que es peor si cabe, y además no le había dicho que sí, que quería casarse con él. Le confesaría que le había impresionado mucho ver su casa el otro día, y le diría que si necesitaba dinero para algo, sólo tenía que pedirlo; a Violeta y a él les iba bastante bien en el bufete, sólo tenía que pedirlo, de verdad, era su mujer, no podía consentir que su mujer no viviera como una reina. Mientras pensaba todo eso sentía cómo la frente se le iba llenando de perlas de sudor, unas gotas redondas, perfectas, de un sudor frío.

Violeta se acercó a la cama de su padre, le puso la mano en la frente y miró al doctor Ramón con ojos... como quien reza y mira al cielo, esperando. Delante de ellos, fue al teléfono de casa y marcó el número de Natalia, que se sabía de memoria, y Mateo la escuchó cómo le contaba lo que había ocurrido aquella noche. Por las respuestas de su hija adivinaba que Natalia estaba preocupada y nerviosa, al menos aún se preocupaba por él, quizá lo quería como siempre, pero estaba triste porque él no podía calmarla porque, aunque quisiera ponerse al teléfono, tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar, le impedía incluso tragar. Natalia dejaría de quererlo, por viejo, por traidor, y él ya no podría darle dinero para que comprara todo lo que quisiera, porque si algo quería en el mundo era la felicidad de Natalia —quizá no se lo había demostrado lo suficiente. Cuando escuchó que Violeta la invitaba a comer a casa, los tres, el nudo se deshizo un poco y sintió un gran agradecimiento hacia su hija, una ternura infinita, pero estaba convencido de que Natalia no accedería. Si

había una cosa que no quería Natalia en su vida era ver aquella casa, la casa donde vivía Mateo sin ella, la mujer que más lo ha querido en el mundo.

Gloria pasaba de la irritación y la rabia a la pena en un santiamén, tampoco era tan extraño, Gloria siempre ha sido una mujer de extremos, siempre lo ha sido y las personas nunca cambian. Quizá era la edad, que se estaba haciendo vieja, o que aún no había hablado ni con su cuñada ni con su hija, y la visita de Ángela no la había calmado en absoluto, porque las visitas de Ángela nunca lo conseguían; pero estaba enfadada y se sentía culpable casi simultáneamente, era imposible aclararse, o quizá no era la edad, bien mirado Gloria siempre ha sido así, ya lo decían las vecinas.

A veces se enfurecía por estar viviendo sola en la casa con jardín, otras veces se ponía muy triste porque estaba sola y se había quedado viuda tan pronto, cuando aún le quedaban años de vida digna, y otras se sentía culpable porque probablemente había hecho daño a su hija, su hija pequeña, y se imaginaba a su marido todavía vivo diciéndole que tenía que aprender a ser más femenina, que es una manera suave de decir que el genio es una cosa masculina, de los hombres, y que las mujeres siempre deben estar contentas y conformes, y Gloria tenía que ser menos brusca y decir las cosas con más calma, porque a veces la gente podía no pensar como ella y, claro, si Ángel estuviera vivo... la entendería, pero también sería crítico, que no se callaba ni una, pero era tan bueno... Claro que... no lo podía evitar. Ella era así, siempre lo había sido, y no le había ido tan mal en la vida, mira tú, pero ahora, de pronto, todo se le volvía en contra, todo era difícil, todo era complicado y extraño, quién se lo iba a decir, con la facilidad con que se resuelven algunas cosas por sí solas, como si un Dios las ordenara, todo en su sitio. Quién le iba a decir que acabaría viviendo allí, y Dolores y Natalia en la otra casa, la de toda la vida. Echaba de menos algunas cosas, sobre todo la compañía, pero era demasiado orgullosa para reconocerlo. De vez en cuando daba un paseo por la montaña y se distraía, pero cuando volvía a casa y se daba cuenta de que sólo había pasado una hora desde que había salido por la puerta, se le venía el mundo encima. El tiempo era, desde hacía unas semanas, su enemigo, porque no pasaba nunca, no pasaba, se quedaba quieto, pesado, fatigoso, y ella necesitaba que no tardara tanto en llegar la noche, entonces se tomaba una infusión que le permitía descansar muy bien y era el único momento del día en que se encontraba contenta, descansada, porque no pensaba en nada: ni estaba enfadada ni triste ni asqueada.

Hacía unos cuantos días había ido al pueblo a dar un paseo y por el camino se

había encontrado a una vieja conocida que no había tenido ocasión de darle el pésame. Después de algunos meses, parecía que no quedaba nadie en el mundo para decirle que sentía la pérdida, y cuando la mujer le había dicho que lo lamentaba, que era un hombre tan bueno, un hombre como Dios manda, Gloria no había podido evitarlo y se había echado a llorar allí mismo, en la calle. Siempre le había costado mucho llorar y había empezado a hacerlo sin querer, y, aún más, se había dejado consolar por aquella desconocida, que parecía acostumbrada a aquel tipo de situaciones porque lo hacía muy tranquila, como si nada, porque muchas mujeres viven de eso, de hablar de las desgracias, y tienen un puñado de frases para decir. Y Gloria, qué vergüenza, madre mía, llorando como una niña pequeña allí en medio de la calle, y qué pensaría la gente, y todo la hacía sufrir y con los nervios no podía parar. Fue espantoso y estuvo avergonzada varios días, sin salir de casa, ni siquiera al jardín, por si la vecina se acercaba a ver cómo estaba, y no dejaba de pensar que hacerse mayor era ridículo, ella que se había comido el mundo y ahora, mira, como si fuera una criatura.

Oh, era tan miserable llegar a vieja sola. No se podía imaginar cómo debía sentirse su cuñada, tantos años durmiendo sola, sin que nadie le dijera qué pensaba, qué opinaba, sin que nadie le dijera como a ella: no, Gloria, esta vez te has equivocado tú. No entendía cómo una mujer podía vivir sin aquello, aquella compañía, y Natalia, y... las mujeres se habían vuelto locas, todas.

Era como si sólo ella en el mundo estuviera sola, como si nadie hubiera compartido aquella soledad, igual que sintió que era la única pariendo cuando tuvo a Ángela —la intensidad de las primeras veces; sabía que no era cierto, que como ella había centenares de personas sufriendo, y sufriendo más que ella, pero no podía comprender el dolor de los otros porque estaba bloqueada, se había quedado sola, de la noche a la mañana, y, si quería cambiar la situación, tenía que hacer algo diferente, acercarse a su casa y hacer las paces, y era indecente que le costara tanto, siendo hija suya, pero le costaba, bien sabía Dios que le costaba y no se sentía orgullosa, pero qué le iba a hacer, cada uno es como es.

Esta clase de conflictos siempre los acababa resolviendo su marido, porque decía, a ver, qué pasa ahora, y cada una contaba su versión y él daba o quitaba la razón, como quien da caramelos, y las abrazaba a todas, y eran como niñas y les gustaba, y la vida era más vida porque a veces la vida no lo parece, pero en aquellos momentos sí, porque estaban a salvo y alguien velaba por ellas, aquella sensación de bienestar, de estar en el lugar adecuado, tan difícil que parece a veces encontrarlo.

Aún era de día, pero ya se había acostado, así que cuando llamaron a la puerta se dijo que no abriría, porque no esperaba visita de nadie, y si era algún curioso, más bien alguna curiosa, no tenía ganas de fingir y ser amable. Se quedó en la cama esperando que quien fuera se marchara, pero oyó cómo la cerradura giraba y giraba con la llave y, por un momento, pensó en su marido y sintió un escalofrío por todo el cuerpo, tuvo miedo, ¡cómo iba a ser su marido! Se levantó despacio, sin hacer ruido

y, cuando llegó al recibidor, se encontró a Dolores, con cara de pena, diciéndole que había llamado a la puerta y se había asustado de que nadie contestara, que si estaba bien y sí, estaba bien, tan bien como podía.

Sin que su cuñada lo esperara, cómo iba a esperar una cosa así, Gloria se le echó encima conteniendo las lágrimas y agradeciéndole la visita, gracias, ¡gracias!, por haber hecho lo que debería haber hecho ella. Dolores la acogió como si fuera una niña, porque era lo que parecía y quizá aquél era uno de los problemas que tenía Gloria, que no había crecido del todo y era infantil y mimada, y cuanto mayor se hacía, más malcriada, una niña pequeña, y le acarició el pelo diciéndole que no pasaba nada, que ya estaba todo. Era el segundo abrazo que se daban y Dolores se dio cuenta de que no podría contarle lo de Enrique, que era lo que quería contarle, para ver si... le daba su bendición, para eso se había acercado hasta la casa con jardín, y no sólo no podría hablar de Enrique, sino que tendrían que hablar de ella, como siempre. No sabía cómo lo hacía, Gloria, pero sus problemas siempre eran más importantes que los de Dolores, y así fue como un día más Dolores no supo si casarse o no con Enrique, que seguía rezando y rezando, como si de verdad alguien recibiera sus oraciones, sus plegarias, y no entendía cómo nadie se las concedía, si tan difíciles no eran.

Natalia había preparado toda la casa para recibir a Mateo, pero en el último momento Violeta le había dicho que no, que estaba enfermo. La había invitado a comer a casa, con ellos. Son éstos los momentos que la molestan profundamente: todos actúan como si nada, eso Violeta lo ha aprendido del padre, y muchas otras cosas que las mujeres no deben imitar de los hombres, porque no lo son y hay leyes no escritas que deben cumplirse. Obvian todas las dificultades que hay entre Mateo y ella, y, cuando las obvian, Natalia se siente insultada y menospreciada y no puede ser, eso, que todo el mundo se vaya olvidando.

De momento, tiene que deshacer toda la parafernalia y volver a la normalidad de la casa, una casa en penumbra, porque Mateo no vendrá a comer, lo único que sabe es que se mareó por la noche y se cayó al suelo, inconsciente. Cuando llega tía Dolores, pregunta por él, dónde está. Su sobrina se lo cuenta y se ponen juntas a preparar unos dulces para Mateo. Quizá se los lleve Natalia para saludarlo, para que se ponga contento. Tía y sobrina están en la mesa de la cocina, de pie, y hablan mientras se van pasando el azúcar, la fruta troceada, el huevo batido. Hablan y hablan, pero no dicen nada, porque Natalia no confiesa que no irá a ver a Mateo, y Dolores no se atreve a contarle que quizá, sólo quizá, se esté enamorando de Enrique. Se siente tan ridícula con todo eso del enamoramiento que aún no ha sido capaz de decírselo a nadie, porque qué le importa a la gente, y sobre todo qué dirán.

Quería decirle a la cara lo que estaba pensando para que Enrique no se cansara del todo, pero al final había optado por escribirle una carta, que es más sencillo escribir este tipo de cosas que decirlas. Fue a la iglesia para dársela, y cuando se la entregó, metida en un sobre bien cerrado, dijo que se sentía indispuesta y no podía quedarse con ellos, debía volver a casa. Le daba vergüenza quedarse a su lado sabiendo que en aquella carta estaban todos sus sentimientos, sus dudas y sus miedos, demasiadas cosas para una sola carta, y así se fue, y al día siguiente no se atrevía a volver a la iglesia y no lo hizo.

Enrique ya había leído la carta y, por primera vez, tenía esperanzas, se había quedado dormido incluso sin rezar, también por primera vez desde que había muerto Rosa, y, cuando vio que Dolores no acudía a la cita de todas las tardes, se acercó con Blanca a su casa, llamó a la puerta con el puño, muy decidido, y esperó. Cuando abrió Natalia, enseguida cogió en brazos a la niña y los hizo pasar, qué guapa,

Blanca. Dolores inmediatamente se metió en la cama, para sorpresa de su sobrina, que no hizo preguntas, porque hay cosas que nunca le preguntaría a tía Dolores. Enrique no había estado nunca dentro de la casa y se extrañó de que hubiera tan poca luz, con el sol tan espléndido que hacía fuera. Al verle la cara, Natalia se disculpó, no esperaban visitas, y se dijo a sí misma que, a partir de aquel momento, tendría siempre la casa con una luz encendida, también por las mañanas, porque con la luz encendida quizá no daba tanta pena, aquella casa.

Natalia sacó juguetes de cuando sus sobrinos eran más pequeños y se los regaló a Blanca, que aún era un poco torpe con las manos, pero abría los ojos como si quisiera comerse los muñecos con la mirada. Blanca era una buena niña, excepcionalmente buena, y su padre estaba muy contento, a pesar de la mala suerte; Natalia le preguntaba cómo se organizaba para cuidarla y Enrique reconocía que desde que nació no se había separado de ella ni un minuto, la llevaba a la oficina y se ocupaba de ella siempre, absolutamente siempre, porque qué otra cosa podía hacer, y ponía una cara que conmovía a todas las mujeres —desde que no tenía esposa, todas lo miraban distinto.

Dolores escuchaba atenta la voz quejosa de Enrique y se sentía triste, realmente era un hombre con problemas, un hombre con poca esperanza, y, aunque aquello la volvía más importante, más imprescindible, también la hacía sentirse poca cosa creer que sólo un hombre podría enamorarse de ella en aquellas condiciones...

Cuando se marcharon, tía Dolores salió de la cama, medio despeinada, y le agradeció a su sobrina que la hubiera disculpado y hubiera hecho como si nada.

—¿Te encuentras bien?

Y sí, sí, tía Dolores se encontraba bien, únicamente no tenía ganas de ver a nadie, y, como siempre, no se hicieron preguntas, por aquel respeto de las mujeres que están solas en la vida, por decirlo de algún modo, pero tampoco hace falta exagerar, eso es como todo.

Natalia estaba preocupada porque hacía demasiados días que no veía a Mateo y no sabía si podría verlo aquel viernes tampoco. Sólo hablaban por teléfono y no mucho rato, porque había empeorado un poco y se fatigaba, y también se fatigaba Natalia, que tenía el teléfono en una parte del comedor poco cómoda y el cable no le llegaba, medio en equilibrio tenía que hablar.

El doctor Ramón le estaba haciendo pruebas y más pruebas, pero no encontraba nada. Un virus, quizá. Algún tipo de enfermedad nueva. No sabía de dónde venía aquella debilidad de Mateo así, de sopetón. Violeta se encargaba del bufete y no le contaba absolutamente nada de trabajo a su padre, para que pudiera descansar bien. Le llevaba libros todas las tardes, para que se distrajera, pero Mateo no tenía ganas de leer, tenía ganas de ver a Natalia. Se lo pedía algunas veces, por teléfono, pero ella contestaba lo de siempre:

—Ya sabes que no puedo ir.

Y Mateo lo sabía, pero no podía dejar de intentarlo. Porque si dejaba de intentarlo

quizá Natalia creería que era dejadez, que la tenía descuidada, o que era una excusa su enfermedad, porque las mujeres siempre malpiensan, eso lo sabe él muy bien, ya tiene demasiados años.

Por eso, por la mañana, cuando llegó el doctor Ramón, Mateo le pidió como favor personal si él podría acercarse a casa de Natalia para explicarle cómo se encontraba y cuál era verdaderamente la situación, que estaba encamado y que se fatigaba cuando hablaba mucho tiempo seguido. El doctor Ramón se compadeció de su viejo amigo y aceptó, porque a los hombres les cuesta, pero después son mucho más generosos que las mujeres, Mateo siempre lo dice. Además, así aprovecharía para saludar a Natalia, que hacía muchísimo tiempo que no la veía, probablemente años, pero Natalia no estaba pasando por su mejor momento, y de nuevo recibió una visita inesperada y se sintió cansada sin saber muy bien qué era aquello que la cansaba tanto.

Al abrir la puerta y encontrarse al doctor Ramón, que había envejecido pero seguía teniendo un bigote de lo más reconocible, además de no haber cambiado nunca el maletín que lo acompañaba a todas las consultas; cuando abrió la puerta, Natalia creyó que Mateo había muerto. Se puso tan nerviosa que no invitó a pasar al doctor, esperando allí mismo la noticia que cayera sobre ella.

—No se alarme, señorita Natalia. Mateo está bien.

Hasta que no pronunció aquellas palabras, Natalia no reaccionó. Entonces sí, el doctor Ramón entró en la oscuridad de la casa y tardó unos segundos en adaptarse al cambio de luz, así que se quedó quieto. Natalia le ofreció café, un vaso de agua, lo que quisiera, pero el doctor prometió ser breve. Sólo quería contarle que Mateo lo enviaba para explicarle cómo se encontraba y convencerla de que, si no la visitaba, no era porque no quisiera, sino porque de verdad no estaba en condiciones de levantarse de la cama. Atenta a las palabras de Ramón, Natalia casi contenía la respiración sin darse cuenta y por todo el cuerpo sentía un temblor muy molesto.

—¿Y usted qué cree?

No quería saber qué opinaba Mateo, sino qué tenía que decir su médico de toda la vida. Ramón tosió un par de veces y dijo, sinceramente, señorita Natalia, que no tenía la más remota idea de qué le pasaba a su marido. Había olvidado que el doctor era el único que los trataba como si estuvieran casados y eso le revolvió el corazón, un corazón débil, con más penas en las últimas semanas que de costumbre, un corazón, digamos, cansado, lento. No podía comprender exactamente qué quería decir el doctor Ramón, y lo que el doctor Ramón quería decir era exactamente lo que decía: no sabía qué le pasaba a Mateo. A veces todo es exasperantemente sencillo —o se sabe, o no se sabe.

Ahora Natalia está preocupada porque no sabe qué le pasa a Mateo, y antes tampoco lo sabía, pero ahora ni siquiera lo sabe el doctor Ramón, así que cuando llega tía Dolores a casa se va corriendo a recibirla y le cuenta palabra por palabra lo que el médico le ha dicho. Ha repetido tantas veces la conversación en su cabeza que ya se la sabe de memoria; se lo ha dicho a su tía tal y como ha sido, con las palabras exactas.

Dolores llegaba a casa dispuesta a acostarse, como siempre últimamente, pero hace un esfuerzo para quedarse con su sobrina en la casa, hablando de Mateo, tranquilizándola y recordándole que es un hombre muy corpulento y sano, seguro que tiene las defensas un poco bajas y nada más, nada por lo que alarmarse tanto. Natalia quiere creerla, desea hacer suyas las reconfortantes palabras de su tía, pero sabe que hasta que no vuelva a ver a Mateo no estará tranquila.

—¿Y por qué no vas a verlo?

Hace dos días dijo que iría a visitarlo, pero aún no lo había hecho. Ésa era una de las cosas que más inquietaba a tía Dolores, que estuviera tan preocupada por Mateo pero se encerrara en casa todas las tardes sin acercarse a verlo ni hacer nada provechoso; aunque, por supuesto, no tenía intención de hacerle preguntas. Era cierto que Mateo vivía en las afueras y su casa no tenía un acceso fácil, pero no era excusa, no para una mujer que ama a un hombre, y ahora sabía de qué era capaz una mujer por amor, una mujer enamorada es el peor animal que hay. Ahora, después de la visita del doctor Ramón, con más motivo debía hacer el esfuerzo. Si quería, la acompañaría y así irían juntas a verlo.

—Sabes que no puedo, tía Dolores...

La voz de Natalia salía a medias de su boca, como si tuviera miedo de la confesión. Tía Dolores no sabía por qué no podía ir a ver a Mateo, qué se lo impedía, y seguía ofreciéndose para acompañarla, porque así es como hacen las cosas las mujeres, en compañía. En un momento de debilidad, Natalia le confesó a su tía que Mateo tenía una hija, bueno, tenía un hijo y una hija, pero la hija vivía con él, y a veces la relación no era demasiado natural, como si siempre estuvieran compitiendo, aunque no tenía ningún sentido hacerlo, en fin, lo hacían, porque a veces las mujeres hacen esa clase de cosas.

Tía Dolores se sorprendió, ésa era la verdad, porque pensaba que Mateo era,

como ella, un hombre soltero. La única de la familia que lo sabía era Ángela y por eso discutían tanto, porque había muchas cosas de Mateo que la disgustaban.

Oh, vaya, tía Dolores no tenía la menor idea, no se lo habría imaginado nunca, pero de todas formas no tenía importancia, porque cuando una persona está enferma recibe visitas, seguro que la hija no se enfadaría. Pero había más, más cosas que no sabía y que dificultaban la situación, siempre se refería así a los problemas —la situación. Había algo para lo que Natalia no estaba preparada, una confesión que nunca había hecho. No se lo había tenido que contar a Ángela porque Ángela ya lo sabía, así que aquellas palabras nunca las había pronunciado, nunca, y creía que se iría a la tumba sin haberlo hecho, pero las tenía en la boca, dispuestas, preparadas para salir: Mateo era un hombre casado. Sí, era un hombre casado y por eso no se casaban, ni tenían hijos, ni vivían juntos, y en ese momento Natalia se arrepintió de sus palabras: si no habían tenido hijos ni habían sido un matrimonio, era porque no lo habían querido, habían aceptado las circunstancias como eran y nada más, la vida como viene; era injusto que ahora recayera toda la culpa sobre Mateo, y no se imaginaba que alguna vez usara aquellos reproches, nunca lo había hecho, con sinceridad, y no sabía por qué necesitaba ahora justificarse y disculparse ante su tía, al fin y al cabo la tía tampoco había llevado una vida demasiado normal, que es de lo que Natalia debe defenderse siempre —de las vidas normales.

Tía Dolores estaba impresionada, de verdad, claro, porque hacía veinte años que convivía con aquella historia de amor sin comprenderla del todo, con algunas cosas que nadie de la familia entendía pero que ella se había esforzado por respetar, y ahora se daba cuenta de que con los hombres no se sabe nunca, y pensaba en Enrique y que no bastaba una vida entera para conocer a una persona, siempre te puede sorprender, y la sorpresa puede que no sea buena, puede que no te guste. Ahora todo lo que pensaba de Mateo no servía para nada, era otro hombre. Mateo estaba casado, había otra mujer.

—¿Y su mujer? Oh, hijita...

Dolores siempre la había llamado así, hijita, para ser más cercana. Sí, la mujer de Mateo lo sabía y lo aceptaba. Al principio era muy celosa, no podía soportarlo, Natalia de pronto hablaba como un torrente, pero Mateo le había prometido que nunca la dejaría sola, y a Natalia tampoco la dejaría sola, claro, y lo estaba cumpliendo con ambas: tía Dolores miró a su alrededor, intentando hacerle entender que aquella soledad suya, que las envolvía, qué era, si no soledad.

Era la madre de sus hijos, y, aunque su amor era Natalia, tenía un compromiso con ella y no pensaba faltar a él. Tía Dolores observaba cómo Natalia lo contaba como si fuera la historia de otro, se podría decir que era una historia aprendida, pero tía Dolores nunca lo diría.

De pronto recordó el día en que, hacía años, le prometió a Mateo que no se lo contaría a su familia. Llovía mucho y se habían quedado en la habitación de Natalia, callados, tristes, y Natalia le había asegurado que no, que nunca se lo diría a nadie,

porque estaba cansada de que todo el mundo la juzgara sin saber. Mateo no quería que la familia de Natalia creyera que estaba jugando con ella, no quería que pensarán que no la amaba, porque la amaba más que a nadie.

—¿Lo sabe mamá?

No, mamá no lo sabía ni debía saberlo. La única que sabía que Mateo estaba casado era Ángela, y no porque ella se lo hubiera contado. Un día, paseando, se había encontrado con Mateo y su mujer. No lo saludó por discreción, pero cuando volvió a casa corrió al dormitorio de su hermana para contarle lo que había visto. Le dijo que Mateo la estaba engañando con una mujer y la describió. Natalia sabía perfectamente de quién se trataba y no hizo ni caso, pero Ángela estaba furiosa, no podía soportar la pasividad de su hermana, y gritaba histérica, la sacudía, por favor, que no fuera tan estúpida, que no tirara su vida como si no valiera nada. Entonces Ángela aún no había tenido su primer hijo. Como no podía esconderlo más, dijo que ya lo sabía, y que no la estaba engañando con una mujer, sino que estaba engañando a aquella mujer con ella, y ni siquiera engañando, porque Érica, que así es como se llama la mujer de Mateo, sabía muy bien que tenía una amiga, la llamaban así en casa, la amiga, pero todos sabían que no lo era, tú dirás.

Tía Dolores no podía reunir toda la información y comprenderla, y abría los ojos enérgicamente siguiendo las explicaciones que le daba su sobrina. Cómo Érica podía vivir en aquella mentira era algo que Natalia no pretendía entender, no le importaba, lo único que sabía era que estaba enamorada de Mateo, y que si para estar con él tenía que aceptar otra casa, otra familia y otra mujer, lo haría —lo estaba haciendo. Lo había hecho siempre, lo seguiría haciendo.

La única condición que había puesto Érica era que no la dejara sola con los niños, que no se alejara de la familia. Él lo había aceptado desde el principio, desde que, después de nacer la primera hija, conoció a otra mujer y Érica lo echó de casa durante unos días. Después de volver, prometió que aquella mujer no era nada para él y fue perdonado, pero Érica sabía que Mateo siempre sería así y lo mejor, si quería conservar su familia y el respeto social, era hacerse la tonta, que es lo que deben hacer muchas mujeres para equilibrar sus vidas.

Cuando conoció a Natalia fue diferente, eso dijo, porque Mateo quiso hablarlo, no como las otras veces, que se escondía y se divertía con aquel juego. Con Natalia necesitaba confesarlo, se había enamorado, pero las condiciones continuaban siendo las mismas, con una excepción: quería dormir en una habitación separada, una cama para él solo.

Érica se enfadó tanto que creyó que no soportaría aquella tensión, pero mandó arreglar un dormitorio pequeño para su marido y pronto se acostumbró a aquel cambio, y no sólo se acostumbró, sino que acabó encontrándose cómoda en su nuevo cuarto, propio. Desde entonces, Érica había vivido con aquella presencia de Natalia como con un fantasma. Era un amor comprendido y respetado por la familia y los amigos, todos sabían que los viernes comían juntos, que Natalia seguía viviendo con

sus padres y aceptaba la vida de Mateo con otras personas, con otra mujer. Les había costado mucho esfuerzo protegerse del convencionalismo y los chismes, pero después de veinte años estaban conformes. Habían aprendido a quererse así y la complicidad lo era todo, el amor y la compañía que se hacían. Mientras se lo contaba a su tía, a Natalia le molestaban algunas expresiones y gestos de Dolores, pero era normal y no esperaba otra reacción; si no lo había contado hasta aquel momento era porque no lo entenderían fácilmente.

De pronto, tía Dolores vio a su sobrina como una mujer a medias, utilizada por un hombre egoísta con buena apariencia, y sintió una ternura muy grande por Enrique, pero a la vez desconfianza. Si Mateo había conseguido durante veinte años ocultar a su familia, ¿con qué no podría engañarla un hombre joven con aquellas necesidades tan grandes que tenía Enrique? Pero, de momento, sentía una gran ternura, porque toda aquella dificultad y aquellos sacrificios que hacían los demás por amor eran esperanzadores, quizá no se había vuelto tan loca enamorándose de Enrique y queriendo que Blanca la llamara mamá, la única niña que podría hacerlo. La única niña en el mundo.

—¿Entiendes por qué no puedo ir a verlo?

Sí, claro, lo entendía. Lo entendía. Lo que no entendía era qué había estado pensando y esperando los últimos veinte años de su vida, cómo los había desaprovechado, y de acuerdo que no era la persona más indicada para darle consejos, porque había vivido toda la vida con su hermano y la familia de éste, pero eso era mucho peor, ¿qué pasaría si se enterara de que Mateo la engañaba con otra mujer, otra mujer que no fuera Érica? Natalia estaba preparada para todo tipo de preguntas y objeciones, pero no tenía ganas de contestar. Lo importante era que Mateo estaba muy enfermo y no lo podía ir a ver. Quizá Érica no tendría ningún inconveniente en que fuera a visitarlo, porque se habían respetado mutuamente durante muchísimos años, pero no era lo que Natalia quería.

Cuando Dolores le dijo a Enrique que nunca se casaría con él, le temblaba la voz. Lo había decidido una noche, la noche después de que Natalia le contara que Mateo estaba casado. Su padre le había enseñado que el hombre podía ser cruel y brutal, pero Mateo y Natalia le habían enseñado que el hombre, además, podía ser sutil en su maldad, y no estaba dispuesta a sufrir, y menos ahora, vieja, cuando había estado sola toda la vida, no, ni hablar. Tenía un tono de voz que Enrique no le conocía, era como si le hubieran arrancado la dulzura de todo el cuerpo, su eterna dulzura, y no sabía qué hacer.

—¿Qué he hecho mal?

La pregunta le dolía a Dolores, porque no sabía cómo contestarla, no había hecho nada mal, pero podría haberlo hecho y ella desconocerlo. La sospecha era más que suficiente para protegerse de él, de él y de todo el mundo, a partir de aquel momento, la relación sería puramente amistosa. Enrique agachó la mirada y tocó la cabeza de Blanca con suavidad.

—Eso no quiere decir que no nos veamos más.

La voz continuaba siendo dura, pero aquellas palabras iluminaron a Enrique, que era capaz, desde que era viudo, de esperanzarse con poca cosa. Dolores había escuchado cómo Enrique le decía a Natalia que se llevaba a Blanca a trabajar, y eso no lo permitiría, sólo faltaba, sobre todo porque ella pasaba todo el día en casa y podía hacerse cargo de la niña, si Enrique estaba de acuerdo.

A Enrique le parecía maravilloso que Dolores quisiera ocuparse de Blanca, oh, tan maravilloso, la cosa más maravillosa desde que había muerto su mujer, pero no lo dijo.

No era exactamente como lo había imaginado, pero qué más daba, estaba seguro de que unos cuantos días con Blanca serían suficientes y caería rendida a los encantos de la niña, y así, poco a poco, se enamoraría también de él. Rosa, en paz descansa, le estaba concediendo todo pero lentamente, para que entendiera que tenía un precio, su deseo, y que, si quería conseguir a Dolores, tenía que trabajárselo —porque a las mujeres, lo saben todos los hombres, se las consigues; con ellas siempre es así.

La sonrisa y la tranquilidad con que Enrique lo miraba todo desconcertó a Dolores, quizá no había entendido que no quería casarse con él, quizá no había dicho correctamente las palabras que se había aprendido de memoria y se estaba

confundiendo, así que se lo repitió, le dijo que no significaba nada, que no se casaría ni con él ni con nadie, y lo único que le ofrecía era cuidar de la niña. Sí, sí, sí, sí, decía Enrique, con la boca, con la cabeza y con las manos y todo el cuerpo, sí, sí, claro, no nos casaremos, pero por dentro estaba seguro de que tarde o temprano Dolores sería su mujer y quizá una noche, después de mucho tiempo, podría decirle mi amor, vida mía, todas las cosas que le decía a Rosa, que era tan buena y se ruborizaba cuando su marido le decía aquellas palabras tiernas, bondadosas.

Así, al día siguiente, cuando Enrique se levantó, se preparó el desayuno pero no despertó a Blanca. A las nueve en punto aparecía Dolores por su puerta, con una llave para abrir y cerrar cuando quisiera. Al principio tenía intención de llevarse la niña a su casa, pero después creyó que era mejor no despertarla ni moverla de allí, pobre niña, que no se sintiera extraña, y si se quedaba en casa de Enrique el cambio no sería tan grande. Ya, más adelante, cuando estuviera contenta con Dolores, se la llevaría y Enrique la iría a recoger.

Cuando sintió que la puerta se abría y alguien daba pasos mínimos sin hacer ruido, miró al techo, como quien mira al cielo, y dijo gracias, gracias, bajito, para que nadie lo escuchara, dijo gracias, mi diosa, te estaré siempre agradecido.

Dolores lo despidió en la puerta y le dijo adiós con la mano, muy alegre, creyendo que había encontrado la forma adecuada para llevar aquella situación que la tenía sin dormir desde hacía tantos días; por fin había encontrado la manera, adiós, adiós con la mano, y se metió dentro y fue a ver a Blanca, que estaba en su camita. La estuvo observando un buen rato, admirando la perfección de sus facciones. La miraba y le tocaba la nariz, la frente, la mejilla con un dedo, muy suave, para que no se despertara.

—Hijita...

Se imaginó que empezaba a hablar y la llamaba mamá, y primero sonrió, pero después se sintió muy triste. Pensó en su sobrina Natalia, a quien deberían ocurrirle aquellas cosas, la posibilidad de encontrar a alguien con un hijo pequeño y crecer, crecer como familia, y no a ella, que ya era casi una mujer mayor, no, no era verdad, estaba exagerando para hacerse daño, era mayor, pero aún conservaba bastante bien la figura y hasta era capaz de gustar a un hombre más joven.

Cuando Blanca se despertó, la vistió y se fueron a dar un paseo, y, en un momento de lucidez, se dirigió a la parada del autobús para subirse y hacerle una visita a su cuñada. Seguro que le gustaba recibirla a ella y a Blanca, ahora, con la distancia, las relaciones no eran tan tensas entre ellas.

Y no se equivocaba, porque, cuando Gloria abrió la puerta y al otro lado vio la sonrisa de Dolores pegada a la cara de una niña tan bonita como Blanca, suspiró de emoción y le preguntó si podía cogerla.

—Tantos años sin tener un niño pequeño...

De momento no preguntaba quién era ni cómo se le había ocurrido ir con una niña en brazos, porque estaba muy ocupada diciendo lo bonita que era Blanca, lo guapa, lo

simpática, y ésta de vez en cuando se reía y movía las manos con mucha alegría, rápido, y cuando con una mano intentó coger las gafas de Gloria, las dos mujeres rieron enternecidas, como lo hacen las mujeres con las criaturas.

Cuando Blanca vio que Dolores estaba a su lado, levantó los brazos para que la cogiera, y con mucho gusto la cogió y le dio unos besos suaves en la cabeza, que de un día para otro se le había quedado limpia, con un cabello fino que apenas podía apreciarse. Gloria las miraba sonriendo, con una cara que hacía muchísimos años que había perdido, una cara saludable, despreocupada.

—¿Quién es esta niña tan guapa?

Y lo decía mirando a Blanca, como si la pregunta fuera para ella. Dolores le explicó que no tenía madre y que su padre, Enrique, quizá lo conocía, vivía muy cerca de la iglesia, donde antes, hacía años, estaba la panificadora; su padre no podía hacerse cargo de ella durante el día porque trabajaba, y, como eran amigos, y medio vecinos... y se calló, porque más le valía callar. Dolores lo explicaba bien explicado, como una lección, como Natalia su historia, como si Gloria no hubiera oído hablar nunca de Enrique y su desgracia, como si no supiera que eran amigos, como si hiciera mucho más tiempo que no vivían juntas.

—Mujer, ya sé quién es, cómo no lo voy a saber, a la niña no la había visto aún, se parece a la madre...

Aquello le dolió a Dolores, que entendió que toda la vida tendría que escuchar aquel comentario y morderse la lengua, porque era verdad, se parecía a la madre..., y no porque la recordara, porque por más que se esforzara no recordaba la cara de Rosa, pero en la mesilla de noche de Enrique había encontrado una foto, pequeña, que también la había inquietado. ¿No estaba enamorado de ella? ¿Qué hacía ahí aquel retrato? Pero, al fin y al cabo, ella le había asegurado que no se casarían nunca, no tenía derecho a pedirle que lo quitara, cómo se le ocurría, y, además, una muerta es una muerta.

Otro viernes sin Mateo, que seguía encamado, a veces con fiebre, delirando, a veces estable. Algunas tardes lo llamaba y hablaban un rato, y él le pedía a Natalia que, por favor, fuera a verlo, porque se encontraba mal de verdad y no sabía si saldría de aquélla, quería verla por si... pero Natalia no lo dejaba acabar la frase, por si nada, no se moriría, o eso quería creer, y lo único que debía hacer era concentrarse en la recuperación y pensar siempre en positivo, y, así, pronto se pondría bien y se verían, volverían a comer juntos los viernes.

Mateo no estaba tan seguro de que su recuperación llegara, sólo sabía que el doctor Ramón cada vez lo miraba con peor cara, no, con mejor cara, con cara de compasión, y de vez en cuando se encogía de hombros y decía que no, no sabía qué le pasaba, no sabía qué más pruebas hacerle, pero debía hacer reposo, eso seguro, porque, cuando se levantaba para caminar un poco y no sentirse tan inútil, estaba débil, debía reconocerlo.

Natalia fingía que no estaba preocupada, iba por aquí y por allá, como haría en una situación normal, y pensaba mucho en él, en su amor, en Mateo, pero no desesperaba, porque creía que, si le daba importancia, se moriría, así que mientras ella no sintiera miedo, lo estaría protegiendo; se debe ir así por la vida, con un poco de fe.

Ahora que lo sabía tía Dolores se sentía incómoda en casa, y si se cruzaban por el pasillo Natalia le esquivaba la mirada, porque quizá si la miraba fijamente adivinaría lo que pensaba la tía de ella y de Mateo, y no quería saberlo, por si acaso. Estaba convencida de que la había decepcionado, porque le había hecho muchas preguntas y todas eran negativas, todas tenían un no, una negación, ninguna mostraba algo de comprensión —caridad. Por eso Natalia era tan discreta con su historia, no tenía intención de airear su amor, también como señal de respeto a Érica, y Érica, aunque sabía que eran respetuosos y no se los encontraría nunca por la calle, ni ella ni ningún conocido, siempre iba con miedo por si se los cruzaba.

Pero sobre todo tenía miedo cuando se iba de viaje, y le gustaba tanto viajar, y le gustaba más aún decirlo, pero Mateo no la quería acompañar nunca, con los años entendió por qué: no quería separarse de Natalia ni faltar a su cita de los viernes; cuando Érica se iba de viaje, siempre tenía miedo de volver y que Mateo se hubiera marchado para siempre o Natalia estuviera en casa. Su marido, porque aún podía

llamarlo así, le había prometido incontables veces que Natalia no iría porque era una señora y no tenía ningún interés en armar un escándalo o hacer un mal innecesario, pero Érica siempre tenía el mismo miedo, y cuando volvía del viaje llegaba llena de dudas y ya me dirás de qué sirve un viaje si no puedes desentenderte del miedo.

Recordaba el día que había descubierto que se llamaba Natalia, como una amiga de la infancia. Al principio Mateo siempre se refería a ella de diferentes formas, la amiga, ella, y nunca decía el nombre, para protegerlas a ambas, pero a Violeta sí se lo había dicho, y un día, hablando entre ellos, dijeron Natalia, dijeron el nombre, y Érica supo de quién se trataba. Desde entonces se atormentaba con aquello, y, por más años que pasaran, cada vez que escuchaba su nombre era como si una parte de su cuerpo se congelara, literalmente, se cubría de capas y más capas de hielo hasta inmovilizarla; era una cosa muy física, no se lo inventaba, no.

Una noche se acercó a la habitación de Mateo y le preguntó si Natalia sabía cómo se llamaba ella, si sabía que se llamaba Érica, y Mateo dijo que no se hiciera mala sangre, con aquellas cosas, que no valía la pena, no era importante; lo mejor era que todos aceptaran el lugar que les correspondía y no intentaran ocupar el de otro, y así todos vivirían más tranquilos, con menos nervios. Pero Érica quería una respuesta y Mateo dijo que sí, que sabía cómo se llamaba, y, aunque pensaba que igualarse con ella la haría sentir mejor, porque no era la única que podría sufrir con aquellas pequeñas cosas, detalles insignificantes, lejos de calmarse se enfureció, porque Natalia no tenía por qué saber ni su nombre, ni su edad, ni verla nunca, ni conocer cosas de su familia, cosas personales, íntimas. Mateo dejó que hablara, como si lo hiciera una niña pequeña, que sí, que sí, y Érica empezó a llorar desconsoladamente, cada vez más fuerte, y más y más, hasta que se sintió ridícula y paró en seco. Entonces fue cuando Mateo le pasó una mano por la cabeza y le dijo que no fuera tonta, que no valía la pena, que Natalia no quería hacerle ningún daño, que se lo había dicho, y tampoco le interesaba saber nada de ella, y, aunque lo supiera, no haría nada con aquella información. Para Érica, por ejemplo, era muy importante que Natalia, siendo mucho más joven que ella, no supiera ciertas cosas suyas, como que tenía la menopausia; aquello la atormentaba, la idea de que Natalia lo supiera la dejaba completamente fuera de juego; no, no podía consentirlo, y le pidió por favor a Mateo que no se lo contara porque se sentía demasiado invadida, y siempre que él le guardara aquel secreto, se comportaría.

Natalia no preguntaba lo que Érica sabía de ella, tampoco sentía demasiada curiosidad. Era sólo la esposa oficial de Mateo, por decirlo de algún modo, la madre de sus hijos, y así sería siempre, según las condiciones en que vivían. Nunca la había visto ni oído, pero cuando un día sonó el teléfono de casa y Érica dijo buenas tardes, la reconoció —con todo lo que quiere decir reconocer a alguien.

Estaba convencida de que si la llamaba era porque Mateo estaba muerto, muerto, muerto, su amor, su único amor, y antes de que pudiera soltar el grito que tenía en la garganta, un grito de dolor, Érica le pidió disculpas por llamar de aquella

forma, sin avisarla, pero necesitaba hablar con ella. No sabía qué le pasaba a Mateo y había hablado con el doctor Ramón y tampoco lo sabía, pero esperaba lo peor, y lo peor era la muerte, claro, y ella quería ser previsor, no quería que después todo se hiciera sin pensar y fuera caótico, tantos años en orden y al final estropearlo todo. Natalia no sabía a qué se refería y Érica dijo fríamente que si Mateo moría, y era lo más probable, por su estado y su edad, le pedía por favor que no acudiera ni a su casa, ni al hospital, si finalmente decidían ingresarlo, ni al entierro.

Si quería verlo, lo mejor era que un día fuera a casa, y ella se iría durante unas horas para que tuvieran intimidad, pero, si Mateo moría, no quería verla cerca. Su voz era tan dulce y calmada que Natalia dudaba si estaba comprendiendo bien lo que decía.

—¿Estás ahí?

Se había quedado en silencio, callada, porque no era capaz de pronunciar palabra. Podría comprender que a Érica aún le quedara resentimiento, después de tantos años; seguramente al principio creyó que a Mateo se le pasaría, o se enamoraría de otra mujer, y Natalia pasaría de moda como lo habían hecho muchas antes que ella. Bueno, Natalia se había quedado, y, aunque alguna vez se había preguntado qué pasaría si Mateo muriera, nunca creyó que Érica fuera tan fría.

Por supuesto, no podía decirle a Mateo nada de todo aquello, la advertía Érica, porque estaba muy débil y cualquier cosa podría hacerlo empeorar.

—Piensa si un día quieres venir a verlo antes de que sea demasiado tarde.

Era grave, entonces. ¿Debía obedecer a Érica y aceptar sus nuevas normas, ahora que Mateo no podía visitarla ni llamar tanto como querría? ¿Así serían las cosas a partir de ahora?

Por la noche, cuando tía Dolores volvió a casa, contenta porque había pasado todo el día con Blanca, y era una niña que se portaba tan bien que daba gusto cuidarla, Natalia le habló de la llamada de Érica y le preguntó qué opinaba, pero lo que opinaba tía Dolores no era lo que Natalia necesitaba oír: ella era la mujer, la oficial, la primera, y tenía todo el derecho a exigirle lo que quisiera; Mateo había puesto los límites y las había mantenido separadas, pero ahora era el momento de Érica y con razón y sí, tía Dolores lo lamentaba, pero estas cosas son la vida. Sí, estaba en su derecho, y, si Natalia no le había exigido nada a Mateo por el bien de su familia, ahora debía asumir todas las consecuencias y aceptar todo aquello que la familia decidiera, como, por ejemplo, que no apareciera por el hospital ni por los lugares públicos, donde pudiera ser vista.

Durante toda la noche Natalia estuvo pensando en las palabras de Érica, en su delicadeza a la hora de ser cruel, y se dio cuenta de que nunca había imaginado que la mujer de Mateo fuera tan dura, pero tampoco sabía cómo debía ser. Y había decidido algo; iría a verlo y, si moría, se mantendría al margen. De todos modos, si moría su amor, si se quedaba sin él, que era lo peor que le podía pasar en la vida, ¿qué importaba lo demás? Lo que le daba miedo no era no poder asistir al entierro de

Mateo, sino que Mateo pudiera morir y Mateo, ahora ya lo sabía, podía morir en cualquier momento.

Dolores quería hacerle una pregunta a Enrique pero no se atrevía, y Enrique la animaba a que la hiciera, por descontado, cualquier cosa que pudiera hacer por ella la haría, pero Dolores quería saber si aún echaba de menos a Rosa, y se sentía absurda y, además, no quería admitir que aquello le preocupaba y pensaba a menudo en ello, pero finalmente formuló la pregunta y Enrique se quedó unos segundos sin saber qué decir: la verdad o una mentira piadosa.

—Dolores...

Había dicho su nombre con voz quejosa, como cuando un niño se equivoca. No, no, no hacía falta que siguiera. Dolores se había arrepentido inmediatamente de haberlo preguntado y le pedía por favor que no contestara, que había sido una maleducada y había hecho una pregunta inoportuna.

—Como he visto que tienes una fotografía, pues...

Quería justificarse y haciéndolo había reconocido que el primer día entró en la habitación de matrimonio para verla, para curiosear, y se sintió tan apesadumbrada, aquel día, que desde entonces le rondaba por la cabeza la pregunta, una pregunta que Enrique no se atrevía a contestar, porque la respuesta era que sí, que no sólo echaba de menos a Rosa, sino que pensaba en ella cada segundo de su vida, y a veces hablaba con ella; lo llamaba rezar para no volverse tan loco, y a veces hasta la veía por la casa, caminando, recogiendo los platos de la mesa, tendida en la cama. Supo que si le confesaba todo aquello a Dolores la perdería para siempre y se excusó diciendo que conservaba los retratos de Rosa para que Blanca, cuando fuera mayor, supiera quién era su madre. Entonces Dolores hizo una mueca y Enrique no la entendió, y se quedaron en silencio porque no sabían cómo salir de aquella conversación.

Así que cuando fuera mayor Blanca sabría que su madre había muerto en el parto. Entonces, ¿de qué le servía que la llamara mamá, si tarde o temprano dejaría de hacerlo porque descubriría la verdad?

Dolores se estaba arrepintiendo de cuidar a Blanca, porque era una niña deliciosa de quien costaba muy poco enamorarse, y ahora, si dejaba de hacerlo, quedaría como una irresponsable y una inmadura. Se despidió de Enrique y le pidió que no se levantara, que no hacía falta que la acompañara hasta la puerta, ya sabía dónde estaba.

Desde casa de Enrique hasta la suya se tardaba veinte minutos andando, era un paseo que le gustaba, pero tenía un peso en el pecho que le impedía respirar; empezó a caminar por calles y calles sin fijarse en los nombres, sin seguir ningún itinerario, y oscureció de golpe, sin que se lo esperara. Dolores, que no tenía a nadie en el mundo, o eso creía, arrancó a correr hacia la parada del autobús, y cuando vio que llegaba el de la mañana, el mismo que la había llevado con Blanca a ver a Gloria, se subió sin pensárselo dos veces. Una vez dentro, sentada, un poco más calmada, se preguntaba qué excusa utilizaría para justificar aquella visita y a aquellas horas. Pero cuando Gloria abrió la puerta y se encontró a su cuñada delante, dijo:

—Menos mal, hija, gracias a Dios que has venido, estaba a punto de tirarme por la ventana.

Dolores le había dicho que no hubiera conseguido nada, porque vivía en una planta baja, y, después de un segundo de inquietud, las dos mujeres empezaron a reír, a reír y más reír, de tan triste que era todo, de lo abandonadas y solas que las había dejado Ángel al morir, qué tristeza, qué tristeza perder un marido y un hermano y quedarse tan sin nada, sin saber por qué unos sí y otros no, por qué no quiso Dios llevárselas a ellas también.

Prepararon una cena sencilla y no se hicieron preguntas, la una no quería saber de la desesperación de la otra, no querían nada salvo hacerse compañía, como tantas otras veces; parecía que la vejez las había vuelto más solidarias entre ellas, ya no guardaban tanta rabia, hacerse mayor también tenía algunas cosas buenas. Como la cama en que solía dormir Dolores no estaba hecha, durmieron juntas en la de matrimonio y las sábanas aún olían un poco a Ángel, el pobre, en paz descanse, pobrecillo, las dos lo echaban de menos, qué rápido se había ido, y quién les iba a decir que de un día para otro dormirían juntas.

Dolores llevaba un pijama de su cuñada y estaba alterada, sentía cómo el corazón le latía más de lo normal y la respiración era agitada. Intentó respirar profundamente y cerrar los ojos para tranquilizarse, y entonces notó que la mano de Gloria se acercaba a ella y le cogía la suya, estrechándola amorosamente, para acompañarla.

Al día siguiente, Dolores tuvo que levantarse un poco antes para ir a cuidar a Blanca y no llegar tarde. En la puerta, Gloria le hacía adiós con la mano y decía que, si quisiera, podría volver cuando le apeteciera, tenía la llave, no hacía falta que avisara, podía ir a verla tantas veces como gustara, y dormirían juntas, que ella no estaba acostumbrada a dormir sola y no le gustaba, no sabía cómo Dolores lo había resistido durante tantos años. Ya en el autobús, pensaba en la conversación que había tenido el día anterior con Enrique y se sentía avergonzada, no sabía cómo se lo encontraría, si estaría enfadado, sin aún querría que cuidara de Blanca, si la querría o no. Pero el amor de Enrique era incombustible y la esperaba sentado en una silla del salón, quieto, con una bolsa llena de retratos de Rosa para decirle, mira, mira, son tuyos, haz con ellos lo que quieras.

—Y para qué los quiero, yo...

Y Enrique insistía, ofreciéndole la bolsa para que la tirara, si quería, o si creía que debía guardarlos para que los tuviera Blanca cuando creciera, lo que quisiera, y lo hacía con tanto convencimiento porque se había guardado uno, el más bonito, bajo el colchón. Aquél sería para Blanca cuando él muriera; los otros, en señal de respeto a Dolores, se los daba, se sacrificaba y pedía perdón una y otra vez a su pequeña diosa del cielo, ella sabría cómo entenderlo.

Dolores cogió la bolsa y dijo que era una estúpida y que no tenía derecho a pedirle nada, porque no se casarían y deshacerse de aquellos retratos era una crueldad, y ella no quería ser cruel, quería portarse bien, ser respetuosa con la muerte de Rosa y con la soledad de Enrique y Blanca.

—Si no te importa, te los devuelvo para que los guardes, sólo te pido que... bueno, durante algunas semanas, si pudieras tenerlos donde no pueda verlos...

Y se comprometía a no hurgar ni curiosear por ninguna de las habitaciones. Le prometió no molestarlo más, al fin y al cabo sólo era la cuidadora de Blanca, y una cuidadora no tenía derecho a nada, no podía suponer tanta molestia. Enrique le retiró el cabello de la cara y le dijo que para él no era sólo una cuidadora, y que, si era sólo una cuidadora, era porque así lo quería ella; si lo deseaba, podría ser la señora de aquella casa, ni en sueños se habría atrevido a imaginar una señora mejor.

Natalia subió la escalera muy nerviosa porque estaba a punto de ver la casa donde había vivido siempre Mateo, Mateo con su familia, que no era su propia familia, porque la suya era una familia de una persona. Se respiraba un olor agradable en el ambiente. La noche anterior había llamado para decirle a Érica que sí, finalmente iría, aceptaba las condiciones. Érica se lo había agradecido, satisfecha de haberse impuesto por primera vez en tanto tiempo. Ahora que Mateo no era capaz de tomar decisiones por ellas, la superioridad de Érica era incuestionable.

Mientras Natalia subía la escalera sentía el mismo miedo que Érica cuando volvía de viaje: ¿y si se la encontraba? Pero no, se había comprometido a irse y era una mujer de palabra, siempre lo decía Mateo. La recibió Violeta, que había retirado toda rivalidad y daba paso a una preocupación insólita.

En la casa había fotografías de todos los miembros de la familia y un exceso del matrimonio, probablemente porque Érica así lo había querido, así había querido mostrarse ante su enemiga.

—Está durmiendo. ¿Quieres un café?

Y Natalia había dicho que sí sin pensarlo, pero no le apetecía, así que empezó a quedarse frío en la taza y ella no dejaba de pensar en que quizá la última que había usado aquella taza era Érica, y se daba cuenta de lo ridículo del pensamiento, era su casa y cada centímetro de aquel lugar le pertenecía. Por suerte, enseguida se despertó Mateo, y cuando entró por la puerta y lo vio entre las sábanas, tan pequeño, consumido, muy pálido, se llevó las manos a la boca. Mateo no sabía que vendría a verlo y se tapó la cabeza con las sábanas revueltas porque le daba vergüenza que su Natalia lo viera así, en aquellas condiciones; al principio había querido que ella fuera a verlo, pero ahora se arrepentía, porque Natalia conocía lo mejor de él y por nada del mundo deseaba que lo viera en aquellas circunstancias.

Se había acercado a él poco a poco y se había sentado a su lado en la cama, intentando destaparlo como se hace con los niños cuando tienen sueño y no quieren levantarse... Va, tontito, deja que te vea, y por dentro Natalia pensaba que de Érica seguro que no se escondía, porque con ella tenía una intimidad diferente y no le importaba estar en su peor momento, y, aunque aquella vergüenza debería ser un cumplido para ella, se sentía menospreciada por Mateo.

—Va, deja que te vea...

Y Mateo movía la cabeza bajo las sábanas y decía que no, y que alguien debería haberlo avisado de que iría a verlo, para lavarse un poco, pero ahora le olía mal la boca y estaba despeinado, hacía tantos días que no se levantaba de la cama que quizá hasta se le había olvidado caminar. Natalia consiguió que saliera de entre las sábanas y le dio un beso en la frente, una frente que apestaba a enfermedad, una frente que en nada se parecía a la frente de Mateo que ella conocía, pero, bueno, esto era lo que quedaba de él, y no sabía si existiría otro distinto.

Le pidió, por favor, que corriera las cortinas y dejara sólo una rendija de luz en la habitación, para estar más cómodo, y cuando estuvieron en penumbra, Natalia y Mateo se cogieron las manos y se quedaron un rato en silencio, acariciándose las manos.

—Natalia, si me muero, tengo un dinero que es para ti... ya se lo he dicho a Violeta, pero quiero que lo sepas porque... bueno, si pasa algo, que lo reclames...

—No hables así.

Pero Mateo debía hablar así, porque, por cómo se movía la gente a su alrededor y por las conversaciones que mantenían en murmullos con el doctor Ramón, estaba más cerca de la muerte que de tirar adelante. Se sentía mal todo el tiempo y tampoco le servía demasiado vivir así, porque aquello no era vida, prefería pensar en la muerte como en un consuelo de la vida, porque, si no, se moría de pena allí, esperando que alguien le lavara la cara y las manos, que tenía mucha manía con las manos, o le diera de comer como a los niños pequeños los días que apenas tenía fuerza en los brazos. Los días que estaba de mejor humor bromeaba, pero últimamente ni siquiera era capaz de decir tonterías, estaba serio, con una seriedad extraña y poco habitual en él.

Se habían acabado los libros y las interminables charlas en casa de Natalia, cuando acaparaba toda la atención de Dolores y Gloria. Le daba mucha pena morirse sin haberse reconciliado con mamá y la tía, eso le daba pena de verdad, y también no haber conseguido vivir con Natalia.

—Me habría gustado vivir contigo...

—Pero ¿dónde? ¿Aquí, todos juntos? Mateo, por favor...

Se fatigaba. Ya, ya lo sabía, que era difícil, pero la casa era grande y tenía dos pisos, quizá lo podrían haber hecho de alguna manera para que Érica y ella no se vieran, aunque sabía que su mujer no se lo habría permitido. En fin... era un capricho, aquel pensamiento, como si quisiera mostrarle y decirle que estaba a punto de darle un giro a su vida para hacerla mejor, podría haber vivido más cerca de Natalia y comer todos los viernes con ella y siempre que quisiera —era sólo el pensamiento de un moribundo.

Mateo no se había atrevido a darle un beso a Natalia por si a ella le daba asco, pero se moría de ganas. Era muy triste verlo así, en aquellas circunstancias, y, además, en aquella casa, Natalia se sentía tan indefensa, tan insegura, como si cualquier paso fuera en falso, como rodear con sumo cuidado y lentamente un precipicio.

Se había tendido junto a él en la cama y estaban abrazados, medio dormidos,

cuando Érica abrió sin llamar a la puerta. Había prometido que volvería al anochecer, la mujer de palabra, pero su propia curiosidad la había hecho obrar mal. Necesitaba ver a Natalia, saber cómo era, qué hacían.

Estaban tan relajados que no se dieron cuenta de dónde estaban ni quién entraba. Natalia creyó que era Violeta, pero cuando levantó la vista, no, no era la hija, sino la madre, y se puso nerviosa, arreglándose el pelo y la ropa, una vez de pie, y pidiendo disculpas. No sabía por qué las pedía, porque al fin y al cabo no estaba haciendo nada malo, sólo se había tendido un rato con él y se habían dado la mano, se habían mirado a los ojos en silencio, sin hablar, y se habían quedado dormidos.

—Tendría que darte vergüenza.

No sabían a quién se lo decía, si a Mateo o a Natalia, pero ambos se sintieron mal, porque nunca nadie los había visto así, siempre habían procurado ser discretos, respetuosos con los demás, habían rechazado el contacto físico en público, las muestras de amor, que eran muchas en la intimidad. Érica volvió a marcharse y estuvo horas y horas paseando por calles y calles y más calles, caminando sin olvidar la escena que había visto y preguntándose por qué les había ofrecido aquel momento, por qué había facilitado las cosas, y sabía que, de no haberlo hecho, Mateo se moriría y ella se sentiría culpable toda la vida, pero ya no se querían, habían aprendido a hacerlo como lo hacen los hermanos y aquellos celos no eran más que orgullo y rencor, y sobre todo... si al menos Natalia no fuera más joven que ella, habría podido llevar mejor toda aquella historia, pero así no había manera, era imposible.

Durante los últimos veinte años, Érica se había cuidado muchísimo, se había cuidado para parecer siempre joven, que los años no pasaban por ella, y se hacía muchos tratamientos en el jardín de su casa, bajo un árbol, y siempre iba bien vestida, cosa que Natalia no podía permitirse, pero no importaba, porque Natalia era muy joven, demasiado joven, y contra la juventud no había quien luchara —ni con la mejor ropa. Por la noche dormía con los pies hacia dentro, porque así las caderas no se le ensanchaban, o eso le habían dicho, y se ponía bolsitas de camomila en los ojos por las mañanas, veinte minutos antes de empezar el día, para que no se le cayeran los párpados ni le salieran ojeras, no soportaba ver cómo sus amigas se habían ido abandonando, casi ni se cepillaban el pelo, para qué; en cambio, Érica se había cortado su melena, porque una mujer madura con el pelo largo es ridícula, así que se lo había cortado y cada dos semanas iba alguien a casa a arreglarle el pelo, taparle las canas, y así era como Érica no aparentaba la edad que tenía, y aún gustaba a algunos hombres y todas sus amigas insistían en que debía buscarse alguien que la quisiera, no, mejor, que la deseara, y Érica decía que sí, pero después no se atrevía, no estaba hecha, como Mateo, para tener dos vidas. Érica tenía una, una y triste, en la que se quedaría sola y no sabría qué hacer con las horas, cuando ya no tuviera que competir con Natalia; se quedaría viuda, y Natalia, soltera, y aquel abrazo que acababa de ver, aquel abrazo que la perseguiría hasta el último suspiro, y aquel segundo que se le había quedado para siempre en la memoria la había hecho envejecer de golpe y ahora

se le habían echado los años encima, todos los que se había ido quitando durante aquel tiempo.

La fotografía que Enrique guardaba bajo el colchón estaba un poco arrugada y sucia de tanto como la había besado desde que Rosa murió. Cuando se iba a dormir, durante unos minutos pensaba en Dolores e, inmediatamente, en la fotografía, que tenía bajo el cuerpo, y hacía un gran esfuerzo para no cogerla. Y así sería siempre, con el retrato allí, escondido, prometiéndose que no lo miraría nunca, convenciéndose de que no lo necesitaría nunca, y, cuando quisiera cogerlo un día, estaría deshecho y lleno de polvo, y aún podría verse el admirable rostro de Rosa, que tenía una belleza diferente, cotidiana, por decirlo de algún modo, una mujer que pasaba desapercibida pero que, si te fijabas, no podías dejar de admirar, y eso lo sabía Dolores, que tenía una gran belleza pero sin aquella magia, mucho más vulgar, y su piel era morena, como si el sol la hubiera quemado para siempre, y Rosa, y Blanca también, en cambio, tenían una piel impecable, perfecta, pero bajo el colchón la piel de Rosa se iba agrietando.

Una vez, Blanca, gateando, jugaba y se escondía mientras Dolores la buscaba y se hacía la despistada, ¿dónde está Blanca?, se me ha escapado por la puerta sin que me haya dado cuenta..., y la niña se reía bajo la cama de su padre, y de pronto la foto le llamó la atención y la cogió, porque ya sabía bien cómo mover las manos para coger algo con fuerza, la agarró con los deditos y la rompió del todo, la foto quedó dividida en dos, una parte bajo el colchón y la otra en la dulce, tierna, encantadora mano de Blanca.

Dolores la sorprendió haciendo mucho ruido, oh, ¡estabas aquí!, cada vez te escondes mejor, si es que ya eres toda una mujercita..., y, cuando la cogió en brazos, Blanca aún no había soltado media cara de su madre, y Dolores decía sin mirar y dirigiéndose a la cocina, ¿qué tienes aquí, rubita?, porque se le iba aclarando el pelo, y Blanca alzó el brazo y le mostró lo que tenía.

Cogió el retrato de los deditos y lo miró detenidamente, sabía que aquella fotografía no estaba dentro de la bolsa que le había dado Enrique, porque los miró todos y cada uno, todos los marcos, y no una vez ni dos, y le preguntó de dónde la había sacado y Blanca señaló hacia atrás, donde estaba el dormitorio de sus padres, y Dolores le quiso decir que era su madre, ma-má, ma-má —pero no se atrevió.

Cuando Enrique llegó a casa, Blanca estaba durmiendo en la cama y Dolores recogía algunos juguetes y cosas esparcidas por el suelo para no caerse, y Enrique

dijo ¡hola! muy alto, y Dolores, chis, que Blanca está durmiendo, y Enrique se alegró, porque cuando llegaba a casa siempre la recibían las dos y nunca tenía ocasión de despedirse de ella como quería, siempre tenía la niña en brazos, o Blanca se ponía a llorar porque no quería separarse de Dolores, o cualquier cosa menos un poco de intimidad.

Se había puesto a recoger cosas él también, y, aprovechando que no se miraban a la cara, Dolores dijo que, ahora que Blanca empezaba a aprender algunas palabras, quizá era hora de sacar los retratos y decirle quién era mamá, para que se familiarizara con la cara y la fuera reconociendo, y por primera vez lo dijo sin dolor, lo decía de verdad, porque le había dado mucha pena verla con aquel pedazo de papel entre las manos, y sabía que Blanca tarde o temprano haría preguntas, y aún más si Dolores y Enrique no se casaban, y ella estaba convencida de que sería así.

—¿A qué viene eso?

No quería decirle que había encontrado una fotografía porque no quería volver a empezar, sólo se había dado cuenta de que era una injusticia ocultarle a Blanca que tenía una madre y no una cuidadora, y cuanto antes, mejor, así también se ahorrarían los comentarios de las vecinas, pero los comentarios de las vecinas eran algo que a Enrique le daba lo mismo; durante aquellos meses había creído que Dolores estaba cada vez más cerca de casarse con él, y sobre todo cuando Blanca lloraba porque la veía irse cuando él llegaba, y a veces decía, bueno, me quedo pero sólo un rato, y alguna vez hasta se había quedado a cenar y se había ido cuando Blanca dormía, para que no se diera cuenta de que se iba. Y así, poco a poco, creía que acabarían por casarse, que le costaría, pero se casarían, y ahora volvía a hablar de Rosa, un paso atrás, y Enrique no sabía qué más hacer.

Pero Dolores se había dado cuenta de que el problema no lo tenían ellos, el problema no era si querían o no explicarle quién era su madre, sino los demás, cuando Blanca fuera al colegio, los compañeros se lo contarían, allí todos sabrían, las vecinas, los niños de la calle le irían con habladurías, y Blanca se enfadaría con ellos porque no le habían dicho la verdad, y, cuando Blanca necesitara una madre de verdad, alguien a quien hacer las preguntas que no le harías a un padre, ella quizá ya estaría muerta, a saber.

Se había obsesionado con la muerte desde que Ángel ya no estaba y veía a su cuñada tan decaída; muchas mañanas iba con Blanca a verla, y no se atrevía a decirle que Enrique le había pedido que se casara con él, Gloria algo sospechaba, pero tampoco le decía que no fuera tonta, que se casara y que sus últimos años de vida los aprovechara bien, que no muriera sola, como le estaba pasando a ella.

Hacía dos semanas se había caído intentando colocar la buganvilia en la pared, empezando por las ramas más largas, que ya se dejaban moldear, arreglándola para que trepara por todo, que queda tan bonito, sobre todo en una pared blanca, que resaltan más los colores de la flor... y sobre la escalera había perdido el equilibrio, y mira que no era una escalera demasiado alta. Hasta que pudo levantarse y llamar a

alguien, Gloria estuvo tirada en el suelo sin poder moverse, con un dolor muy fuerte en el tobillo, que se había torcido al caer. El tiempo que estuvo allí, en el suelo, sin poder pedir ayuda, había visto más claro que nunca que irse de casa había sido una estupidez, porque ahora hacía demasiado que no veía a sus hijas y allí sólo la visitaba Dolores, fíjate, después de las complicaciones para entenderse era la única que se acordaba de ella y le hacía un poco de compañía.

Estuvo reflexionando allí en el suelo y lloraba de soledad y desamparo. Poco a poco, el dolor del tobillo fue soportable y consiguió levantarse, pero primero estuvo arrastrándose por el suelo para llegar a la pared y subir apoyándose. Llamó a Ángela para pedirle que fuera a buscarla y la llevara al médico, porque se había caído y quizá se había roto algo, ya no tenía el cuerpo ágil, cada vez estaba más delicada, pero Ángela no podía porque debía ir a buscar a los niños al colegio, que ya volvían solos a casa, pero los iba vigilando y, un poco antes de que entraran por la puerta, ella se adelantaba por calles contiguas y los recibía muy contenta de que se hicieran mayores. No le quedaba otro remedio que llamar a su casa, la casa donde había vivido siempre, la casa en penumbra, y rezar por que Dolores cogiera el teléfono, pero, como estaba aún en casa de Enrique, contestó Natalia. Era la primera vez que hablaban desde que se habían enfadado.

—No, nada, necesitaba hablar con tía Dolores...

Pero Natalia insistía, insistía, porque en el fondo la había echado de menos, pero nunca se lo reconocería, nunca se lo diría —cada uno es como es. Cuando supo que mamá se había caído, salió corriendo a asistirle. Pero, antes, llamó al doctor Ramón por si podía ir con ella a ver cómo se encontraba mamá, así no tendría que moverse para que la viera un médico.

Por la mañana, Violeta se despertó y fue a ver a su padre a la habitación, pero Mateo ya no era su padre, sino un hombre muerto, un hombre que se había ido de noche, como quien duerme, y quizá eso les sirviera de consuelo, que no se hubiera dado cuenta de que se moría, aunque para él quedarse en cama era peor que morir, porque no era vivir y siempre había sido un hombre muy vital. Antes de darle la noticia a la madre, Violeta estuvo un rato a solas con su padre; y, hablándole, dándole las gracias por haber sido su padre, le acariciaba la cara, la frente, le seguía con un dedo las arrugas de las comisuras y le decía cómo nos parecemos, todo el mundo lo comentaba y era verdad; la escena era muy parecida a la de otras hijas con sus padres muertos, pero Violeta sentía un dolor único, intenso, como si fuera nuevo en el mundo y lo hubiera traído ella.

La casa estaba en silencio, Érica estaba en su cuarto con las bolsitas de camomila en los ojos y no había nadie más, estaban solos, padre e hija, en la intimidad que regala la muerte.

Repasaba su vida y pensaba en la madre, que a veces le decía que era una niña malcriada, y que, si hubiera sido por ella, no habría tenido ni la mitad de cosas que tenía, pero el padre la había malcriado y eso les había traído problemas, en primer lugar porque, antes de que Natalia apareciera en la vida de Mateo, llegó Violeta, y Érica se sintió desplazada y, cuando se dio cuenta, ya no había espacio entre ellos dos; y entonces tuvo el segundo hijo, un varón, y estaba contenta de que fuera un niño, porque así le pertenecería, pero su hijo no había sido lo que ella esperaba, los hijos nunca lo son y ahora ya lo sabía, Érica, y con el tiempo, cuando Mateo hijo conoció a su mujer, se olvidó de que tenía una familia. A muchos hombres les pasa. Sabía que Natalia había ido a ver a sus nietos, ¡sus nietos!, con mucho esfuerzo había traído al mundo a aquellos dos desagradecidos; por ello cuando salió de su habitación y entró en el cuarto de su marido, sobre el que reposaba Violeta, sintió cierta liberación: estaba muerto y ahora ya no tendría que luchar por nada, porque todo era suyo. Era ruin aquel pensamiento, pero hacía mucho tiempo que había dejado de querer parecer perfecta para todo el mundo. Y, además, qué era eso de la mujer perfecta. Una mujer perfecta no habría soportado tanto a su marido, o quizá una mujer perfecta era aquella que asentía ante todo, como había hecho ella; depende, dependía mucho de cómo lo miraras, y al comprender que Mateo estaba muerto,

porque la muerte debe comprenderse, había querido dar un repaso rápido a su vida, como había hecho Violeta, para saber si habían sido felices o no, y no lo habían sido, no. Quizá ahora empezaba una nueva felicidad, al menos podría vivir su vejez como una viuda tranquila, y ya no necesitaría aparentar veinte años menos, porque no importaría. Se dejaría, sería como cualquiera de sus amigas, sencilla, y quizá aquel nuevo estado de desamparo familiar, perdido el hombre, la acercaría a sus hijos — quién sabía.

De momento, no había interrumpido a Violeta y había ido directamente al teléfono a marcar el número del doctor Ramón, al que le dio la noticia, y se quedó unos segundos en silencio, muy afectado. Quizá para ella Mateo había muerto hacía demasiado tiempo, porque no quedaba nada del hombre de quien se había enamorado; para los demás, aquella muerte era una muerte injusta, caprichosa, y ni siquiera habían podido descubrir el motivo de aquel mareo.

Cuando Érica volvió a la habitación, puso una mano sobre la espalda de su hija y le dijo que lo sentía mucho, porque era cierto, sentía mucho que se quedara sin padre, sin referente, porque sabía muy bien lo que significaba para ella Mateo, muy parecido a lo que significó para ella al principio, cuando se conocieron.

—Tendremos que llamar a Natalia...

Y Érica entonces se puso en guardia, pensando que la lucha aún no estaba acabada, y, por más que se empeñara, no quedaría como única vencedora. Pidió un poco de respeto, aún estaba el cuerpo caliente de su padre y ya estaba pensando en la amante, y ¿qué pasaba con ella?, ¿no merecía un poco de duelo tranquilo?, pero Violeta sabía que el dolor de su madre no era por la muerte, sino por el despecho.

—Se lo prometí.

No quería saber si se lo había prometido a su padre o a Natalia, porque ambas cosas escondían una complicidad que ella había perdido con Violeta hacía ya muchos años, cuando se había convertido en una adolescente irresponsable y un poco orgullosa. Entonces Érica se había apartado de su vida y había dejado que Mateo la educara, porque estaba imposible, y fue cuando se convirtió en la hija consentida de su padre, pero de eso hacía mucho tiempo y ahora no quería recordarlo, las madres deben ser expertas en olvidar la ingratitud de los hijos.

Violeta fue hacia el teléfono, pero antes de que pudiera descolgar Érica tiró con fuerza del cable y lo dejó sin línea. No, aún no, no pensaba permitirlo. Hasta que llegó el doctor Ramón estuvieron separadas: Érica, en la sala, fumando sin esconderse, como solía hacer; Violeta, sentada al lado de su padre, cogiéndole la mano y hablándole. El dolor que sentía era insoportable, pero iba subiendo y bajando de intensidad, por suerte, porque no podía con aquella tensión en la garganta y la cabeza a punto de estallarle. Cuando llamó a la puerta, el doctor Ramón tenía los ojos hinchados y rojos, estaba muy triste, porque también le había causado mucha tristeza haber visto el estado en que se encontraba su amigo los últimos días, porque no era un paciente, era un amigo. Lo dejaron solo en la habitación con el muerto y al salir

dijo algo que Érica recordaría siempre: este hombre se ha apagado.

—No puedo explicarlo médicamente, se ha apagado.

Estaban avergonzadas, porque ambas se sentían responsables de aquello, y a las dos les pasaba por la mente Natalia, que se había quedado con el pedazo de Mateo más firme, más divertido, menos mediocre.

Ramón preguntó si Natalia ya lo sabía y Violeta dijo que no, habían tenido un problema con el teléfono. No debían preocuparse porque él mismo se encargaría de decírselo, y, como tenía que ir a visitar a la madre, que se había caído de una escalera y Natalia se había quedado con ella para hacerle compañía, él mismo le daría la noticia, y en persona, que es como deben darse esta clase de noticias, de desgracias.

A las diez de la mañana el doctor Ramón estaba comunicándole a Natalia que Mateo había muerto, se había apagado, y ella se puso una mano en la boca para no gritar, pero aun así se le había escapado un pequeño gemido de entre los dientes, sin que se diera cuenta. Se había estado preparando para aquel momento desde que lo había visto por última vez, pero el vacío que se le había formado por dentro era nuevo, imposible tenerlo previsto.

Mamá estaba en la cama desde que se había caído y un poco deprimida, según decía el doctor Ramón, y nadie sabía cómo hacerla hablar, porque se había callado, como si estuviera muda, aislada. Natalia dijo que no se lo contaría, aún, que no le contarían que Mateo había muerto, por si la afectaba, pero en realidad ambos sabían que prefería no tener que hablar con mamá de Mateo, ni de la muerte, y el doctor Ramón le preguntó si iría a verlo y Natalia le dijo que no, que mejor que estuviera con él la familia.

Entonces él se sacó una carta de la chaqueta y se la dio, era una carta de Mateo que había escrito para que la leyera cuando ya estuviera muerto, y Natalia la cogió y se la guardó en el bolsillo, y el bolsillo le quemaba, le quemaba la mano, y pensaba que, cuando aquella carta se escribió, su amor aún vivía, era una persona viva, y ahora estaba sola, sin él, y le gustaría haberlo visto una vez más, pero de momento era mejor no desordenarse, porque la muerte ya es en sí un desorden.

En casa, Violeta se encargaba de vestir a su padre, de lavarle la cara, de peinarlo, de cuidarlo como si estuviera vivo, pero estaba muerto. Érica decía que le daba aprensión y que era mejor contratar a alguien que lo hiciera por ellas, alguien que no conociera a Mateo, pero la hija se había negado. ¿Por qué lo iba a hacer otra persona si ella quería hacerlo? Entonces llegó el hermano, que venía solo, sin la mujer, y tanto una como la otra se lo agradecieron.

—¡Hijo!

Érica se alegraba de que hubiera llegado el hijo, en quien pensaba refugiarse. Él se había acercado a la cama de su padre y le había tocado un poco el pelo de los laterales, que era escaso y fino, y después había dicho que no se lo podía creer.

—¿Y Natalia?

Antes nadie nombraba a Natalia, porque cuando Mateo estaba vivo Natalia existía, pero era mejor hacerla desaparecer de las conversaciones; ahora que ya no

había nada que esconder, que el padre ya estaba muerto, el nombre iba de un lado a otro con mucha normalidad, una normalidad que ponía enferma a Érica, que estaba más preocupada por aquellos detalles que por la muerte de un marido —aunque ya casi ni lo era, un marido.

Natalia tenía muy claro que no debía acudir ni a la casa, ni al entierro, ni a la misa, ni a nada, y no le importaba, porque sin Mateo pocas cosas tenían sentido para ella, y los rituales de la gente normal, si se la puede llamar así, menos aún. Había decidido hacerse cargo de mamá, que no quería levantarse de la cama, no quería siquiera intentarlo, porque para qué, decía, y Natalia no sabía motivarla para que pusiera los pies en el suelo y caminara, porque tampoco tenía motivos para ella, no los encontraba.

El doctor Ramón le dijo que lo único que debía hacer era reposo y, de vez en cuando, dar un pequeño paseo, para irle dando movilidad al tobillo, que sólo estaba resentido; después se había ido, las había dejado solas y solas no habían sabido qué hacer, de qué hablar. Natalia no quería nombrar a Mateo porque estaba muerto y la muerte necesita silencio, y, aunque Gloria tarde o temprano se enteraría, al menos no tendría que repetir las frases que estaría diciendo todo el mundo sobre él, poniendo palabras y más palabras en la boca del muerto, que ya no respira, cubriéndolo de palabras que lo sepultan.

De momento, cogía el pie de mamá y lo acariciaba mientras pensaba en otras cosas, pensaba en el cuerpo de Mateo, pensaba en su corazón, que había dejado de latir, y que su pecho, por lo tanto, ya no se levantaría más, no haría una onda preciosa que le asegurara el oxígeno a los pulmones, y pensaba también que siempre recordaría su olor enfermizo, su pelo sucio, la inmovilidad de su cuerpo. Pensaba que, aunque los demás no lo creyeran, ella había conocido el amor de verdad, el amor más puro, y que no haber sucumbido a la cotidianidad del matrimonio los había salvado para siempre a Mateo y a ella, pero eso era algo que no entendería nadie y que Mateo se había llevado a otro mundo. Tenía la carta en el bolsillo, un bolsillo ardiente, pero no dejaba de acariciar el tobillo de mamá, de vez en cuando la miraba y Gloria tenía la vista fija en el techo y algunas veces decía que no con la cabeza, como si estuviera hablando con alguien; no, no, decía, moviendo poco a poco el cuello a un lado y a otro, y cerraba los ojos como quien dice que los demás no tienen razón.

—Hija, me estoy muriendo.

Natalia había dejado de acariciar el tobillo y apartó sus pensamientos un segundo porque mamá había empezado a decir que se moría, y que quizá tardaría cinco años en morirse, pero ya se estaba muriendo. La hija reía y repetía que aquello eran pensamientos demasiado negativos por una simple torcedura de tobillo, pero Natalia sabía perfectamente a qué se refería, porque ella también sentía que había empezado a morirse en el mismo instante en que el doctor Ramón le había anunciado que Mateo se había apagado aquella misma noche.

Cuando su sobrina le dijo que se quedaría a dormir con Gloria en la casa con jardín porque mamá se había torcido un tobillo, sonrió. Ya era hora de que se produjera una reconciliación, un acercamiento sin armas, y para que una mujer abandone las armas debe pasar algo serio. Su cuñada y ella habían podido olvidar viejos asuntos y las últimas veces que se habían visto se habían procurado la una a la otra un gran alivio. Lo que preocupaba a Dolores era quedarse tan sola en casa y así se lo había dicho a Enrique, en parte para que él se ofreciera para lo que necesitara, y también para que él tuviera consciencia de su soledad, de cómo era el desamparo en que vivían ambos, ella también. Por alguna razón, quería que Enrique sintiera compasión por ella igual que Dolores la sentía por él, y quería atraerlo, y quería que no dejara de pedirle que se casaran, aunque se negaría siempre, absolutamente siempre, aunque...

Natalia la había llamado para contarle que Mateo había muerto, para que lo supiera, pero no podían verlo, y le dijo que mamá estaba en la cama, sin hablar, y que quizá le iría bien una visita, y quizá podría decirle a Ángela que fuera con los niños, a ver si con sus nietos Gloria se animaba y se levantaba de la cama —los niños son capaces de estas cosas.

Gloria estaba encamada, entonces.

Que Dios la perdonara, pero Dolores tomó una decisión, y la decisión era que, si Gloria moría, se casaría con Enrique, porque no tendría que darle explicaciones y no se vería sometida a juicio; y sus sobrinas, la única familia que le quedaría, sabrían cómo comprenderlo porque la gente joven piensa distinto, y ella sabría cómo convertirlo en lástima, hablaría de la soledad y les diría que así no las molestaría más, no tendrían que cargar con ella, y, al decidirlo, se había sentido aliviada, porque su crueldad estaba justificada y llegaría el día en que ya no tendría que causarle más dolor a Enrique. De dónde venía aquella esperanza, era un misterio.

De sus dudas, qué importaba, si tarde o temprano ella moriría, y lo que le dijeran a Blanca ya no importaría, ellos vivirían mucho tiempo solos, con dos madres muertas, por decirlo de algún modo, y dependía de él que le contara la verdad, utilizar o no todos aquellos retratos, y confiaba en que también le hablaría bien de ella, así que decidió que iría a hacerse unas fotografías bonitas para regalárselas a Enrique en algún momento.

Y cuando al día siguiente Dolores se presentó en casa de Enrique con un sobre y

se lo dio, al principio no sabía si le gustarían, y tampoco tenía demasiado claro si había quedado favorecida, porque ella por supuesto no se gustaba, pero el fotógrafo había sido muy amable y le había dicho que sí, que salía preciosa, y le parecía que lo decía con otras intenciones, pero ella no le había hecho ningún caso, porque, si algún día su cuñada se moría y no estaba demasiado vieja, se casaría con Enrique y tendría un marido, y una hija, aunque no fuera suya, y ya no le dolía tanto Rosa, porque de todas formas Rosa siempre estaría allí, como un fantasma, y tenía que aprender a convivir con ella cuanto antes mejor. Ya había decidido que cambiarían de casa, con el tiempo, y lo harían juntos, y no aquella casa tan pequeña y con tantos recuerdos, pero, de momento, Gloria estaba viva, y no era que le deseara ningún mal, pero no podía evitar pensar en el futuro.

Enrique abrió el sobre y se encontró tres fotografías de Dolores, las tres distintas, y se puso tan contento que a Dolores le dio un poco de vergüenza. Delante de ella empezó a darles besos a los tres retratos, y le daba las gracias y pequeños abrazos que duraban un segundo, pero que a Dolores le procuraban un calor interior tan grande, se sentía tan... deseada, pero no de un mal deseo, un deseo sucio. Se ruborizó un poco porque no estaba segura del efecto que produciría en él, y ahora ya sabía que había hecho bien, había sido una buena idea hacerle aquel regalo a Enrique, pero Enrique dijo que si aquello quería decir lo que él se imaginaba, y Dolores se asustó y no supo qué contestar, y él estaba convencido de que era un sí, un sí sí sí, se casarían, y Dolores empezó a llorar porque, por algún motivo, pensó que estaba matando a su cuñada, o queriendo su muerte, y se abrazó a Enrique y, para disimular, le dijo que Mateo había muerto, y Enrique le contestó que lo sentía mucho y no se atrevió a hacerle la pregunta de nuevo, no quiso preguntarle si quería casarse con él, y Dolores pensó que Enrique era un buen hombre, era tan bueno que no merecía una mujer como ella, que no dejaba de pensar las cosas que haría para ser feliz una vez Gloria estuviera muerta. Después de todo lo que Gloria había hecho por ella, ¿cómo podía ser tan desagradecida? Y reanimó su llanto y Enrique la tuvo un rato sobre el hombro, un hombro ancho y acogedor, dándole golpecitos suaves en la espalda, intentando calmarla, sin entender nada, porque por un momento le había parecido que los dos estaban contentos y ahora, de pronto, tanta lágrima; miró un poco al techo buscando el cielo y no se atrevió a decir lo que estaba pensando, que era muy sencillo, de aquella sencillez que molesta: ¿Por qué?

Porque no sabía qué había hecho para que Dios lo castigara tanto, y, mientras se lamentaba, Dolores se apartó un poco y se quedó un momento mirándolo fijamente, hasta que al final, después de unos segundos repasando la cara de Enrique, se deshizo de sus brazos y dijo una de aquellas cosas que duelen con el tiempo.

—Podría ser tu madre...

Enrique resopló y dijo que ya estaba bien, y que si no quería casarse con él, no sabía por qué se había molestado en ayudarlo cuidando de Blanca, en ser siempre tan atenta con él, y, aunque dijera que no, su cuerpo parecía decir que sí, y Dolores se

sorprendió, porque nunca lo había visto enfadado y nunca le había visto aquella cara tan encolerizada. ¡Ya estaba bien!, desde que había muerto Rosa sólo se sentía bien cuando estaban juntos, pero últimamente ni siquiera estaba bien con ella, porque no sabía cómo debía actuar, ni si podría besarla alguna vez, ni cómo debía despedirse, nunca sabía nada, porque Dolores no dejaba de confundirlo, a veces se iba con una sonrisa y otras veces ni siquiera hablaba, y ya había sufrido bastante para que alguien le hiciera daño y le diera esperanzas para nada, y, además, ¡el anillo!, ¿por qué no se lo ponía?, ¿y por qué le había traído aquellas fotografías?, y cogió el sobre y lo tiró al suelo.

Dolores se asustó porque no se lo esperaba y cerró un poco los ojos, así que rápidamente Enrique se arrepintió y recogió el sobre del suelo, no había querido asustarla, y, además, había quedado muy bonita en las fotos, estaba muy contento de que se las hubiera hecho, pondría alguna en el mueble, donde todo el mundo pudiera verla, aunque pocas visitas recibía, porque la tristeza amenaza a la gente, sólo ellos y Blanca la verían, pero a Blanca le gustaría ver su retrato...

Dolores sabía que Enrique tenía razón y ciertamente no comprendía por qué lo trataba así y otras veces desconfiaba de él, de los hombres, de las mujeres, de todos, y le parecía que era mejor quedarse sola, como hasta el momento; pero no podía renunciar a él, a una persona que estaba dispuesta a hacer tantos sacrificios por ella; así, tan bueno, sólo había conocido a su hermano, en paz descansase, y muchas noches soñaba con Enrique, que se casaban, que Blanca y ella vivían juntas y ella preparaba la cena y la mesa para los tres, pero después le parecía una idea estúpida, vieja, vieja, ¡vieja!, y cómo se burlaría Gloria, porque, aunque ahora estaba más calmada y ya no hacía de las suyas, seguro que la idea de que su cuñada se casara con un hombre tan joven le parecería un disparate.

—Lo siento.

Lo siento era lo único que pudo decirle, porque lo sentía de verdad, y Enrique agachó la cabeza y dijo que él también lo sentía y que lo que más sentía era que no se casara con él, que no quisiera ser su mujer. Eso sí que lo sentía.

Mateo hijo se ha quedado un momento solo con su padre porque así lo ha pedido, y se siente un poco ridículo porque hacía muchísimo tiempo, semanas y semanas, que no se veían. Su hermana le había dicho que estaba enfermo, pero cuando una enfermedad no tiene nombre no consigue desafiar a los demás, y Mateo hijo, todo sea dicho, vivía sin pensar demasiado en su padre. A Érica, por ejemplo, le parecía que su marido simplemente necesitaba un poco de reposo y que no podía seguir llevando la vida que llevaba a su edad, y Violeta creía que era una depresión, pero el doctor Ramón había dicho que no. Él, en cambio, afirmó que de todo hacía un mundo, y que si se preocupaban tanto por él, como si fuera un niño pequeño, se comportaría exactamente así, como un niño mimado. Ahora que estaba muerto se sentía mal, muy mal, y no sólo por no haberlo visitado, sino por toda aquella vida, por aquella sensación de haberles fallado a todos —aquella sensación elástica y perversa de la culpabilidad.

Habían desayunado los tres, los cuatro, en la habitación de Mateo, porque a Violeta le daba mucha pena dejarlo allí, y, aunque Érica creía que era de mal gusto desayunar con un muerto delante, al final había accedido porque no tenía ganas de discutir. Le habían contado al hijo que había muerto por la noche y que creían que no había sufrido nada, que simplemente se había apagado, o eso había dicho el médico, y Mateo hijo había empezado a llorar desconsoladamente, respirando muy fuerte y haciendo mucho ruido, un llanto bastante incómodo para su madre y su hermana, que se habían quedado sin saber qué hacer. Fue entonces cuando les pidió que por favor lo dejaran en la habitación con él a solas, y una vez solos tampoco sabía demasiado bien qué hacer, salvo mirarlo y mirarlo y sentir que no podía ser que no se moviera.

Pensaba en sus hijos y en las pocas veces que habían visto a su abuelo, y se preguntaba en qué momento se había alejado tanto de su familia y por qué ahora su madre y su hermana le parecían unas desconocidas, o quizá el desconocido era él, y aquella casa ya no le pertenecía, como tampoco le pertenecía ya aquel padre, porque ya no sería padre ni abuelo de nadie. Violeta llamó con suavidad a la puerta y le pidió permiso para entrar, y Mateo hijo dijo que sí con la cabeza, pero le fastidiaba no poder alargar aquel momento de intimidad con su padre.

—Parece mentira, ¿verdad?

Y sí, parecía mentira que un día una persona pudiera quedarse sin padre, porque

uno nace con padre ya, y después... se va, se acaba, a uno se le puede apagar el padre sin que se dé cuenta, sin estar a tiempo de nada. En realidad, Violeta no quería nada, no pensaba tener ninguna conversación especial con su hermano, pero no quería quedarse afuera con su madre, porque le parecía que su madre no sentía aquella muerte como los demás y le daba no sé qué quedarse con ella, como si estuviera sucia, no sabía por qué, pero alguna cosa la llevaba a pensar que su madre estaba más sorprendida que triste, la detestaba por eso, era algo físico, como el asco —mamá me da asco.

Violeta siempre había sido la preferida de su padre, lo sabía todo el mundo, y ella también lo sabía, por eso siempre había tanta rivalidad entre madre e hija, una rivalidad cotidiana como la que podían tener Dolores y Gloria, del día a día, con detalles absurdos que las molestaban, tonterías de mujeres, solía decir Mateo padre, y el hijo no decía nada porque ya empezaba a distanciarse de todos ellos, no era el preferido de nadie, ni él quería más a su padre que a su madre; era como si hubiera nacido solo, sin ayuda y para estar solo, y, cuando conoció a la que se convertiría en su mujer y la madre de sus hijos, sintió como si hubiera vuelto a nacer, y la familia de su mujer era su familia, porque lo trataban como tal, y hasta cuando debía ir al médico le pedía a su suegra que lo acompañara, porque había decidido prescindir de la consulta del doctor Ramón, y prefería ir al médico de la familia de su mujer. Por eso había querido ir solo a su casa, para poder enfrentarse de verdad a la muerte de su padre, y también porque los niños aún dormían y le daba pena despertarlos. Su mujer le había dado recuerdos para su hermana y su madre y él se había olvidado de dárselos.

—Recuerdos de Mónica.

Y Violeta asintió con la cabeza, pero no la conmovió ni un poco el gesto de su cuñada, porque le parecía una mujer mediocre y vulgar para su hermano, que tampoco es que fuera gran cosa, pero podía aspirar a más. Podría haber sido abogado, como ella y su padre, y ahora llevarían juntos el bufete y se llamaría *Mateo e hijos*, pero a Mateo hijo no le interesaba llevar la vida de su padre, porque su padre, para él, no era ningún héroe, la verdad, y si había alguien de su familia que le causaba admiración era Natalia, por cómo se había sacrificado no sólo por su padre, sino por su familia; si él había crecido con padres, la familia como se entiende que debe ser una familia, era gracias a Natalia, y por eso le guardaba todo aquel respeto que no le despertaba su familia de sangre; no hay para tanto, con la familia de sangre, pensaba Mateo hijo, y ahora que se le había muerto el padre se daba cuenta de que era importante, la sangre, porque, si no, no se sentiría tan decepcionado consigo mismo después de la muerte del padre.

—Y Natalia, ¿qué?

Violeta le contó que la madre no quería verla por allí; no quería verla por allí ni en el entierro, pero eso qué importaba, decía Violeta, si de todas formas el padre y Natalia se habían querido tanto, nada lo cambiaría, pero ambos sabían que era un

consuelo absurdo para no sentirse tan cretinos. En el testamento Mateo había dejado parte de su dinero a Natalia, lo sabía Violeta, y su hermano se sorprendió: hasta aquel momento no había pensado que el padre les dejara nada. Un padre también sirve para eso, se había dado cuenta, para reunir y reunir y reunir durante toda su vida y después dejarle algo a sus hijos, aquello también era ser padre, y era ser marido y amante, y se alegraba de que Natalia tuviera algo para llevarse, de algún modo le pertenecía más que a él, porque había sido más amante de ella que padre suyo. Estaba bien, se alegraba y sabía que a Érica no le haría ni pizca de gracia, pero cuando una persona muere y deja algo escrito, que es lo mismo que hablar desde la tumba, no se puede hacer otra cosa que obedecer, y eso también es la vida.

Mateo hijo también fue solo al entierro porque le parecía de mal gusto llevar a sus hijos. No le gustaba ni siquiera a él, pero no le quedaba otro remedio, ser padre también era evitar aquel entierro a sus hijos, lo sabía bien, porque a él le habían obligado a besar a la abuela cuando murió, y aún lo recordaba.

Se sorprendió, en la misa, de no ver a Natalia, porque estaba convencido de que se saltaría las normas de Érica y acudiría a darle el último adiós al padre. Era una mujer valiente, Natalia, y se prometió que la seguiría invitando a su casa aunque el padre ya no fuera su padre ni tampoco el amante de ella, sino un muerto, que es menos que un recuerdo, es una pequeña niebla sobre todas las cosas.

Cuando Dolores abrazó a su sobrina y le dijo que de verdad, con el corazón, sentía muchísimo la pérdida de Mateo, Gloria las miró con sorpresa. Era la primera vez que algo la sacaba de su ensimismamiento, de su tristeza, y la conectaba de nuevo con el mundo. Mateo había muerto y Natalia no se lo había contado ni ella le había notado nada. El despertar de Natalia que tanto había esperado. Dolores se le acercó y le acarició la mano, cómo se encontraba, Natalia le había dicho que mamá no quería levantarse de la cama y habían decidido pasar el día allí con ella. Cuando usó aquel plural, su cuñada no sabía de qué hablaba, de quién, pero en cuestión de minutos se abrió la puerta y Ángela y sus hijos entraron en estampida, y los niños tenían la orden de alegrar a su abuela, así que salieron disparados hacia su cama y estuvieron saltando sobre ella diciendo abuela, abuela, abuela, y Gloria no tenía ganas de jugar, pero no quería disgustar a nadie y los colmó de besos ante la atenta mirada de sus hijas y su cuñada.

Ángela le dijo a su hermana que lo sentía, y Natalia sabía perfectamente que se refería a la muerte de Mateo, pero preguntó qué era lo que sentía para ganar un poco de tiempo y no sentirse cuestionada tan pronto.

—La muerte de Mateo.

Natalia se puso en guardia porque su hermana nunca había aceptado su relación con Mateo, y, ahora que éste había muerto, que ella se había quedado viuda, o así se sentía, no quería retomar las relaciones con Ángela, porque era como obviar los veinte años que habían pasado distanciadas, sin hablarse, porque ella no había sabido respetar su vida, y, ahora, muerto Mateo, volvían a ser hermanas o amigas; no, no estaba dispuesta, por fidelidad al amor que habían vivido ella y Mateo, así que le dio las gracias y se fue hacia la cocina a preparar un poco de café, pero no había preguntado si alguien quería, y el café se quedó en la cafetera todo el día hasta que ya no valía nada y lo tiró por el fregadero. Lo había hecho con la mejor de las intenciones, invitarlos a todos a comer en la casa con jardín, pero ahora sentía que sólo había conseguido organizar una fiesta inútil.

Los niños fueron los únicos que estuvieron a la altura de las circunstancias, muy pendientes de la abuela, que hacía esfuerzos para no ser desconsiderada con ellos, que no tenían culpa alguna de la vida.

Pero, a pesar de todo, Gloria se negó a levantarse de la cama, y se vieron

obligadas a montar una pequeña mesa en su habitación para comer todas juntas. A los niños les prepararon la comida en el comedor y después se fueron al jardín a jugar. Allí, las cuatro mujeres, madre e hijas, tía y sobrinas, hermanas, no sabían de qué hablar y empezaron a hablar de Mateo. Natalia no abría la boca para ver si así cambiaban de tema, pero Dolores no dejaba de decir lo que lamentaba que durante los últimos días apenas se vieran, pero, claro, ya estaba muy enfermo y no se lo podía visitar en su casa, Ángela y Natalia sabían perfectamente por qué no se podía ir a su casa, pero a Gloria nadie le había contado que Mateo estaba casado. Creyeron que Gloria estaba con sus cosas, porque no dejaba de comer con la mirada perdida en la ventana, como si estuviera atenta a algún movimiento de un pájaro, pero no había nada; estaba en silencio y no se atrevió a pedirles que la dejaran comer tranquila y sola en su cama, como había hecho los últimos días, pero tampoco estaba dispuesta a fingir todo el tiempo, y aún menos cuando los niños no estaban presentes.

—Habría sido una vergüenza muy grande para su familia que Natalia hubiera aparecido por allí.

Lo dijo muy seria, sin apartar la vista de la ventana. No quiso decir ni una palabra más, sólo aquella frase, aquella insinuación, porque no tenía ninguna intención de ser dura con Natalia. Ahora que él estaba muerto, ya no tenía ningún sentido insistir en aquello ni ser cruel —había llegado el temido momento de la compasión y la lástima. Pero Gloria lo sabía, claro que lo sabía. Las madres lo saben todo, no se sabe cómo, lo acaban descubriendo. Por eso, cuando Natalia le contó que se había quedado embarazada y decidieron perder el niño, se enfadó tanto; se enfadó tanto que se fue a vivir a otra casa y no le habló más, sintió una decepción infinita por su hija, como si no fuera suya, pero lo era y ahora sólo podía compadecerla. Sabía perfectamente que Mateo tenía una casa, una mujer, dos hijos, un trabajo, y que Natalia, su Natalia, se había conformado con las migajas y con aquella charlatanería que a ella, personalmente, no la engañaba. Supo desde el primer día que Mateo escondía algo, algo oscuro que no le gustaría cuando lo descubriera y así había sido.

Cuando Ángel murió y se quedó sola, con una soledad amarga y desesperante, aquellos días de confesiones después del silencio, no pudo aguantar más la deshonra que le provocaba aquel amor entre Natalia y Mateo, y, cuando encontró la ocasión, se enfadó por todas las veces que había callado a lo largo de los años, veinte años son demasiados años de decepción incluso para una madre.

Tras decir aquello, Natalia se levantó de la silla y se fue al jardín con los niños. Ni Ángela ni Dolores la siguieron para consolarla, porque sabían que no serviría de nada. Natalia estuvo jugando con sus sobrinos para distraerse, pero no se distraía; los miraba y eran tan distintos, cada uno se parecía a su padre, y pensaba en qué injusto era Dios con ella y con toda su familia, siempre viviendo en los márgenes de la felicidad.

Por la noche, cuando ya estaba en la cama, sonó el teléfono. Era Violeta, que había llamado a su casa y la tía le había dado aquel número, el de la casa con jardín;

quería decirle que su padre la había querido mucho, la había querido de verdad, y Natalia había guardado silencio porque ya lo sabía, lo sabía de sobra, Violeta sólo intentaba no sentirse tan mezquina, pero Natalia no tenía ganas de calmar los remordimientos de nadie, ya había hecho bastante por aquella familia. Violeta también quería decirle que por el dinero que le había dejado su padre no se preocupara, se lo daría aunque le costara enfadarse con su madre. Natalia le dio las gracias con sequedad, porque no podía quitarse de encima la sensación de estar harta de la vida que le quedaba por vivir.

Cuando Ángela le dijo a Natalia que por su culpa mamá estaba así, deprimida, no podía creerlo. La había llamado por teléfono para eso, para decirle que era culpa suya, porque con aquel enfado que habían tenido la una con la otra se había disgustado muchísimo, un enfado estéril, inútil, porque cuando una persona no quiere ver que está malgastando sus años, como Natalia, no hay nada que hacer, pero mamá aún se preocupaba por ella y lo estaba pasando tan mal que se había ido a vivir sola, y vivir sola a su edad no era como vivir sola en la juventud, porque ahora estaba deprimida y no quería ni poner los pies en el suelo, claro que ella no tenía ni idea de lo que era vivir sola.

Natalia le preguntó qué habría pasado si, como ella, se hubiera casado y hubiera tenido hijos y una casa, lo que todos querían, aunque ella no le había pedido a nadie que la ayudara a tomar sus decisiones; qué habría pasado si se hubiera ido de la casa familiar, qué habría pasado cuando papá murió, ¿eh?, se habría quedado sola antes, mamá; sí, y no hubiera vivido otras cosas buenas, porque también habían vivido cosas buenas.

Ángela se quedó unos segundos en silencio y después dijo lo que había pensado toda la vida, que Natalia los había acostumbrado a estar siempre allí y que por eso se sentían tan defraudados con ella, papá y mamá y tía Dolores, porque los había malacostumbrado y ahora les parecía que si no estabas todo el día de visita, eras una mala hija, la mala hija. Y después de todo, ella había ido a ver a mamá cuando la había llamado y le había cogido el teléfono una vez y otra, una vez y otra, porque, como estaban enfadadas, ella debía pagarlo, tenía que cargar con las manías de una vieja, porque mamá no era más que una vieja. Ahora, además, tenían un problema, porque estaba metida en la cama y no quería salir, y Natalia le dijo que no se preocupara, que la cuidaría ella, y a Ángela se le escapó la risa, una risa llena de maldad —claro, como se había muerto Mateo, ahora tenía más tiempo para los demás, para seguir haciéndose la hija buena, para seguir dejando en ridículo a su hermana.

Después de las malas relaciones que habían tenido, creía que ya no quedaba nada, sólo indiferencia, porque Natalia había olvidado cómo podía ser de maleducada su hermana. Se avergonzaba de ella, me das vergüenza, decía, y no lo decía llorando sino firme. Y lo decía de verdad y no por rabia, que se avergonzaba de ella, porque a

veces hablando con Mateo de Ángela se habían reído de ella, porque a menudo pronunciaba algunas palabras mal, la consideraban una analfabeta, y después se sentía culpable, porque al fin y al cabo era su hermana, pero Mateo no tenía compasión por la incultura de Ángela, porque ella tampoco le tenía mucha simpatía. Era verdad, Natalia se avergonzaba de su hermana y por fin se lo había podido decir, porque estaba cansada del menosprecio y de su egoísmo, ya no lo aguantaba más, y si tenían que retirarse la palabra de por vida, adelante; cuando muriera mamá, ya no tendrían por qué verse más.

Antes de decir algo de lo que se arrepintiera más tarde, colgó dejándola con la palabra en la boca. Inmediatamente sacó la carta de Mateo. La llevaba siempre en el bolsillo y la sacaba cada vez que se sentía desamparada, que eran muchas veces al cabo del día. La leía, ya casi se la sabía de memoria, y a veces también la olía, hasta la besaba, pero eso sólo los primeros días, porque después había creído que aquella carta debía durarle para siempre, hasta que muriera, no podía estar todo el tiempo estrujándola, así que le había puesto un plástico por fuera para conservarla mejor, intacta, y la llevaba siempre encima y la sacaba de vez en cuando.

Qué letra tan bonita tenía Mateo, se notaba que era un hombre inteligente y culto, y que sabía cómo hablarle a una mujer. Se preguntaba si también le había dejado una carta a Érica, pero después se arrepentía de dudar de él, de creerlo tan mezquino, y había apartado aquel tipo de pensamientos de su cabeza, porque no le hacía justicia al amor que habían sentido el uno por el otro. Ángela no sabía nada de ellos, no sabía nada de Mateo, no sabía nada de lo que era quererse, por eso se atrevía a opinar, a juzgarlos, pero nadie sabía cómo se habían querido, la felicidad que habían sentido cada minuto que habían compartido. No había sido fácil, pero qué vida lo era.

Dolores no sabe si está obrando mal, si incluso todos los sentimientos que tiene podrían considerarse pecado, y cuando va a la iglesia reza y reza, y hasta ha decidido ir mañana y tarde. Ahora que Natalia y Gloria viven en la casa con jardín, la casa en penumbra es más grande y más oscura, y quizá hasta tiene más humedad, de tan solitaria, y las horas pasan lentas. Lo único que la hace sentirse de verdad contenta es Blanca, que cada vez está más mayor y hace más cositas, aprende cada día, mientras que ella, nada nuevo, gira sobre las mismas dudas y los mismos miedos.

Dios mío, dice, y habla en voz alta por la casa porque Enrique le ha dicho que cuando se siente solo reza y lo hace así, escuchándose a sí mismo, Dios mío, dice, y empieza a hablar con Dios y le hace preguntas y se queda en silencio para darle la oportunidad de responder, pero es inútil. No sabe si debería casarse o no con Enrique, y quizá le iría bien hablarlo con Gloria, pero tiene mucho miedo —si Gloria dice que no, no se atreverá a contradecirla. Así que una tarde se va a casa de su cuñada sin avisar y le pide a Natalia que las deje solas, y cuando está frente a su cuñada, que está tan concentrada mirando el techo, un techo blanco y nada más, cuando está frente a ella no sabe qué decir, y primero dice que a Ángel no le habría gustado verla así, como un trapo tirado en la cama, y después añade que siempre ha sido como una madre para ella.

—Más que una madre, porque lo hacías porque querías...

Parece que ya ha olvidado cuando Gloria la echó de casa, como quien se despide de un muerto, ya ha empezado a ser generosa con los recuerdos, y también parece que ha olvidado todas las veces que Gloria fue cruel con ella, con una crueldad sutil, muy femenina, si es que se entiende lo que quiere decir... Una madre es una madre, piensa Dolores, y cada uno es como es, eso es como todo, y de frase en frase va hilando un discurso vacío y absurdo que no sabe cómo detener. Gloria no hace otra cosa que mirar el techo, y de vez en cuando suelta un suspiro que contrae a Dolores en la silla. Desde que quedó así, enferma, o deprimida, vete a saber, hay una silla permanente en el cabezal de la cama, porque Natalia suele sentarse allí.

—Es muy difícil hablar si no me miras...

Es como cuando reza en casa en voz alta, que empieza a hablar de esto y aquello, y se aturde y se pierde, pero con Gloria delante, tan inmersa en sus pensamientos, es más incómodo. Quizá si se lo dice, de golpe, me he enamorado de un hombre joven,

quizá si se lo dice, Gloria se despertará de su mutismo o quizá le echará una mirada de aquellas que impresionan.

Como no sabe qué más hacer, Dolores le coge un tobillo y empieza a acariciárselo, empieza por el pie que le dolía y habla un poco de todo, y le cuenta a su cuñada que cuanto más vieja se hace, más religiosa, y que quizá es porque, cuando una persona se acerca a la muerte, necesita confiar en alguien, y mejor confiar en Dios —que el pobre está allí arriba y no molesta— que confiar en una persona, porque con las personas nunca se sabe... y también le cuenta que ha muerto la vecina, la bizca, que la llamaban así de toda la vida porque era bizca, y ha muerto y ahora nadie sabe qué hacer con los niños que tenía acogidos en su casa, y más o menos la gente de la calle se los está repartiendo, y el otro día fue una chica allí, a la casa, para que la dejaran quedarse, y con todo el dolor de su corazón Dolores le había dicho que no, que no podía decidir una cosa así sin la mujer de la casa, y la mujer de la casa era Gloria, por mucho que ahora no viviera allí... y también le cuenta que Blanca empieza a decir algunas palabras, que no tienen ningún sentido para ella, pero las repite, y ya casi había olvidado la alegría que da un niño pequeño, porque hace tanto tiempo que Natalia y Ángela empezaron a aprender también... y querría decirle, me he enamorado de un hombre joven, y querría preguntarle qué cosas de las que piensa son pecado, y si es una locura pensar las cosas que piensa, pero Gloria parece una muerta, un cuerpo muerto, y así no se puede.

Así que se levanta, qué otra cosa va a hacer, y le da un beso en el pie, un pie huesudo y arrugado, de vieja, y siente una pena extraordinaria, de una pureza que no puede explicar, y cuando va hacia la puerta, Gloria dice unas palabras, dice estas palabras —debes hacer lo mejor para ti. Y Dolores la mira y pregunta qué ha dicho, que qué ha dicho, que qué, qué, pero Gloria no quiere repetir la frase, no quiere volver a hablar en lo que le queda de vida, porque hablar no sirve para nada, ahora lo sabe, ahora que le queda tan poco.

¡Qué contento! Dolores había accedido a parte del trato, después de visitar a su cuñada y quedarse pensando en cuáles habían sido sus palabras y de decidir si eran o no pecado las cosas que siente y las cosas que piensa, después de ver a una mujer tan desanimada, había salido a la calle y se había sentido... llena de vida, una sensación de plenitud como de... no sabría cómo decirlo, y se había prometido a sí misma que no acabaría como su cuñada, intentaría hacerse vieja con más alegría, con elegancia.

Así que había accedido: porque no quería casarse con Enrique, pero al menos había tomado una decisión, y la decisión que había tomado lo ponía tan contento, tan contento que no dejaba de darle besos a Blanca, que reía, no dejaba de reír. Como Gloria se había quedado en la cama y no quería salir a la calle, y no sólo eso, sino que no quería ni pisar el suelo con su propio pie, ni hablar, ni nada, se había abandonado... y como Natalia se había ido a vivir con ella y ya no provisionalmente, sino que se había llevado sus cosas, y se había ido, estaban todos convencidos, porque la muerte de Mateo la había dejado muy triste, hundida, porque ya estaba sola... como las dos la habían dejado sola en la casa, hablando con Dios, como una loca cualquiera, había decidido dar un paso al frente.

No se casarían, Enrique y Dolores, pero quizá podrían empezar por vivir juntos, digamos, a ratos... ahora sí, ahora no —a escondidas, pensaba, como Natalia. Para Dolores era como si su cuñada ya estuviera muerta, porque aquélla no era manera de vivir, y estaba mal dicho y mal pensado, y seguro que era pecado, pero le había dado el empujón que necesitaba y ahora se sentía más cerca de Enrique que nadie, también estaba más sola, y Enrique no dejaba de pensar en Dolores durmiendo en la cama, a su lado, y sólo pensaba en ella con ternura, como se piensa en una madre buena y generosa; pero su amada estaba asustada, porque nunca había estado con un hombre y, en fin, eso no significaba que no supiera lo que un hombre y una mujer son capaces de hacer, bien que lo sabía, pero ella... no... no sabía, no sabía nada. Tampoco sabía si un hombre joven esperaba mucho o poco de una mujer mayor como ella.

Durante el día Dolores se sentía tan contenta, con tanta vitalidad, y por nada del mundo pensaba que la novedad de su vida, el amor, un amor juvenil, la verdad sea dicha... por nada del mundo pensaba que pudiera ser pecado. Pero por la noche las cosas cambiaban. Cuando oscurecía, empezaba a inquietarse, porque llegaba el momento decisivo, cuando Blanca ya estaba en la cama durmiendo y Enrique y ella

tenían que quedarse solos, y ella tenía que decidir si se quedaba o no se quedaba, y dónde dormía, y... todo eso, un lío, y sobre todo aquel sentimiento dentro, como de asfixia. No, no hacía falta que después de tomar la decisión ya fuera todo tan rápido, así que se iba a casa con aquel peso en el pecho, lo que Dios pone en el pecho de los indecisos, lo que es pecaminoso, y volvía a casa cabizbaja, un poco decepcionada por no ser capaz de ser quien quería ser, quien necesitaba ser —una mujer sin miedo, valiente.

Enrique era un hombre paciente, tranquilo, y, después de todo lo que había sufrido por Rosa, no tenía ninguna prisa, pero empezaba a sentir cierto menosprecio. No hacia Dolores, sino al contrario: el menosprecio y el miedo que Dolores, Dolorcitas cuando quería ser dulce, sentía hacia él, como si él no fuera un hombre como Dios manda.

Fue así hasta que Dolores se obligó a tomar una segunda decisión: hacer caso de lo que Dios le daba a entender, que era una fe humana hacia las personas como Enrique, que nunca le habían hecho daño —o así lo sentía ella, porque nunca se sabe.

La primera noche, después de tomar la decisión, primero se tumbó con Enrique, pero al momento Blanca había empezado a llorar, y Dolores se levantó de un salto, con mucha rapidez, mientras Enrique le decía que no pasaba nada, que la niña, si la dejabas, acababa durmiéndose, así lo hacía él. Pero Dolores se levantó y le cantó canciones de cuna hasta que Blanca se volvió a dormir, pero también se quedó dormido, esperando, Enrique, que en la cama se sentía disgustado, allí solo, sabiendo que Dolores, en su primera noche, no lo había abrazado como él había planeado: primero suave y después con aquella necesidad que él tenía de ser abrazado —desesperado.

Así había sido, por desgracia, la primera noche, la noche que tantas noches había esperado Enrique, una noche que no era más que otro fracaso de aquel amor ingenuo. Estaba contento porque Dolores hubiera tomado aquella decisión, y no sabía si era pecado pensar las cosas que pensaba, como que gracias a Dios su cuñada había enfermado, como que quizá si algún día se reencontraba después de la muerte con Rosa no sabría qué mujer elegir allí arriba, en el cielo... Aquellas cosas quizá eran pecado, pero Enrique no lo sabía del todo. Y Dolores no sabía, sinceramente, qué hacer con su vida.

Una de aquellas noches, cuando la culpa y el pecado se aliaban, cuando Blanca ya estaba durmiendo y Enrique y ella se habían despedido con un dulcísimo hasta mañana, con la intención de irse, un hasta mañana cargado de paciencia y gentileza, Dolores se tumbó en el sofá y pensó que quizá allí se encontraría mejor, le había dado por pensar que si dormía en la cama con Enrique estaría durmiendo sobre Rosa —lo que quedara de ella. Sí, era un poco extraño, si lo pensaba detenidamente, a veces tenía pensamientos un poco complicados y estaba convencida de que era eso lo que el amor hacía con las mujeres —las vuelve contradictorias. En la cama estaría durmiendo sobre Rosa y no sólo sobre Rosa, sobre el amor de Enrique y Rosa, y no

quería.

Natalia, mientras se encarga de asear a mamá, se pregunta si eso, de algún modo, es ser madre también. Porque Gloria no quiere moverse de la cama y tampoco quiere dar explicaciones. Están las dos solas en la casa con jardín y desde hace unas cuantas semanas nadie las visita. Al principio sí, Ángela y Dolores pasaban algunas tardes con ellas, para cumplir, digamos, pero ahora las había olvidado todo el mundo, no quedaba nadie que pensara en ellas.

Los primeros días madre e hija guardaban un silencio como si estuvieran velando a un muerto, y de alguna manera el duelo por la muerte de Mateo estaba ahí, entre los dientes de Natalia, que no tenía ganas de hablar con mamá, no quería hablar con nadie sobre Mateo, porque estaba convencida de que cualquier cosa que dijeran la haría llorar o enfadarse, y, ahora que mamá estaba enferma y había entre ellas cierta cordialidad, no quería romperla.

Después de unos días, el silencio de mamá incomodaba a la hija porque no se podía estar así, sin hablar, ni siquiera para contestar las preguntas sencillas, qué quieres para comer, cómo has dormido, y algunas noches, ya nerviosa y cansada, se había atrevido a sacudir a mamá con brusquedad, pero Gloria ni siquiera le había pedido que la dejara en paz.

Alguna vez, papá, que en paz descansara, decía que estaba contento de tener dos hijas, porque los hijos siempre se acaban escapando de los padres, pero las hijas no, se quedaban, y, cuando los padres se hacían viejos, las hijas se encargaban de cuidarlos, y Ángela se reía y le tomaba el pelo a papá, pero Natalia sabía que tarde o temprano aquello se cumpliría y ella misma tendría que cuidar de sus padres, unos ancianos. Había llegado el momento antes de lo previsto, como la muerte de papá, como la muerte de Mateo, y ahora era una hija-madre cuidando de una madre-hija, pero, además, una hija caprichosa y desagradecida, porque algunas noches Natalia se iba a dormir convencida de que un simple gracias le haría todo más fácil, menos fatigoso.

Mamá, después de tantos días en la cama, había perdido la buena forma que conservaba desde hacía años, y cada vez era más difícil moverla, cada vez era más pesado. Había decidido que la asearía sólo cada dos días, porque acababa las semanas agotada, y algunas noches estaba tentada de llamar a tía Dolores para pedirle ayuda, pero en su estoicismo se sentía buena, una buena hija, pero no en el sentido que la

acusaba su hermana. Aquello era más que una reconciliación, era un sacrificio, y, aunque algunos creían que todo lo hacía por no sentirse sola, Natalia estaba convencida de que si existía algún Dios tan cruel como para llevarse en tan poco tiempo a un padre y a un hombre querido, también sería lo suficientemente generoso para premiarla por lo que estaba haciendo: cuidar a una mujer que no quería ser cuidada.

Había cogido la costumbre de leerle por las noches, antes de irse a dormir, porque el doctor Ramón, por teléfono, se lo había recomendado. Ya no la visitaba, porque era inútil, Gloria no ponía de su parte y era una pérdida de tiempo, pero de vez en cuando llamaba a Natalia para preguntarle cómo se encontraban, y lo hacía en parte como fidelidad a Mateo, su paciente, que más que un paciente era un amigo, y un amigo nunca se olvida —ni con la muerte.

Últimamente, Natalia rezaba un poco, las desgracias la animaban, lo hacía después de cerrar el libro, y pedía por su madre y pedía por ella en voz alta mientras Gloria negaba con la cabeza, y un poco lo hacía por eso, para que al menos dijera algo, aunque fuera una queja, pero Gloria decía que no con la cabeza y nada más, y, después de los primeros días, ni siquiera eso. Miraba un punto fijo del techo y la hija se preguntaba si algún día volvería a ser su madre y no su hija, porque los papeles se habían invertido sin que ella lo hubiera previsto, y no se encontraba cómoda, era una injusticia y, aunque Dios fuera tan misericordioso de recompensarla, ¿por qué tenía que cuidar a alguien que debería cuidarla a ella? Tenía días de todo tipo, Natalia, y algunas noches se iba a dormir enfadada y otras triste, y sobre todo echaba mucho de menos a Mateo, porque todo eso lo hablaba con él, discutían, y Natalia, Dios mío, seguía enamorada de aquel hombre, por más años que pasaran, y no era por estupidez ni sumisión, como creían todos, y qué le importaba lo que creyeran si Mateo era un hombre brillante como pocos.

Ya estaba harta, Dolores, de la vida que llevaba. Entre respiración y respiración tenía no sé qué en el pecho, entre las costillas, que no la dejaba respirar. No hablaban demasiado de lo que les estaba ocurriendo, aquello de vivir juntos a medias, ahora sí, ahora no, aunque Enrique estaba convencido de que Dolores, tarde o temprano, lo abandonaría.

Por las noches, cuando Blanca llora, ella se levanta de la cama, donde tiernamente Enrique la espera, y se va a su habitación, la habitación de la niña, que tanto sosiego le transmite. Si tarda mucho, Enrique ya sabe que Dolores no volverá, que se quedará en la habitación con Blanca, aunque no llore, porque no se le ocurre qué más hacer para no sentirse tan confusa. Mientras abraza a su criatura, que no sabe si quiere que la llame mamá o no, que no sabe si sabrá quererla o no, que no sabe si se parecerá al padre o la madre, Dolores piensa y piensa y piensa y por más que piensa no encuentra la solución.

El hombre, en la cama, sabe que se quedará fuera, que, si sigue consintiendo que Dolores duerma con su hija, la perderá para siempre, porque no lo necesitará, y a un hombre lo debe necesitar su mujer, porque si no... ¿qué es el matrimonio? Rosa, en paz descansa, siempre lo quiso como toda la vida las mujeres han querido a sus hombres. Era verdad que no tuvieron oportunidad de saber qué habría pasado con aquel afecto firme y franco cuando Rosa tuviera en brazos a su hija. Todo el mundo, todos los hombres le habían dicho que una mujer, cuando ha parido, ya no quiere nada del hombre, no quiere que le hablen del amor entre hombres y mujeres, y por la noche, compañero, olvídате —dormir y nada más. Pero Rosa era diferente, tan diferente que Enrique siempre confió. Ahora que estaba muerta, en paz descansa, tendría que quedarse para siempre con aquella duda. Pero Dolores... a Dolores ya la veía, que no tenía ningún interés. Parece que aquella ternura del principio había desaparecido. Si alguna noche Blanca no se despierta y no llora, busca la manera de levantarse, porque quizá le pasa algo a la niña, que no se la oye. Enrique le pide que, por favor, la deje tranquila, a la niña, que no se la puede acostumbrar a la compañía o después ya no te dejará nunca... pero al final quien parece haberse acostumbrado a la niña es Dolores y a él no lo necesita nadie, ninguna de las dos: ni la niña, ni la mujer.

Dolores hace días que lo quiere cambiar, todo eso, pero no sabe qué le pasa, por la noche, que le coge aquello, y, sin darse cuenta, ya está de pie y caminando hacia la

habitación de Blanca, que quizá está llorando, pero también puede ser que no lo haga y que ella, impulsivamente, haya tomado la decisión de acercarse a mirarla sin que la haya reclamado. Qué le pasa... no lo sabe. Aquella valentía, aquella plenitud de los primeros días...; después de ver el estado en que Gloria vivía, se sentía capaz de muchas cosas, pero... ahora continuaba siendo una vieja cargada de manías y de rutinas, y no se acostumbraba a vivir con un hombre que no fuera Ángel, su hermano.

Una noche, Dolores, que estaba tumbada en la cama de Blanca con la niña en brazos, oyó un ruidito, aquel ruidito tan reconocible y que es un hombre llorando, pero, por extraño, no te lo acabas de creer. Ahora que Enrique lloraba, Dolores se preguntaba si también, como hacía con Blanca, debería ir allí a ver qué le pasaba, pero no se atrevió. Al día siguiente, cuando paseaba con la niña por la calle, se había encontrado con una vecina que conocía bien a Blanca, porque hacía buenas migas con Rosa, su madre, y desde que había muerto era muy atenta con el viudo y la huérfana. Le dio las gracias a Dolores por cuidar tan bien de Blanca y ayudar tanto a Enrique. El resto de vecinas también se preocupaba, pero todas tenían una familia y rápidamente se olvidaban de las penas de los demás. Dolores sentía que no era merecedora de aquel agradecimiento, era como si... fuera una traición a Rosa, pero no le dijo nada y contestó que qué va, mujer, para eso estamos.

—Enrique lo que necesita es una mujer joven que lo quiera, pobre hombre, con toda la vida por delante.

Una mujer joven que lo quiera, dijo. Joven como él. Una mujer que se hiciera cargo de Blanca y también de Enrique, que pudiera sustituir a Rosa, en paz descanse. Dolores estuvo de acuerdo, claro que sí, era lo que necesitaban ambos, una mujer joven que los quisiera y los cuidara, que fuera como Rosa. Estaba de acuerdo, Dolores. Estaba tan de acuerdo que por la noche directamente se fue a dormir a la cama de Blanca, sin pasar siquiera por la de Enrique y Rosa, como hacía siempre... ya no necesitaba fingir, representar un papel. Enrique se sintió abatido. Ya me acostumbraré, pensó, como hace el resto de los hombres.

Natalia había llamado muchas veces a tía Dolores para pedirle un favor, porque se acercaba el día de Todos los Santos y no sabía con quién dejar a mamá. A Ángela no estaba dispuesta a pedirle que se quedara con ella, porque tenía demasiado orgullo para aceptar cualquier cosa, por pequeña que fuera, pero tía Dolores no cogía nunca el teléfono y ya empezaba a estar preocupada.

Dijo, no pasa nada, se lo dijo a mamá, porque le había contado que aquella mañana iría al cementerio, que llevaría tulipanes, y mamá había cerrado un poco los ojos no sabía si aprobando la idea o repudiándola, pero le había dicho que por favor no hiciera ninguna tontería y esperara pacientemente a que ella volviera del cementerio.

—Hoy es el día de Todos los Santos, mamá.

Y mamá no abrió los ojos porque estaba cansada de ver cosas, de ver cosas que nadie le preguntaba si quería ver pero que estaban allí, ante sus ojos, y no le quedaba más remedio que observarlas, a veces se distraía mirando las formas y los círculos de luces azulosas que se le formaban en los párpados, y así podía pasar horas.

Natalia compró unos tulipanes rojos porque eran sus flores preferidas y subió al autobús para ir al cementerio, un cementerio que sólo recordaba del entierro de papá, porque no había vuelto a ir, y tenía una imagen difuminada, como si aquel día no fuera más que un sueño y papá no fuera la persona que metieron en aquel agujero. Era espeluznante, si lo pensaba, y por eso intentaba no hacerlo demasiado.

En el cementerio había un ambiente de fiesta que la molestó, porque después de pasar tanto tiempo encerrada en casa con mamá esperaba tener cierta intimidad allí, en aquel lugar sagrado, y quería hablar un poco con Mateo, sabía que era inútil hacerlo, pero una noche soñó que hablaba con él, y él, su voz, le devolvía palabras, y aquella fue la noche que decidió que iría al cementerio el día de Todos los Santos, por si era una premonición.

Las mujeres limpiaban el alféizar de los nichos de sus maridos, y cambiaban las flores secas por unas acabadas de comprar, olorosas y brillantes. Natalia llevaba sus tulipanes rojos atados con una cuerda —llevaba seis, sólo seis. Buscó la tumba de su marido, lo pensó así, la tumba de mi marido, porque era como consideraba a Mateo, a pesar de que él hubiera estado toda la vida casado con otra mujer, no importaba, porque le pertenecía, el amor le había pertenecido a ella y el amor era lo más

importante, lo sabía ahora que estaba más sola que nunca.

Se había perdido por el cementerio esquivando a la gente y le preguntó a un empleado si sabía dónde estaba la tumba de Mateo Obiols, y por fin la encontró y allí estaba su marido, metido allí, metidito, como si la vida de un hombre pudiera esconderse bajo tierra, y sintió una gran ira hacia Dios y apretó los seis tulipanes rojos con fuerza, con rabia, y notó cómo una lágrima se le estaba formando dentro del ojo, en el lagrimal, y, antes de que acabara de formarse, de que se completara redonda la lágrima caliente, puso un dedo encima para taparla, para impedirle el nacimiento, porque quería verlo todo, sin que se le borrara aquella tumba, aquellas letras doradas.

Quería decir, querido, querido mío, dentro de su cabeza empezó a repetirlo, querido, querido, querido mío, y por más que lo repetía en su cabeza, no era capaz de decirlo en voz alta y pensó que así Mateo no sabría cómo responder, como en el sueño, no podría devolverle algunas palabras de consuelo y sabía que era una estupidez, porque si podía hablar con un muerto, qué importaba si lo hacía en voz alta o sólo con el pensamiento, y cerró los ojos porque quizá con un poco de concentración conseguiría escuchar aquellas palabras, y fue entonces cuando alguien dijo con firmeza su nombre, Natalia, y abrió los ojos asustada pensando que se podía comunicar con los muertos, tú dirás... y, cuando levantó la mirada, a su lado estaba Mateo hijo, que le puso una mano en el hombro, y a su lado, Violeta, y entonces agachó la cabeza y se fue, porque sabía que Érica estaría allí, reclamando su posición, la oficial, y se marchó sin poder hablar con Mateo.

Además, había olvidado dejarle tres de los seis tulipanes rojos que había comprado, porque los otros tres eran para papá; bueno, así se los dejaría todos a papá, pero le habría gustado poder estar un poco más de tiempo allí, concentrada, por si Mateo... pero era una tontería, tonta, Natalia tonta, absurda, infantil.

Y encontró rápido la tumba de papá, un hombre como Dios manda, lo decía todo el mundo, tan distinto a Mateo, pero no le importaba, a Natalia, porque los había querido a los dos en su imperfección; dos hombres, dos amores. Y qué cosas tenía la vida, tanta mujer a su alrededor, tanto esfuerzo por ser una mujer moderna, de las de ahora, y acabar con la mediocridad femenina, y allí estaba, en el cementerio, dándole toda la importancia al hombre, al Hombre, no a uno ni a dos, sino a todos.

Dejó cinco tulipanes rojos sobre la tumba de papá y se guardó uno para mamá y pensó en mamá como se piensa en un muerto, también, y se imaginó la cama vacía a su vuelta, como si mamá hubiera empezado a caminar, tuvo aquel presentimiento. Y después pensó en papá, se besó los dedos y tocó la tumba y pensó en papá con los ojos cerrados. Hasta entonces no se había dado cuenta de que casi se le había olvidado cómo era su cara y sí, podía recordar a papá, pero su cara se le estaba empezando a borrar poco a poco y supo que, algún día, la cara de Mateo tampoco se la sabría de memoria.

Desde aquí, el primer libro que publico con Destino, quería darle las gracias a Anna Soldevila por su atrevimiento y su cercanía. Por la confianza ciega (no es un decir) en el libro y en mí. Y también, junto a Emili Rosales, por abrirme las puertas de la editorial como se abren las puertas de una casa.

Y sobre todo a mi amiga Lorena, porque sin su complicidad de los últimos veranos estas historias de madres e hijas no me habrían llegado.



JENN DÍAZ (Barcelona, 1988). Se dio a conocer en el mundo editorial con la publicación de *Belfondo* (2011), a la que siguieron las novelas *El duelo y la fiesta* (2012), *Mujer sin hijos* (2013) y *Es un decir* (2014), que han llevado a gran parte de la crítica a ver en ella la heredera de clásicos de nuestra narrativa como Miguel Delibes, Ana María Matute o Carmen Martín Gaité. Colaboradora habitual en medios de comunicación como *El País*, *Jot down* o *Granite and rainbow*, mantiene contacto con sus lectores a través de su blog *Fragmentos de interior*, que reúne entrevistas, críticas de sus libros y artículos variados.